DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

TESTIGO PRESENCIAL

10

RELATOS DE GUERRA. DESDE INDOCHINA HASTA LA INVASION CHINA DE VIETNAM, POR PETER SCHOLL-LATOUR.

9 788439 509592 10010

650 PTAS. CON IVA

613 PTAS. SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

Cuando en agosto de 1945 terminó la Segunda Guerra Mundial, se encomendó a Gran Bretaña la administración del Sudeste de Asia. Gran Bretaña, sin embargo, estaba de acuerdo —de hecho, casi lo deseaba— en ceder la responsabilidad de Indochina (como se conocía entonces a Vietnam) a sus patronos coloniales establecidos, los franceses. El presidente de los EE. UU., Harry S. Truman, aceptó estos acuerdos a pesar del hecho de que había sido la ayuda estadounidense la que había permitido al líder de los rebeldes comunistas vietnamitas. Ho Chi Minh, luchar contra el ejército de ocupación japonés.

En 1950, con el Vietminh y los franceses enzarzados en lucha y la decisión de Estados Unidos de que Vietnam y su vecinos se hicieran finalmente independientes y libres de control colonial, Truman ofreció ayuda financiera y material a los franceses de Indochina. En 1954, esta ayuda significaba más del 78 por ciento de todos los costos de guerra.

Cuando la desafortunada aventura francesa en Indochina fracasó en la debacle del Dien Bien Phu, Estados Unidos estaba inmerso en la "guerra fría" y, temiendo el efecto de dominó de la expansión comunista en el Sudeste de Asia, entró en la brecha desviando todo el peso de la ayuda hacia Vietnam y jugando un papel importante en la Conferencia de Ginebra en 1954

El deseo de mantener un enclave pro-occidental y la formación en 1960 del rebelde FLN —el Vietcong— llevó a Estados Unidos y sus aliados a cerrar los ojos ante la corrupción y represión llevada a cabo por los sobornables gobiernos de Saigón, que alcanzó su punto culminante con el asesinato del presidente Ngo Dinh Diem en 1963, un hecho que contó con el apoyo indirecto de los políticos norteamericanos.

La preocupación norteamericana derivada de la extensión del control del Vietcong sobre las zonas rurales de Vietnam del Sur, junto con la inquietud provocada por el comportamiento del presidente Diem (su corrupción, el fracaso de su programa de reforma agraria y su brutal campaña contra los opositores políticos), ya había provocado una escalada de la intervención militar de Estados Unidos Sin embargo, esto tuvo el resultado inmediato de forzar a Vietnam del Norte a enviar unidades regulares a la guerra en el Sur. Una década después, Estados Unidos se retiró ignominiosamente y el Norte "liberó" al Sur.

Peter Scholl-Latour vivió todos estos acontecimientos: la partida de la fuerza expedicionaria francesa y su humillante derrota en Dien Bien Phu: los primeros intentos estadounidenses de luchar contra el Vietcong y su apresurada salida de Saigón en 1975; el nacimiento de una pequeña fuerza comunista en Camboya y los osarios del Año Cero y, finalmente, los choques fronterizos entre China y el Vietnam unificado. Su profundo conocimiento de los hechos y el largo contacto con los distintos pueblos del Sudeste de Asia dan a sus comentarios y observaciones una autoridad que raramente se encuentra en las crónicas de aquella sangrienta historia. Después de leer *Testigo presencial* resulta mucho más fácil entender cómo fue todo.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 10 - Testigo presencial

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1° - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición. Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Enero 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS**. Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

TESTIGO PRESENCIAL

PETER SCHOLL-LATOUR

Introducción 2

Capítulo 1 5
Los franceses
"¡Vais en dirección contraria!"
Buda a horcajadas sobre el tigre
El pacto del Tío Ho con los franceses
El rostro cambiante de la guerra
Las secuelas de Diem Bien Phu
El preludio de una nueva tragedia

Capítulo 2 23
Los norteamericanos
Guerra al estilo norteamericano
La cumbre de Manila
Destruido para ser salvado
Listos para la revolución
Desbandada y fuga
La vietnamización de los ataúdes
Los últimos días de Saigón
Indochina, mon amour

Capítulo 3 45
Los vietnamitas
Reeducación y realineamiento
Una Esparta a orillas de río Rojo
Conflicto en Camboya
Cogiendo al tigre vietnamita por la cola
Compañeros durante treinta años
Epílogo en Europa

INTRODUCCION

La lluvia monzónica había estado regando la ciudad desde primeras horas de la mañana y la vista del río Saigón estaba empañada por el aire malsano y húmedo Había uno o dos buques de carga amarrados al muelle. Entre la neblina empezaban a aparecer aquí y allá unas cuantas luces y sus reflejos centelleaban en el húmedo pavimento de la Rue Catinat La Rue Catinat había sido la calle comercial más elegante de Saigón en la época de la dominación colonial francesa. Más tarde le cambiaron el nombre por el de Tu-Do (calle de la Libertad) y se convirtió en el barrio de mala fama de los norteamericanos, lleno de bares y burdeles Recientemente, los victoriosos comunistas del Norte la habían rebautizado como Dong-Khoi (calle de la Revuelta Popular). Este nombre dejó a los survietnamitas meditando sobre quién exactamente se había alzado en revuelta.

Como nosotros éramos visitantes occidentales, las nuevas autoridades comunistas nos habían instalado en el Hotel Majestic. Durante los largos años de la primera y segunda guerra de Indochina— la primera con los franceses, la segunda con los norteamericanos—, siempre nos habíamos alojado en el Continentel, que había sido una especie de campamento militar para los corresponsales de guerra de todo el mundo. Pero, ahora, el Continental había sido ocupado por oficiales del partido y peces gordos de Hanoi En los viejos tiempos, la terraza del Continental era el cuartel general de los miembros más activos de la prensa, el lugar donde se reunían para intercambiar noticias y buscar chicas. Hace poco se le ha dotado de una consistente verja de hierro para impedir la vista del público. Ahora los miembros del nuevo régimen pueden sentarse allí y disfrutar de su flacos privilegios en paz.

Un camión cargado de soldados del Ejército Popular de Vietnam se alejaba en dirección a Vung Tau hasta desaparecer de la vista por una curva del río, llevándose con él su carga de revolucionarios vietnamitas con sus uniformes verdes y salacot, un recuerdo singular de los tiempos coloniales. Aquella noche, yo no tenía ni idea hacia dónde se dirigían esos refuerzos: la controvertida frontera de Camboya.

La noche tropical se hizo evidente con su brusquedad habitual La agonizante puesta de sol dividía el cielo en vívidas bandas de color, encendiéndolo todo con un fulgor furioso. Me recordaba los últimos días de la lucha, cuando la ciudad asediada estaba al borde del colapso Los últimos sobrevivientes defensores de Saigón, una animosa banda de paracaidistas católicos, habían quedado rodeados en Xuan Loc y el Ejército norvietnamita se preparaba para asestar el golpe final a la capital. Ahora, al dirigir la vista hacia la ciudad, veía la silueta del monumento al comandante Tran Hung Dao, líder militar y héroe nacional, contra el cielo carmesí. Los comunistas habían dejado en pie aquella inmensa estatua y, por tanto, seguía en el lugar de siempre, contemplando el puerto. El legendario Tran Hung Dao todavía se consideraba claramente parte de la historia de los norvietnamitas. En una ocasión había salvado al país al vencer al emperador mongol, Kublai Khan, cuando hizo retroceder a los ejércitos invasores chinos en el río Bach-Bang, en Tonquín. Siglos más tarde aún se le veneraba como símbolo de la lucha de Vietnam por la independencia contra China. Y ahora, en los últimos días, se había convertido de golpe otra vez en un personaje tópico. Habían empezado a correr rumores del insoslayable choque con Pekín y el comandante Dao volvió a ser el héroe del momento. Nuestro intérprete de Hanoi nos citó un viejo y sabio proverbio vietnamita: "Cuando se alejaba el peligro por el Sur, la amenaza del Norte se duplicaba." Luego añadió misteriosamente: "Los chinos tienen la barriga gris." Era una observación que acarreaba implicaciones siniestras.

Paseábamos por la calle de la Revuelta Popular junto con nuestros colegas fotógrafos. Todavía se veían las motocicletas y Hondas, que habían sido un símbolo del desesperado consumismo del viejo régimen pro-norteamericano, aunque sólo Dios sabe cómo conseguían sus propietarios comprar gasolina Se habían cerrado todos los bares y antros de perversión de la ciudad, y los miembros de la comunidad comercial esperaban con resignación que cualquier día les confiscaran sus tiendas. Ahora volvíamos a estar en la calle, podíamos hablar libremente de nuestros planes para el día y de nuestras impresiones sobre la ciudad. En las habitaciones del hotel siempe teníamos que ir con cuidado por si nos espiaban. Desde que habíamos llegado a Saigón, habíamos percibido en el ambiente que se nos observaba claramente como espías, o al menos como sospechosos. Colgaba sobre nosotros como un peso mortal. Sabíamos que vigilaban todos nuestros pasos y escuchaban todo lo que decíamos. Probablemente, las fuerzas de seguridad estaban esperando que hiciéramos un paso en falso para poder abalanzarse sobre nosotros. En tal caso, podríamos considerarnos afortunados si la única consecuencia fuera la cancelación del visado. A lo largo de 30 años de corresponsal extranjero vas adquiriendo una especie de sexto sentido para situaciones como ésta, y yo me había dado cuenta de que nuestros escoltas oficiales de Saigón mantenían cierta distancia. Al principio nos habían parecido muy amables, pero ahora estaban muy susceptibles y a la defensiva.

Era difícil ver a alguien por las calles de Saigón que no tuviera una expresión seria, amarga, preocupada. En cuanto a nosotros, casi no podíamos ni decir el nuevo nombre de la ciudad: Ho Chi Minh. Tampoco los oficiales del partido parecían entusiasmados con el nuevo nombre. hasta a ellos les costaba vincular el nombre de su estimado líder revolucionario con una ciudad que anhelaba obviamente los "malos" modos del pasado. El mercado negro, de todos modos, seguía floreciendo. Todavía podían comprarse ilegalmente objetos norteamericanos de mala calidad y no cuesta mucho imaginar el efecto que producían en los rudos campesinos del Norte. El contenido de un economato, para los soldados de la Estrella Roja, debía ser algo así como la cueva de Aladino En el mercado de las flores, un sastre se ofreció a hacernos un equipo completo de ropa para cada uno a un precio ridículamente barato..., a pagar. desde luego, en billetes norteamericanos. Todos los tenderos y comerciantes de piezas de segunda mano sabían perfectamente que aquello era un breve respiro antes de que cayera el golpe final. Cada mañana tenían que enfrentarse a la posibilidad de ser embutidos

sin ceremonia en un camión con unas cuantas pertenencias y los utensilios de la casa. Luego los llevarían a las desérticas Nuevas Zonas Económicas, donde se los obligaría a colaborar en la edificación de la nueva y valerosa República Socialista.

Desde detrás de la empañada vidriera, la dueña de la última peluquería superviviente de Saigón me hizo señas de que me acercara. Las mujeres de Ciudad Ho Chi Minh habían tenido que plegarse al puritanismo de los nuevos comisarios, pero ella había decidido proclamar su individualidad y coraje vistiéndose con ropa elegante y maquillándose. El vestido nacional de las mujeres vietnamitas era el *ao dai*. Era como un ala de mariposa de colores brillantes, casto y seductor al mismo tiempo, que cautivaba a cualquier visitante de Indochina. Ahora, el nuevo régimen lo había prohibido totalmente en las calles de Saigón. También estaban prohibidos los tacones, así como las minifaldas, calificadas de "provocación contrarrevolucionaria". Pero nada de todo eso parecía afectar a la peluquería de la Rue Catinat. La propietaria procuraba que sus chicas siguieran teniendo un aspecto elegante con sus mezquinas prendas blancas. Cuando entré, parecían estar todas hablando y riendo sin preocuparse del mundo, como en los viejos tiempos. Pero todos sabían que la peluquería seguiría abierta como máximo unas semanas más. De pronto la mujer se puso a hablar seriamente y a contarme los esfuerzos de su familia para emigrar a Francia. "Si supiesen lo fácil que es sobornar a estos comisarios. ¡Puritanos de vida limpia!" Me vino a la mente de golpe la imagen de un miembro de la familia de la peluquera de pie ante las puertas del consulado general, añadiéndose cada mañana a la cola en el momento que finalizaba el toque de queda con la esperanza de obtener un visado familiar de salida. Para hacer eso debía tenerse mucho coraje, además de cierta desesperación, porque el nombre de cualquier solicitante quedaba registrado por los informes de la policía y las fuerzas de seguridad.

En la peluquería me había encontrado con un personaje poco habitual, un joven vietnamita de unos 25 años. Cuado lo vi me quedé muy sorprendido, aunque, en cualquier otra circunstancia, no me habría llamado en absoluto la atención. En la época en que el general Thieu estaba en el poder, se le hubiera descrito como un *cowboy*, pero ésta era la manera de calificar a los norteamericanos en general. Llevaba un par de botas de *cowboy* y unos tejanos que eran sin duda los más estrechos de Saigón. Llevaba una camisa abierta hasta la cintura que dejaba al descubierto una colección de cadenas y pendientes que le colgaban sobre el pecho. Lo que más llamaba la atención de él, sin embargo, era un pelo limpio y bien peinado que le llegaba hasta los hombros. Estaba instalado en la silla de la peluquería, mientras le hacían la manicura, hablando como si no hubiera cambiado nada en el mundo. Me preguntaba qué le pasaría a aquel último *cowboy* que parecía la caricatura de un típico macarra vietnamita. ¿Lo mandarían inmediatamente a un campo de reeducación? ¿Lo utilizarían tal vez como agente provocador para la policía secreta comunista? ¿O era simplemente su manera de afrontar la vida antes de que llegara el final? Me acordé de un francés, que había estado una vez en un campo de concentración, que me dijo que en los campos había dos tipos de prisioneros más valientes que los demás: una cierta raza de aristócratas... y los macarras.

Nuestro escolta oficial del Servicio de Información nos había advertido que por la noche andáramos precavidos porque había ladrones e incluso atracadores. No era una broma: aquel día, un diplomático de Alemania Oriental fue asaltado a plena luz del día. O sea que, siguiendo su consejo, andábamos siempre por el centro de las calles cuyo tráfico era escaso. En cada cruce había soldados y policías con sus rifles Kalashinov dispuestos.

ARRIBA: *Un soldado del victorioso Vietnam del Norte descubre las tentaciones capitalistas de Saigón.*

Cuando volvimos al Majestic, echamos una última mirada a la sala-comedor del hotel. Los viejos camareros estuvieron extremadamente amables con nosotros, si bien con cierto aire melancólico, en el momento que descubrieron que éramos occidentales. Lo mismo nos ocurrió con todo aquel con quien hablamos en Saigón. Tras aquella muestra de amabilidad tal vez se escondía la leve esperanza de que la puerta no se les hubiera cerrado para siempre, que quizá un día volvería a abrirse y les permitiría el acceso a una vida mejor y más libre.

Aquella noche, mientras miraba la oscuridad desde la ventana de mi habitación del hotel, capté algo del ambiente de miedo y rabia y, sobre todo, de tristeza que planeaba sobre Saigón. En la calle de abajo sonaban los pasos de una patrulla *Bo-Doi* armada hasta los dientes. Pensé en todas aquellas otras veces que había mirado desde la ventana de mi habitación la lejana orilla del río Saigón y el área pantanosa que los lugareños llamaban el Rungsat. Durante las guerras contra los franceses y los norteamericanos, primero los vietminh y luego los vietcong habían tomado posiciones en los manglares del otro lado del río. En una o dos ocasiones, el enemigo había dirigido sus proyectiles contra el corazón de la ciudad desde su base en el Rungsat. Recordé que, en aquellas noches, el cielo sobre la llanura oscura se iluminaba por las bengalas de señalización como en una exhibición planificada de fuegos artificiales. Esta noche, por todo aquel cabo que en otra época se llamó "la esquina de los cómicos", el único brillo de luz provenía de una bombilla que proyectaba un destello amarillento y tembloroso en las oscuras aguas del río Saigón. Fue aquí, en el invierno de 1945-46, donde pisé por primera vez el suelo de Indochina.

Peter Scholl-Latour
Ho Chi Minh, agosto de 1976

Los franceses que aterrizaron en Dien Bien Phu (DERECHA) *se encontraron en un país en el que, aunque los métodos agrícolas seguían anclados en otra época* (ARRIBA), *el enemigo al que debían enfrentarse estaba a la altura de los ejércitos más avanzados de Occidente.*

LES ARMY

Capítulo 1

LOS FRANCESES

"¡VAIS EN DIRECCIÓN CONTRARIA

A bordo del "Andus", invierno de 1945

El transporte de tropas de 26.000 toneladas estaba alquilado a la Royal Navy. La tripulación británica del *Andus* casi no sabía qué hacer con todo aquello. La guerra había terminado y, sin embargo, allí estaban ellos, transportando a un ejército colonial francés que iba a combatir al Lejano Oriente. Las tropas francesas tenían la poca envidiable tarea de intentar ganar unas cuantas batallas para compensar en su país la derrota nacional. Y la presión sobre ellas era aún mayor, ahora que había terminado la guerra con Japón. Al final, ni una sola unidad francesa había tomado parte en aquel conflicto, a pesar de los enérgicos intentos de De Gaulle de implicar a sus tropas en la lucha.

Cuando el *Andus* surcaba las aguas del mar Rojo, se encontró con convoyes enteros de buques de tropas que iban en dirección contraria a la suya, de regreso a Europa. En sus mástiles ondeaban banderines de victoria, y de pie, en la cubierta, se encontraban los veteranos británicos de la campaña de Birmania. Iban camino de su casa, de regreso a la paz y a la vieja rutina de 9 a 5. A través de los anteojos, podían verse sólo sus caras morenas, enrojecidas por el sol tropical. Incluso a esa distancia podías detectar su felicidad, su alivio evidente por haber sobrevivido al peligro bifrontal de la jungla y de un enemigo implacable. Las tropas británicas saludaban alegremente a las francesas cuando se cruzaban en el mar. Entonces se oyó una voz inglesa por un megáfono: "¡Vais en dirección contraria!", dijo con un cierto tono de burla. "¿Qué les pasa ahora a estos ingleses?", gruñó un corpulento mayor francés. Evidentemente, no lo encontraba divertido.

ABAJO: *Embarque de las tropas francesas en Cap St.-Jacques en 1945. Nueve años después, el primer ministro Mendès France negoció una frágil paz que comportaba la retirada de Francia de Vietnam.*

En realidad, la situación era bastante ridícula. El gobierno laborista británico sólo había estado en el poder un breve tiempo, pero ya había decidido girar la espalda, de una vez por todas, a los viejos sueños imperiales. Con Kipling o sin Kipling, el subcontinente indio iba a ser abandonado a sus propios medios y pronto sería independiente. Las tropas ahora podían abandonar el escenario como héroes conquistadores, orgullosos de sus actos. Cuando fuera el momento, la salida británica de Delhi sería honrada con la presencia de lord Mountbatten, que impondría el nivel de estilo y dignidad apropiado para la ocasión. Sin embargo, los franceses, perdedores de sus intereses coloniales en una primera ronda, no compartían en absoluto este tipo de sentimientos. Ellos, a diferencia de los británicos, estaban decididos a seguir con su imperio. Seguían anclados tozudamente al espejismo de una gloria trasnochada en Indochina.

"Indochina no es el final del camino. No tardaremos mucho en descubrir el destino real de esta misión: Vladivostok y las provincias más orientales de la Unión Soviética."

A los jóvenes oficiales franceses a bordo del *Andus* los desmoralizaba la perspectiva de llegar a la escena demasiado tarde y jugar un papel secundario en Indochina. Algunos de ellos ya habían servido bajo De Gaulle con los franceses libres y habían sido declarados traidores a su país por el gobierno de Vichy. Otros se habían alistado en el Norte de África a la llegada de los norteamericanos. En su mayoría, habían vivido la humillación de la ocupación alemana. Ahora querían lavar el estigma de su derrota en las aguas del Mekong y del río Rojo. En el fondo, les daba miedo llegar a Indochina y encontrarse el país ya pacificado y leal a Francia. Lo que más anhelaban eran aventuras exóticas y experiencias excitantes. Todos, desde el oficial de mayor graduación hasta el último teniente segundo, probablemente habían leído a Sartre, pero, si no lo habían hecho, no dejaban de ser existencialistas a su modo con el uniforme. Uno de ellos escribió en su diario: "Oh, encontrar un trozo de tierra no cubierto de alquitrán..."

Las mujeres que servían en las fuerzas auxiliares solían quedarse por las noches cerca de los botes salvavidas en espera de que los oficiales les dirigieran la palabra. Luego no tenían que hacer nada más que retirar las cubiertas de uno de los botes y ya tenían un nido de amor dispuesto. Pronto se pensó de ellas que debían de tener buenas razones para querer salir de Francia. Algunas acaso habían tenido relaciones con soldados alemanes. Otras, probablemente, habían trabajado de prostitutas en un burdel de la Whermacht.

A bordo del *Andus* había dos compañías de legionarios y, aproximadamente, dos tercios eran alemanes. La mayoría habían sido prisioneros de guerra en Francia, donde estuvieron a punto de morir de hambre. Se habían enrolado con destino a Indochina por una de dos razones: porque habían abandonado toda esperanza de reunirse con los miembros de su familia que se habían extraviado en el Este o, simplemente, porque querían volver a comer bien. También había algunos que habían servido con las SS durante la guerra y querían evitar el programa de desnazificación que se estaba llevando a cabo en Alemania.

ARRIBA: *Comandos de la Marina franceses desembarcan en Vietnam. Como sucedería con los estadounidenses unos años después, se encontraron en una guerra que no podían ganar.*

Entre los legionarios, los más interesantes eran los belgas. De hecho eran franceses que habían mentido acerca de su nacionalidad para poder servir en la Legión, que sólo admitía ciudadanos extranjeros. Estos belgas ficticios eran en realidad colaboradores franceses que habían servido en el lado alemán durante la guerra, bien en la Legión de Voluntarios Franceses, bien en los estadios finales de la guerra, en la Brigada Carlomagno de las SS. De Gaulle había ofrecido la posibilidad de rehabilitación a todos los ex colaboradores siempre que no estuvieran acusados de haber tomado parte en operaciones contra la Resistencia: si estaban dispuestos a hacer cinco años de servicio con la Legión Extranjera en Indochina, se les permitiría volver de nuevo a sus casas con una hoja de servicios limpia

Los voluntarios del ejército regular del Lejano Oriente que habían oído las noticias de la rendición japonesa mientras esperaban en el campo de embarque de Marsella, experimentaron una verdadera sensación de anticlímax. Sin embargo, los que habían luchado en el frente oriental reaccionaron de forma muy distinta: estaban verdaderamente encantados. Hablé con un joven legionario que procedía de una de las principales familias de Francia y ocultaba su identidad tras el anonimato del kepi blanco. Me susurró: "Indochina no es el final del camino. No tardaremos mucho en descubrir el destino real de esta misión: Vladisvostok y las provincias más orientales de la Unión Soviética." La lucha entre el Este y el Oeste, que pronto propiciaría la guerra fría, estaba ya en camino. A bordo del *Andus* no se hablaba de nada más cuando surcábamos las aguas fosforescentes del océano Índico camino de Malaca.

Una noche, un teniente de caballería de pecho estrecho, que llevaba un bigote rubio y cuya piel pálida hubiera estado más en consonancia con una novela de Proust, citó unas líneas de una poesía de Heredia. "Como bandada de cuervos... Cansados de soportar su orgullosa miseria.. Borrachos de un sueño brutal y de guerra.. " Eso decían las ampulosas líneas del "Conquistador", que todo colegial francés aprendía machaconamente. "... Asomándose por la proa de su blanca carabela, descubrieron por la noche aquellas nuevas constelaciones que emergían de las profundidades del océano a un cielo desconocido..."

BUDA A HORCAJADAS SOBRE EL TIGRE

Cochinchina, primavera de 1946

El convoy militar salió de Saigón para dirigirse a las plantaciones de caucho de la provincia lindante con el nordeste de la ciudad. Ahora podían verse más señales definidas de la guerra de guerrillas que se llevaba a cabo en el área. La superficie del pavimento de asfalto había sido cortada con profundas trincheras; por lo visto, los comisarios rojos forzaban a los campesinos locales a cavarlas cada noche al amparo de la oscuridad. Después de un rato de viaje, vimos de pronto, tras las palmeras e interminables arrozales, una montaña negra. Se elevaba amenazante en medio del llano. Aquella vertiente montañosa de aspecto siniestro era la Virgen Negra y señalizaba la frontera con Camboya. Ninguno de nosotros podía saber en aquellos momentos que la Virgen Negra sembraría el terror en el corazón de los soldados norteamericanos, como una Furia vengadora.

Salimos de nuestros vehículos y dejamos la carretera introduciéndonos más en la jungla. Estábamos patrullando con una unidad de comando francesa: una simple operación rutinaria más por lo que a ellos concernía. Los soldados andaban junto a los diques que dividían los desolados arrozales, una procesión de figuras cuya silueta se reflejaba claramente en el cielo.

Anduvimos durante varias horas siguiendo una curva como de cola de perro que rodeaba el pie de la Virgen Negra, en dirección a la frontera de Camboya. De repente, desde una granja oculta entre cañas de bambú nos dispararon varios tiros. Los soldados localizaron rápidamente la procedencia de los disparos. Colocaron las bayonetas en sus subfusiles Sten, adaptadas especialmente para el combate cuerpo a cuerpo. Luego cargaron contra el objetivo, disparando desde la cadera al tiempo que corrían. En los arrozales se veía movimiento de sombras. Los franceses ya habían instalado su ametralladora, y cuando las figuras aparecían dentro de su arco de fuego, caían derribadas.

ABAJO. *Un presunto vietminh es interrogado. Como los vietcong que les sucedieron, los vietminh estaban en primera línea del frente en la guerra contra las tropas coloniales.*

Nos acercamos a ver a los hombres que habían caído. Allí tumbados, tenían un aspecto extrañamente patético: muñequitos amarillos con las piernas retorcidas. En el suelo, junto a ellos, había unos antiguos rifles Lebel y unas piernas delgadas y fibrosas que salían de sus pantalones cortos. La ropa que llevaban difícilmente podía llamarse uniforme, pero todos llevaban un trozo de ropa roja con una estrella amarilla —el distintivo de la revolución indochina— cosida en sus pijamas negros. El distintivo nos informó de algo: aquellos campesinos muertos no eran miembros del Cao Dai. El Cao Dai era una extraña secta religiosa que también luchaba contra los franceses en aquella región. No, el distintivo identificaba a los hombres como pertenecientes al Frente de Liberación comunista de Vietnam. Era esta organización, que se bautizaba indistintamente con una variedad de nombres diferentes, la que mantendría en ascuas al resto del mundo durante los próximos treinta años.

> "Pachá" siempre llevaba una antigua bocina de coche colgada del cinturón. Cuando entraba en acción daba un bocinazo: era su manera de dar el toque de llamada.

Antes de reemprender la marcha, los soldados prendieron fuego a la aldea. No hizo falta más que una cerilla para que el fuego encendiera los techos de paja. El búfalo de agua que habían dejado allí los campesinos fue abatido a tiros. Un pequeño templo Cao Dai también ardió en llamas. Conseguí echar una mirada al interior entre las columnas de humo y vi la estatuilla de un buda barrigudo de barro. La figura estaba a horcajadas sobre un tigre y alargaba las manos con una sonrisa pícara.

El siguiente ataque a la unidad de comando provocó la muerte a un hombre y heridas a otros dos. Como represalia, los franceses mataron a diez guerrilleros comunistas y dejaron sus cuerpos flotando en el agua estancada de un dique de irrigación cercano. Más tarde se celebró una sesión informativa en una gran granja. El coronel Ponchardier, conocido por sus hombres como "Pachá", no estaba nada satisfecho de cómo iban las cosas. En su opinión, aquélla no era la manera de luchar en una guerra. Era un hombre bajo y cepado, con la constitución típica de un luchador. Para cualquiera que no conociera a Ponchardier, hubiera sido imposible distinguirlo del resto de los hombres cuando estaba sentado entre ellos, desnudo hasta la cintura, con el gorro verde encastado en la cabeza. "Pachá" no tenía nunca su subfusil lejos de la vista y siempre llevaba una antigua bocina de coche colgada del cinturón. Cuando entraba en acción daba un bocinazo de vez en cuando: era su manera de dar el toque de llamada.

Reemprendimos la marcha. Ahora, por fin, empezábamos a ver señales de actividad humana, las primeras que encontrábamos desde que entramos en territorio camboyano. En la próxima aldea nos detuvimos para buscar porteadores. Los cam-

boyanos, dotados de músculos generosos, estaban encantados de alquilarse a los franceses si eso significaba que había alguna posibilidad de matar vietnamitas. Los vietnamitas y los camboyanos habían sido feroces enemigos durante siglos. Cuando entramos por primera vez en acción, los porteadores se asustaron mucho, pero pronto se acostumbraron y acababan rompiendo a reír como niños cada vez que se disparaban tiros.

En la distancia, podíamos ver el viejo fuerte francés de Tay Ninh. Aquel mismo día, al mediodía, había llegado al fuerte un escuadrón de la policía especial de Saigón para interrogar a algunos prisioneros. Cuando llegamos, nos enteramos de que la policía, integrada principalmente por eurasiáticos, había torturado a los sospechosos metiéndoles la cabeza en el agua hasta que confesaran. Esta forma particular de torturar se conocía con el nombre de "bañera". Había otro método en el que se usaban electrodos y un pequeño generador, pero todavía no había sido usado en Indochina. Se rumoreaba que los asiáticos tenían métodos terriblemente sofisticados para forzar a hablar a prisioneros tozudos, por tanto, ¡pobre del europeo que cayera capturado por las guerrillas! En varias ocasiones nos encontramos con cuerpos de soldados franceses flotando en los ríos y lagos. Los cadáveres habían sido clavados en estacas de bambú con los testículos dentro de la boca.

Mientras los hombres de dentro del fuerte disfrutaban de su bebida y pedían a gritos que les llevaran chicas, fuera, en los límites de la jungla, los guardias de avanzadilla se mantenían en sus puestos de dos en dos o de tres en tres. Para los hombres de fuera, aislados y rodeados de peligros, la jungla parecía emitir el eco de los sonidos de todo el reino animal. En los silencios entre estallidos de sonido, podías oír los suaves crujidos y movimientos de la naturaleza prosiguiendo su ronda implacable de caza y muerte. Sólo el temor de que se rieran de ellos intimidaba a los guardias para disparar indiscriminadamente al mundo invisible de una fauna que corría, zumbaba y chillaba a su alrededor, y que proporcionaba cobertura a los enemigos para abalanzarse sobre ellos sin ser vistos.

En las habitaciones del torreón del fuerte, los oficiales del comando valoraban detenidamente las informaciones que les había facilitado un agente del Servicio de Inteligencia de Saigón. El agente era medio chino y tenía una expresión alerta, de pájaro. Aquel mismo día había dirigido las sesiones de tortura de los sospechosos.

> Esos fanáticos religiosos de ideas confusas habían empezado a considerar la llegada de los comunistas revolucionarios como una amenaza a su propia existencia.

El hombre del Servicio de Inteligencia informó a los oficiales franceses del reciente cambio de la situación política en el área de Tay Ninh. En las provincias alrededor de Tay Ninh, la principal oposición provenía del millón y medio de seguidores de la religión Cao Dai, mientras que en el Delta del Mekong, a orillas del Llano de los Juncos, la oposición estaba concentrada entre los Hoa Hao, un movimiento budista integrado por unos 600 000 miembros. Ambas sectas tenían sus propias milicias privadas, listas para entrar en acción. Por lo visto, hacía poco que esos fanáticos religiosos de ideas confusas habían empezado a considerar la llegada de los comunistas revolucionarios como una amenaza a sus propia existencia. Además, todavía sentían un antipatía instintiva hacia la ideología materialista de los Can Bo, comisarios comunistas que recorrían la zona arengando a los campesinos locales con celo misionero. Debido a ese cambio de actitud, las sectas deseaban ahora ansiosamente llegar a un acuerdo con sus antiguos gobernantes coloniales, con la única condición de que los franceses respetasen la autonomía de los Cao Dai y Hoa Hao. Estas sectas podían ser sin duda aliados útiles para los franceses, si no fuera que parecían capaces de poseer por sí mismas la motivación espiritual necesaria para resistir el violento ataque del comunismo.

En abril de 1945, los japoneses habían proclamado emperador de Annam a Bao Dai (que significa "Guardián de la Nobleza"), jefe de Estado de un reino independiente de Vietnam. Los vietnamitas anticomunistas aún podían recordar vívidamente la humillación de ver colocado allí a aquel gobernante títere. Para permanecer en el poder, Bao Dai, que había sido emperador desde los 12 años, tuvo que confiar en el apoyo del partido pro-japonés Dai Viet y de los mandarines de Hué. Sin embargo, a pesar del apoyo, sólo consiguió mantenerse unas pocas semanas contra el líder de la guerrilla del norte de Tonquín, el hombre de la perilla que había proclamado la nueva República Democrática de Vietnam en Hanoi y que respondía al nombre de Ho Chi Minh.

> Si todo hubiera dependido del presidente Roosevelt..., ni un solo soldado francés hubiera vuelto a pisar Indochina.

Ho Chi Minh no era un desconocido para el Servicio de Inteligencia francés. Había ido a Francia por primera vez de joven y había trabajado en un laboratorio fotográfico; en 1920, cuando se fundó en Tours el Partido Comunista Francés, fue su representante oficial en el Extremo Oriente. Con el tiempo fue abriéndose camino entre los altos cargos del Komintern. En la Segunda Guerra Mundial dirigió la lucha contra los japoneses, operando en la región fronteriza del sur de China con un pequeño grupo de fieles seguidores. En aquella época, en el colmo de la ironía, Ho Chi Minh estaba recibiendo apoyo del servicio secreto norteamericano, la Oficina de Servicios Estratégicos. La OSS, que tenía su base en la ciudad china de Kunming, proporcionaba ayuda militar y financiera al Vietminh, el movimiento nacionalista controlado por los comunistas vietnamitas.

En aquellos días, justo después de finalizar la guerra, el coronel Ponchardier todavía tenía esperanzas de que se encomendaran grandes tareas a sus comandos. Una campaña británica había permitido a los franceses ganar una posición en la mitad sureña de Indochina. Pero, al norte del paralelo 16, en Tonquín, Annam y en el norte de Laos, las divisiones del Kuomintang de Chiang Kai-chek tenían encomendada la tarea de desarmar a los japoneses. Lo que había ocurrido, en realidad, era que los chinos se habían erigido en la nueva fuerza de ocupación en el Norte. Era evidente para todo el mundo que los chinos no tenían la más mínima intención de devolver su inesperada conquista a la antigua administración colonial. Si todo hubiera de-

ARRIBA: *Las colegialas miran con admiración a Ho Chi Minh, la fuerza motora de la lucha vietnamita por la independencia, llamado afectuosamente "Tío Ho".*

pendido del presidente Roosevelt —un convencido y romántico anticolonialista—, ni un solo soldado francés hubiera vuelto a pisar Indochina. Pero Roosevelt murió justo cuando Japón se rendía y los británicos estaban encantados de que los franceses mantuvieran sus antiguas posesiones, especialmente porque los japoneses las habían dejado en el caos y la desorganización más completos. Quizá en estos momentos del proceso, los británicos hubieran debido calmar la ola de nacionalismo asiático instalando una zona tapón en Indochina. Gran Bretaña (considerada todavía por los franceses como la "pérfida Albión") habría podido instituir así un sistema de gobierno basado en el modelo clarividente y liberal de la Commonwealth

Aquella noche en Tay Ninh, los oficiales paracaidistas franceses sabían a ciencia cierta que el destino de Vietnam no se decidiría en el sur de Cochinchina ni en el barro del Delta del Mekong. El auténtico campo de batalla sería el accidentado e inhóspito Norte —entonces llamado todavía Tonquín—, donde las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-chek y las comunistas de Ho Chi Minh se veían enfrentadas en una tregua tensa e incómoda. París parecía haber subestimado el espíritu fanático de lucha de los vietnamitas y la fuerza de la presencia china en el Norte.

Los franceses estaban convencidos de saber manejar a la gente de Annam. Cuando la fuerza expedicionaria francesa llegó a Vietnam, unos llamados expertos —aquellos representantes coloniales incorregiblemente alocados, calificados universalmente de "gatos viejos"— les informaron de que los annamitas no luchaban nunca de noche porque tenían miedo de los fantasmas y los tigres. En realidad, como pronto pudieron comprobar los soldados franceses, los vietnamitas eran la raza luchadora más dura de todo Asia y su elemento natural era la oscuridad.

EL PACTO DEL TÍO HO CON LOS FRANCESES

Haiphong, primavera de 1946

La bahía de Halong estaba misteriosamente envuelta por la niebla. La lluvia caía sin cesar. Los soldados franceses que participaban en el desembarco temblaban junto a la barandilla del barco con el deseo de regresar al calor de Saigón.

Hacía tres días que la flota se encontraba junto al puerto norteño de Haiphong. El general Leclerc ya había ido a tierra para intentar negociar con los líderes del Ejército nacionalista chino. En febrero, el gobierno de Chiang Kai-chek ya había aceptado en teoría la sustitución de las fuerzas chinas por el Ejército francés. Pero, por lo visto, el generalísimo tenía muy poco control sobre los "señores de la guerra" de la provincia de Yunnan y su ejércitos habían invadido Tonquín, arrasándolo todo a su paso. Las hordas nacionalistas chinas habían descendido al norte de Vietnam como una plaga de langostas. Habían saqueado y violado, comportándose en general como un ejército conquistador, llevándoselo todo por delante. No sorprende, pues, que no les gustara en absoluto la idea de tener que retirarse y renunciar al territorio que se les acababa de servir en bandeja.

El cuarto día resonó el ruido de la artillería en la bahía extrañamente bella de Halong. El alto mando francés, finalmente, había perdido la paciencia con los chinos. Una tropa de asalto desembarcó en la costa y el crucero *Le Triomphant* zarpó hacia el estuario del río Rojo rumbo al puerto de Haiphong. El crucero recibió el impacto de baterías costeras, pero sofocó la resistencia con unas cuantas salvas. La bandera blanca ondeaba sobre los emplazamientos chinos y la batalla había terminado.

> El dominio colonial francés apenas duraba un siglo, mientras que los vietnamitas llevaban luchando 2.000 años para resistirse a la dominación de China.

Lentamente, los administradores franceses y los expertos en asuntos del Lejano Oriente que habían regresado a Tonquín se fueron dando cuenta de que el mundo había cambiado totalmente, que se habían desencadenado fuerzas poderosas e incontrolables. El primer hombre que hizo un análisis realista de la nueva situación de Indochina fue el general Leclerc de Hauteclocque.

Este hombre delgado y voluntarioso, que no iba nunca a ninguna parte sin su bastón, estaba tratando ahora con un tipo muy diferente de rebelde: el líder revolucionario Ho Chi Minh. Muy pocos de los franceses que estaban en Indochina en aquellos momentos se dieron cuenta de las profundas implicaciones de las conversaciones secretas que estaban llevando a cabo Leclerc y el Tío Ho, como le llamaban sus seguidores.

Ho Chi Minh veía que una presencia continua china en Tonquín perpetraría un golpe mucho peor a las esperanzas de independencia del Vietnam que cualquier acuerdo temporal con los franceses. Después de todo, el dominio colonial francés apenas duraba un siglo, mientras que los vietnamitas llevaban luchando 2.000 años para resistirse a la asimilación y la dominación total de China. También había algunas consideraciones políticas a tener en cuenta. Los chinos del Kuomintang se encontraban ahora con que tenían que negociar con un gobierno marxista encabezado por el Frente de Unidad Nacional Vietminh. Evidentemente, los nacionalistas chinos no miraban con buenos ojos la Asamblea Nacional de Ho Chi Minh, que pertenecía al mismo campo ideológico que su acérrimo enemigo Mao Tse-tung. La situación se complicaba aún más con la existencia en Indochina de un grupo de nacionalistas de clase media que tenían como modelo al partido chino de Chiang Kai-shek. En 1931, este grupo había provocado una rebelión contra el gobierno francés que tuvo que ser duramente reprimida por las autoridades coloniales. En los años treinta, el Partido Comunista de Indochina había conseguido organizar una pequeña red de células con la ayuda de los marxistas franceses. Ho tuvo que esperar su momento hasta que los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial le brindaron la oportunidad de entrar en acción con su fuerza de guerrilla que, entonces, estaba mucho mejor organizada que sus rivales de clase media del Partido Nacionalista de Vietnam. El VNQDD (las iniciales se referían a Vietnam Quoc Dan Dang) había regresado a Hanoi siguiendo la línea del Kuomintang chino y había forzado a Ho Chi Minh a hacerle sitio en su gobierno. Ho accedió con cierta reticencia porque sentía un odio inmenso hacia aquellos "enemigos de clase". Durante el invierno de 1945-46 hubo numerosos enfrentamientos entre el Vietminh y el VNQDD. Desde el punto de

ABAJO: *Guerreros —antiguos y modenos— de la feroz tribu montañesa de los Muong, que lucharon al lado de los franceses en Indochina.*

vista de Ho, todo su futuro dependía ahora de que las tropas francesas expulsaran a los chinos de Tonquín.

El general Leclerc veía a Ho Chi Minh como un aliado potencial de Francia. Desde la derrota de Francia en 1940, su imperio colonial se había convertido en cosa del pasado. Acabada la guerra mundial, la intención era comenzar una nueva era de relaciones liberales entre la Francia metropolitana y sus territorios de ultramar. Ho Chi Minh propuso que la República Democrática de Vietnam continuase existiendo como parte de una confederación conjunta con Francia. Estaba dispuesto a admitir que París retuviera el control en asuntos tales como representación diplomática, defensa y finanzas hasta próximas negociaciones. Al final, ambas partes llegaron a un extraño acuerdo según el cual debía mandarse una fuerza francesa al área del norte del paralelo 16 para evitar que los comunistas de Tonquín fueran sitiados por las fuerzas unidas del Kuomintang chino y el VNQDD vietnamita. El gobierno de la Cuarta República, que acababa de recibir el mandato en un referéndum reciente, accedió a permitir mano libre al Vietminh en el norte. Francia también contaba con la seguridad de que las fuerzas de Chiang Kai-chek abandonarían Vietnam.

> Sólo un loco hubiera podido imaginar que esos fanáticos nacionalistas aceptarían algo inferior a la plena soberanía de Vietnam.

Ambas partes sabían perfectamente que habían hecho un pacto con el diablo. En el Ejército francés no se respiraba un aire de gran entusiasmo por la descolonización y la mayoría de oficiales, de derechas, despreciaban a los comisarios del Vietminh. Sin embargo, de acuerdo con los términos del pacto, los chinos acabaron cruzando de nuevo la frontera por Kwangsi y Yunnan, cargados con el botín de la victoria. Inmediatamente después, la primera acción del comité revolucionario del Vietminh fue eliminar a sus rivales. Los franceses, quizá con poca perspicacia, no levantaron un dedo para detener la liquidación de las fuerzas anticomunistas. En años siguientes lamentarían amargamente la pérdida de estos aliados potenciales en la lucha por Vietnam. Los coroneles franceses estaban secretamente ansiosos de meter las manos en el Vietminh. No querían nada más que restablecer las *pax franca* en el Lejano Oriente mediante la fuerza militar.

Los vietnamitas, por otro lado, no intentaban en absoluto disimular sus intenciones reales. En cada centímetro de pared o carretera estaban pintadas a gran tamaño las palabras mágicas *Doc Lap*, que en vietnamita significan "independencia". Sólo un loco hubiera podido imaginar que esos fanáticos nacionalistas aceptarían algo inferior a la plena soberanía de Vietnam. Ho Chi Minh y sus seguidores nunca se someterían al gobierno francés en Indochina, en los términos que fuese. Había otras inscripciones, igual de insistentes, que pedían la unificación de las "tres Ky", es decir las tres partes de Vietnam: Tonquín, Annam y Cochinchina. Los revolucionarios del Vietminh sabían que, en el momento decisivo, los principales financieros franceses relacionados con el Banco de Indochina abandonarían la superpoblada región del río Rojo, en Tonquín, y dejarían a merced del destino a sus famélicas masas. Los franceses también estarían dispuestos a abandonar la inhóspita región montañosa

ARRIBA: *Paracaidistas franceses participando en la operación "Castor", un intento de forzar al Vietminh a batirse en campo abierto. Hoy, "Castor" es bastante más conocido como Dien Bien Phu.*

del centro de Annam, pero el Vietminh sabía que aquellos influyentes "mongoles" no querrían de ningún modo abandonar sus intereses en Cochinchina, en particular las lucrativas plantaciones de caucho en el sur y los fértiles arrozales del Delta del Mekong. Estas importantes áreas productoras de riqueza formarían una república separada bajo control francés.

> Los altos oficiales franceses consideraban indigno tener que luchar en pie de igualdad con el Vietminh, integrado por meros tiradores emboscados.

Durante las semanas que siguieron a la declaración de la nueva república en el Norte, podían verse escenas extrañas en Haiphong. La bandera oficial del país era ahora el pendón rojo del Vietminh con su estrella amarilla y ondeaba junto a la bandera tricolor en todos los edificios públicos. La nueva República Democrática tenía ahora su propio Ejército, con sus propios uni-

formes rojo-marrón y cascos verdes. Los hombres iban casi todos armados con armas robadas a los japoneses. Las reducidas tropas del Tío Ho salían en patrullas conjuntas con los soldados coloniales franceses. El destino había unido a aquellos reticentes camaradas de guerra y entre ellos no existían relaciones de amistad. Los altos oficiales franceses consideraban indigno tener que lucha en pie de igualdad con el Vietminh, integrado por meros tiradores emboscados. Los franceses estaban seguros de que el líder militar del Vietminh, Vo Nguyen Giap, había aprendido todo lo que sabía de estrategia militar en los libros de historia. Y la admiración que Giap profesaba por Napoleón no le dispensaba más que sonrisas condescendientes por parte de sus aliados franceses.

El período frío y lluvioso terminó abruptamente. En una semana, la temperatura de Tonquín subió drásticamente y el lugar rezumaba calor. Todo el mundo se empezaba a dar cuenta lentamente de que Vietnam del Norte iba a ser un país siniestro para librar allí una guerra.

EL ROSTRO CAMBIANTE DE LA GUERRA

Saigón, primavera de 1951

Cinco años después, subí a bordo del avión París-Saigón, un DC-4 que empleó tres días, con dos escalas, para llegar a su destino. En su mayoría, los pasajeros eran hombres fuertes y musculosos en edad militar. Todos llevaban el pelo cortado al cepillo del Ejército, pero iban con ropa de civil. Las autoridades indias habían tomado muchas precauciones para la escala del avión en Calcuta y lo último que deseaban ver era un uniforme francés. En París, la prensa había publicado las malas noticias del Lejano Oriente en todas las portadas. Para empezar, los planes para la defensa del Delta del río Rojo se habían infiltrado al enemigo. Luego el jefe del estado mayor francés, que tenía el ominoso nombre de Revers ("revés", en francés), decidió en el último momento evacuar las guarniciones fronterizas, cuya tarea era defender Tonquín del ataque de las provincias chinas del norte.

> De hecho, la fuerza aérea iba a jugar un papel crucial... Los estrategas del Vietminh no habían considerado la posibilidad de que lanzasen napalm a sus tropas.

Esos puestos fronterizos habían estado amenazados desde que los ejércitos victoriosos de Mao Tse-tung entraron en las provincias del Kwangsi y Yunnan, al sur de China. La nueva República Popular de China había declarado públicamente su apoyo a Ho Chi Minh. Ya estaba enviando suministros de equipo a sus aliados comunistas a través de la frontera y utilizaba los exitosos métodos que había empleado en la guerra contra Chiang Kai-chek para adiestrar al Ejército Revolucionario vietnamita en Nanning. Recientemente, una columna francesa de 3.000 hombres había sido objeto de una emboscada cuando subía por las cerradas curvas de un camino montañoso de la jungla. Prácticamente habían aniquilado a la fuerza completa. La guarnición de Lang Son había escapado por pelos de un destino similar, huyendo a la carrera y dejando tras suyo todo su equipo. La victoria de Mao en China significaba que los franceses no podrían sostener ya más el *cordon sanitaire* en el norte de Indochina. En el pasado, la opinión pública de Francia había oscilado entre una falta total de interés por la campaña del Lejano Oriente y un criticismo feroz. Ahora, la prensa de París se preparaba para anunciar la noticia de la derrota decisiva de la fuerza expedicionaria en el Delta del río Rojo. Los panfletos publicados por el Partido Comunista Francés calificaban la guerra de Indochina de *la sale guerre* (la guerra sucia) y, en el puerto de Marsella, los estibadores pintaban de negro los buques que partían hacia Saigón. Eso significaba que los refuerzos para el ejército del Lejano Oriente tenían que embarcarse al amparo de la oscuridad. Hasta los ataúdes de los muertos devueltos a Francia tenían que ser descargados en secreto.

Esta vez yo había ido a Saigón como enviado especial. Cuando llegué a la ciudad, no tuve que buscar mucho para encontrar a "Pachá". Me lo encontré sentado en un apartamento de la

ARRIBA: *En enero de 1954, el secretario de Estado francés para los Estados Asociados, Marc Jaquet, rinde visita a Dien Bien Phu. A pesar de las sonrisas, la situación era desesperada. La base francesa llevaba aislada casi dos meses.*

Rue Catinat. Estaba en proceso de formar una nueva unidad comando de fusileros de Marina. "No te quedes en Cochinchina", me aconsejó "Aquí, ahora, no es más que rutina y nadie se preocupa de nada. Tú debes ir al norte..., allí es donde está la acción de verdad. Ahora mismo les estamos lanzando todo lo que podemos".

Dos días antes, 40 batallones del Vietminh habían realizado un fuerte ataque a la fortaleza de Vinh Yen. Oleadas de soldados se lanzaron contra el fuerte, pero el ataque fracasó ante el fuego de la artillería pesada francesa. Poco antes, el Ejército Revolucionario había invadido la base militar de Vietri, por lo que pensaron que Vinh Yen ya estaba prácticamente en el saco. Confiados en la victoria, habían dedicado la mitad de todas sus fuerzas al ataque y habían terminado perdiendo 8.000 hombres en una batalla que había durado cinco días. Giap, el jefe del Vietminh, era un líder guerrillero sagaz. Inteligentemente, había comprendido el riesgo de librar una batalla campal en Vinh Yen, pero su objeción fue rechazada por el politburó del Partido Comunista Lao Dong, que representaba la línea dura del Vietminh. Como se demostró, los comunistas vietnamitas tuvieron muy mala suerte: se habían encontrado con un nuevo comandante en jefe francés, el general Jean de Lattre de Tassigny. De Lattre de Tassigny era el tipo de líder que rinde visita en persona a la primera línea de fuego para mantener la moral de sus hombres. Realizó grandes cambios en el ejército de Indochina, incluyendo la reorganización de las existentes divisiones francesas en grupos móviles de combate conocidos como *groupes mobiles*. De todos modos, su principal contribución fue aumentar la implicación de la fuerza aérea, que había sido reforzada a toda prisa con equipo norteamericano. De hecho, la fuerza aérea iba a jugar un papel crucial en el conflicto vietnamita. Los estrategas del Vietminh no habían considerado la posibilidad de que lanzasen napalm a sus tropas. Otro factor nuevo en la guerra era la actitud de los norteamericanos. La decisiva victoria de Mao Tse-tung había abierto el acceso a las guerrillas comunistas a una vasta área interior inexpugnable tras la frontera china. Hasta hacía muy poco, la aplazada aventura

colonial de los franceses en Indochina había sido una espina para los diplomáticos norteamericanos. Pero ahora, Estados Unidos estaba metido hasta el cuello en el conflicto coreano y los franceses podían contar con el apoyo y ayuda norteamericanos contra la nueva amenaza del norte.

La faz de Saigón había cambiado drásticamente en cuatro años, desde mi última visita. Las últimas secuelas de miseria que habían seguido a la corta toma del poder de los revolucionarios vietnamitas habían desaparecido ya hacía tiempo. Ahora Saigón tenía más que nunca el aspecto de una prefectura francesa, instalada bajo el sol tropical. La colección de objetos en oferta en las tiendas de la Rue Catinat era suficiente para satisfacer los gustos más refinados. La "mafia corsa" y otros especuladores se iban haciendo ricos con sus negocios de piastras. La piastra, moneda oficial de Indochina, era comprada por estafadores a precios bajísimos de mercado negro y luego transferida a bancos de Francia con una tasa de cambio oficial varias veces mayor. Entretanto, los jóvenes oficiales de la Academia Militar de St.-Cyr sangraban hasta la muerte en los arrozales. Todo esto disgustaba a los soldados franceses de permiso en Saigón, cuyas caras macilentas mostraban los estragos de la malaria.

Junto al Grand Monde se encontraba la maloliente orilla del río infestada de ratas y con sus miserables hileras de chozas acurrucadas una encima de otra.

Pero lo que realmente los enfurecía era ver que los grasientos oficiales de estado mayor se pasaban la tarde tomando el sol en la terraza del Continental, echándose brandys con soda al coleto. Luego, por la noche, para agravar la injuria, eran ellos los que se llevaban las mejores fulanas vietnamitas del lugar, mientras los soldados, que eran los que realmente estaban llevando el peso de la lucha, tenían que arreglárselas con las maravillas de Buffalo Park, una gran extensión de terreno abierto en el Boulevard Galliéni. Buffalo Park era un gran burdel militar donde unas 1.000 prostitutas de Annam y Camboya hacían su trabajo entre risas y chillidos. Las chicas iban muy mal maquilladas y vestidas con ropa vulgar, pero eran muy bonitas. Cualquier soldado que pasaba ante de los guardias de servicio en la puerta y entraba en el patio interior se veía sorprendido por una escena increíble: ¡todas aquellas mujeres! Parecía demasiado hermoso para ser verdad. Entonces, antes de poder darse cuenta, veía que le arrancaban literalmente los pantalones.

Y, sin embargo, Saigón, la ciudad que había sido burguesa y ruda al mismo tiempo, no estaba alejada del todo de la guerra. De día, todos los bares y restaurantes tenían que protegerse con tupidas verjas de hierro porque el escuadrón de la muerte del Vietminh tenía la desagradable costumbre de lanzar granadas a los hombres que iban de uniforme. Por la noche, bengalas de señalización relucían en el cielo sobre la zona pantanosa del Rungsat, en la orilla más lejana del río Saigón. Cerca de los antros del Grand Monde se encontraba la maloliente orilla del río infestada de ratas y con sus miserables hileras de chozas acurrucadas una encima de otra. A lo largo de la orilla había cientos de casas flotantes, apiñadas una contra otra. Los comisarios del Vietminh se encontraban allí como pez en el agua.

Salí de Saigón a primeras horas del día siguiente, rumbo al sur. También aquí, en Cochinchina, la guerra tenía un nuevo aspecto. La carretera asfaltada a My Tho y Can Tho tenía a ambos lados atalayas de madera, una imagen que recordaba los campamentos romanos. Estas torres estaban colocadas a distancia visible una de otra para que los centinelas pudiesen mandarse mensajes por toda la línea. Los emplazamientos de esas anacrónicas fortalezas estaban protegidos por una valla de cañas de bambú muy afiladas. Como este sistema de defensa ocupaba a demasiados soldados al mismo tiempo, el alto comando francés decidió reemplazar a sus hombres por tropas locales de voluntarios anticomunistas.

De pronto surgía de la oscuridad una descarga de sonidos... Los altavoces empezaban entonces a berrear canciones de guerra comunistas y nacionalistas.

A estos nuevos aliados de los franceses no se los consideraba particularmente dignos de confianza. Por tanto, los cabos y los suboficiales franceses cuyo trabajo era protegerlos, lo pasaban especialmente mal por las noches intentando mantenerlos alejados de las garras de los Vietminh. En el momento que oscurecía, empezaban los crujidos, deslizamientos y golpes en los arrozales. De pronto surgía de la oscuridad una descarga de sonidos que silenciaba a las ranas mugidoras y entonces los altavoces empezaban a berrear canciones de guerra comunistas y nacionalistas y eslóganes de propaganda. De vez en cuando, los centinelas de aquellos fuertes aislados encontraban buenos métodos de guerra psicológica para responder al enemigo. Un sar-

ABAJO: *Un paracaidista transporta el cuerpo de un camarada caído. Las tropas francesas, a merced de los cañones del Vietminh que controlaba las zonas altas, estaban condenadas.*

ECP ARMÉS

gento barbudo del Auvergne, por ejemplo, solía poner cada noche sus viejos discos rayados y, con la ayuda de un amplificador, mandaba una selección de valses vieneses en dirección a los invisibles pioneros de la revolución mundial.

En ese estadio de la guerra, los franceses todavía tenían el domino de Cochinchina. En parte, esto era debido a que las sectas militantes de los Cao Dai y Hoa Hao habían hecho las paces con París y se encargaban de que los vietminh que se infiltraban en sus territorios fuesen reducidos sin miramientos. Los adeptos de las sectas se movían por el mismo tipo de motivación que los comunistas y demostraron ser tan expertos como ellos en la guerra de guerrillas. Los Hoa Hao en particular recurrían a cualquier tipo de atrocidad con tal de conseguir sus objetivos. Además, en el área de Saigón y Cholón, los franceses habían establecido una alianza con una banda de piratas fluviales llamados Binh Xuyen. Esta banda de degolladores recibió el encargo de patrullar la región a cambio de recibir una participación en los beneficios de los antros de juego del Grand Monde en Cholón. La población temía y odiaba a los Binh Xuyen. Eran implacablemente eficaces y circulaban todo tipo de historias atroces sobre los métodos que utilizaban para hacer hablar a la gente.

ABAJO: *Después de rendirse, miles de soldados franceses emprendieron una penosa marcha forzada hacia el norte de Vietnam. Muchos murieron en el camino.*

LAS SECUELAS DE DIEN BIEN PHU

Hanoi, verano de 1954

La fortaleza de Dien Bien Phu había caído. La derrota francesa en Indochina era completa. Navarre, el comandante en jefe de las fuerzas francesas, se la había jugado y había perdido. Había concentrado 16 000 soldados en esa ribera dejada de la mano de Dios y poblada por una tribu de tailandeses negros. Hasta entonces, la ciudad de Dien Bien Phu sólo se conocía como un miserable punto de parada entre las tierras altas de Tonquín y el lado laosiano de la llanura del Mekong; ahora era famosa en el mundo entero. Los franceses habían cavado alrededor de un círculo de fortificaciones con el fin de obligar al ejército del Vietminh a un ataque frontal. Hacía años que el estado mayor de Hanoi soñaba con enfrentarse al enemigo en una batalla campal y destruirlo. Los franceses estaban tan cansados de la tensión constante de la guerra de guerrillas, que estaban dispuestos a afrontar el riesgo terrible de quedarse incomunicados en aquel agujero remoto. Lamentablemente, el general Navarre había infravalorado seriamente tanto la habilidad del comandante vietminh, un antiguo profesor de historia llamado Vo Nguyen Giap, como la tenacidad de su tropas. Cualquier experto militar al que se preguntase hubiera jurado que era imposible transportar artillería por tierra a través de la jungla

ARRIBA: *Soldados comunistas en Haiphong, después de la retirada de las tropas francesas de las regiones al norte del Paralelo 17. Las tropas de Ho, sin embargo, ya empezaban a dirigir sus miradas hacia el Sur.*

montañosa de Dien Bien Phu. Pero los vietminh lo consiguieron mediante un esfuerzo físico sobrehumano. Las defensas francesas, que no estaban preparadas para soportar nada superior a un ataque de morteros, cayeron bajo los primeros fuegos de artillería del ejército sitiante. El alto comando francés en Indochina parecía empeñado en confirmar la verdad que encerraba la observación hecha por Clemenceau años atrás de que la guerra era un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los militares.

El gobierno de coalición de París, sin embargo, era tan culpable de la derrota como los militares. El Mouvement Républicaine Populaire, que había sido una de las fuerzas progresistas de la política francesa, se agarraba ahora ciega e incomprensiblemente al espejismo de su patrimonio colonial. En el último momento, Georges Bidault, ministro de Asuntos Exteriores, intentó incluso persuadir a los norteamericanos de que lanzasen bombas nucleares tácticas sobre las posiciones comunistas en torno a Dien Bien Phu. Pero sólo hacía un año que Washington había acordado con reticencias el armisticio en Corea. Por primera vez en su historia, Estados Unidos no salía victorioso de una guerra. Dadas las circunstancias, ni siquiera John Foster Dulles podría sostener la idea de una intervención en Indochina con el empleo de armas nucleares. Cuando finalmente se alzó la bandera roja con la estrella amarilla sobre el último basitión francés, la reacción de la prensa occidental, e incluso de la opinión pública francesa, fue un ignominioso respiro de alivio. Se había evitado la escalada mortal de la "guerra sucia". Técnicamente, el Ejército francés aún controlaba el área del Delta del río Rojo, pero la derrota total era ya un asunto de pocas semanas.

Con un fondo de música de baile y fuego de artillería, la comunidad francesa de Hanoi esperaba el golpe final.

Habían llegado periodistas a Hanoi de todas artes del mundo. Anteriormente, la guerra de Indochina —a diferencia de la campaña de Corea— había tenido muy mala prensa en los medios de comunicación internacionales. Incluso un sector de la prensa parisina se avergonzaba de aquella anacrónica aventura colonial francesa. Pero, ahora, estaba a punto de caer el telón y los bui-

tres se iban juntando. En el ámbito de la prensa había mucha tensión. El parte diario era tempestuoso. Los corresponsales norteamericanos estaban asombrados de que se hubiera evacuado Nam Dinh.

"Tras una alineación del frente en Phy Ly, nuestros soldados han tomado nuevas posiciones defensivas en Hadong", dijo el portavoz militar.

"¿Qué? —preguntó un robusto norteamericano—. ¿Quiere decir que también han abandonado Hadong?"

El oficial francés protestó:

"No hay ningún tipo de retirada de Hadong "

"Quiere decir que será evacuado pasado mañana", añadió sarcástico el norteamericano.

Casi todas las preguntas se centraban en la situación de los soldados franceses capturados en Dien Bien Phu, que eran conducidos a campos de internamiento del Vietminh en una dura marcha forzada a través de cientos de kilómetros de jungla montañosa Los periodistas norteamericanos habían hablado en sus reportajes de una "marcha de la muerte", pero los censores del Ejército lo cambiaron por una "marcha agotadora". Los norteamericanos se enfurecieron por esta suavización de su lenguaje: "¿Qué quiere decir eso de 'marcha agotadora'? ¡Para un norteamericano, una 'marcha agotadora' significa andar tres manzanas!" Esta escena me vendría a la memoria posteriormente, cuando el Ejército norteamericano sustituyó a los franceses en Indochina diez años después.

★ ★ ★

Hanoi se había convertido en una base fortificada del Ejército. Los edificios oficiales estaban rodeados de alambre de espino. Un aire de despedida se percibía en las avenidas flanqueadas de árboles y en las bien cuidadas casas. Los civiles franceses estaban haciendo las maletas y disponiéndose a partir.

Por la noche, podían oírse las explosiones de salvas de artillería en las afueras de la ciudad Desde la terraza del hotel podían verse los rayos de fuego que centelleaban en el horizonte. De un bar cercano se filtraba el ritmo sincopado de un tango chino. Y así, con un fondo de música de baile y fuego de artillería, la comunidad francesa de Hanoi esperaba el golpe final.

CAMERA PRESS

EL PRELUDIO DE UNA NUEVA TRAGEDIA

Saigón, verano de 1954

Se había arriado la bandera tricolor francesa del Ayuntamiento de Saigón y ahora, en el blanco edificio estucado, ondeaban unas cuantas banderas vietnamitas nacionalistas: tres rayas rojas sobre un fondo amarillo. El retrato gigante de Bao Dai había desaparecido de la parte frontal del edificio. Aunque oficialmente todavía no había abdicado como emperador y jefe del Estado, sus días estaban contados. Bao Dai, el *playboy* macizo y añoso que solía ir a cazar a Alsacia y a practicar el esquí acuático a la Costa Azul mientras su país agonizaba, ahora era universalmente despreciado y rechazado. Un nuevo hombre había tomado las riendas del Estado vietnamita, que pronto sería rebautizado como Vietnam del Sur Se llamaba Ngo Dinh Diem, un mandarín nacido en Hué y que se había ganado rápidamente el sobrenombre de "el Incorruptible". Aquella mañana. Ngo Dinh Diem había presentado su nuevo gobierno al pueblo de Saigón. Se habían dispuesto dos compañías del Ejército Nacional en fila, con sus relumbrantes uniformes blancos, pero la gente se mantuvo a distancia. El grueso de la multitud de 300 espectadores consistía, probablemente, en policías secretas.

En las antecámaras de Ngo Dinh Diem, la CIA estaba planificando cuidadosamente una nueva fase de la guerra de Indochina.

Ngo Dinh Diem era un patriota inflexible y un oponente declarado del gobierno francés en Indochina. El último alto comisario, el general Ely, sólo aceptó su nombramiento por la presión que ejercieron los norteamericanos. Diem pertenecía a una de las familias más respetadas de Annam En 1933 fue nombrado ministro en la corte de Hué. Más tarde, como resultado de la oposición constante, sus tendencias nacionalistas fueron endureciéndose: oposición a los franceses, a los japoneses, a Ho Chi Minh y, finalmente, al propio Bao Dai. Diem tampoco mostraba ser un aliado fácil para los norteamericanos, o así lo aseguraban los rumores. Aquella mañana llevaba un traje blanco y una corbata negra. Era un hombre alto, con un cabello lustroso dividido por una raya sobre una cara saludable. Dejó una corona de flores en el improvisado altar ancestral y volvió junto a su escolta, andando con el contoneo característico de los viejos mandarines.

Diem estaba muy influido por la tradición confuciana de la corte de Annam; sin embargo, como pronto se vería, también era un católico fanático. Su hermano mayor era arzobispo de Hué, en tanto que uno de sus hermanos pequeños, Ngo Dinh Nhu, era consejero suyo. La mayoría de ministros del nuevo gabinete procedían del Norte, algo que indicaba a las claras que Diem no estaba dispuesto a reconocer formalmente la partición de su país Como católico, Diem consideraba una tragedia personal que más de un millón de católicos se arriesgasen a sufrir un gobierno comunista como resultado de la división de Viet-

IZQUIERDA: *El rostro de esta campesina vietnamita muestra toda la fatiga de una vida transcurrida en zona de guerra.*

ARRIBA: *Se abre una nueva fase cuando los miembros de las tribus montañesas reciben armas en un campo de las Fuerzas Especiales de EE. UU. en Vietnam del Sur.*

Ya había empezado un masivo éxodo hacia el Sur y, en los meses siguientes, la flota francesa estaría ocupada plenamente en transportar a comunidades enteras de cristianos.

En aquella época, el Vietminh estaba tomando gradualmente el control del Norte y el ambiente de Saigón parecía más frívolo y despreocupado que nunca. Durante las últimas semanas de guerra, el Vietminh había lanzado sus regimientos hacia el Sur, llegando hasta el Delta del Mekong a marchas forzadas. Marchaban incluso de noche, con antorchas para alumbrar el camino. Pero los Acuerdos de Ginebra habían dispuesto que todas las unidades comunistas debían retirarse al Norte una vez terminadas las hostilidades. Para sorpresa de casi todos, ahora Ho Chi Minh parecía querer respetar los términos del acuerdo a conciencia. Es cierto que los comisarios políticos seguían en sus puestos, pero estaban simplemente a la espera. Se habían convertido desde entonces en un movimiento clandestino y parecían estar concentrados en la organización de su red de células comunistas para preparar el levantamiento que vendría. La señal de Hanoi se esperaba de un momento a otro.

En Cholón, la ciudad hermana de Saigón, la labor de la policía seguía todavía en manos de los Binh Xuyen, los piratas fluviales que se habían engordado con el contrabando de opio, la prostitución y las extorsiones. La ley y el orden parecían estar deteriorándose por momentos en las grandes metrópolis del Sur, en manos de aquellos tipos sin escrúpulos. Los franceses habían dado *carte blanche* al jefe de los Binh Xuyen, "general" Le Van Vien, y él había hecho uso de sus poderes implacablemente. Sus guardaespaldas iban siempre armados hasta los dientes y llevaban boinas verdes distintivas. La gente les tenía más miedo que a las guerrillas comunistas. De hecho, sus métodos crueles y expeditivos habían conseguido acabar con la resistencia comunista en la ciudad.

Los primeros militares norteamericanos que llegaron a Saigón como consejeros del Ejército Nacional se mostraron realmente

ARRIBA: *Aumenta la intervención norteamericana con el suministro de helicópteros para el transporte de las tropas survietnamitas.*

discretos. No puede decirse lo mismo de los hombres de la Marina de los EE. UU.: la Rue Catinat estaba repleta de marinos, todos con sus uniformes blancos. Los mercaderes de la calle y las prostitutas ya empezaban a regatear en inglés macarrónico. En las antecámaras de Ngo Dinh Diem, la CIA estaba planificando cuidadosamente una nueva fase de la guerra de Indochina. Washington se había mostrado muy reticente a aceptar los términos de cese el fuego de Ginebra y la firma del gobierno de Estados Unidos seguía ausente de los documentos finales. Los expertos norteamericanos estaban muy preocupados por las elecciones conjuntas vietnamitas que debían llevarse a cabo en 1956 y estaban decididos a bloquearlas. . sin darse cuenta de que al régimen marxista de Hanoi no le preocupaba en absoluto aquel ejército formal de democracia simbólica. Entre los ser-

ASSOCIATED PRESS

icios secretos franceses y norteamericanos se iba fraguando una rivalidad pertinaz. Washington estaba empeñado en acelerar lo más posible la retirada de las últimas tropas francesas de Vietnam. Sólo cuando ocurriera eso, podría demostrar el gobierno de Diem su total independencia nacional al mundo entero y erigirse en un socio respetable para los otros países del Tercer Mundo. Los franceses, por su parte, estaban agarrándose tozudamente a la Cochinchina que ellos conocían y amaban e intentaban crear una oposición local contra este mandarín de cuello duro y sus consejeros norteamericanos. En un momento dado llegaron a intentar que se declarase zona neutral a la provincia.

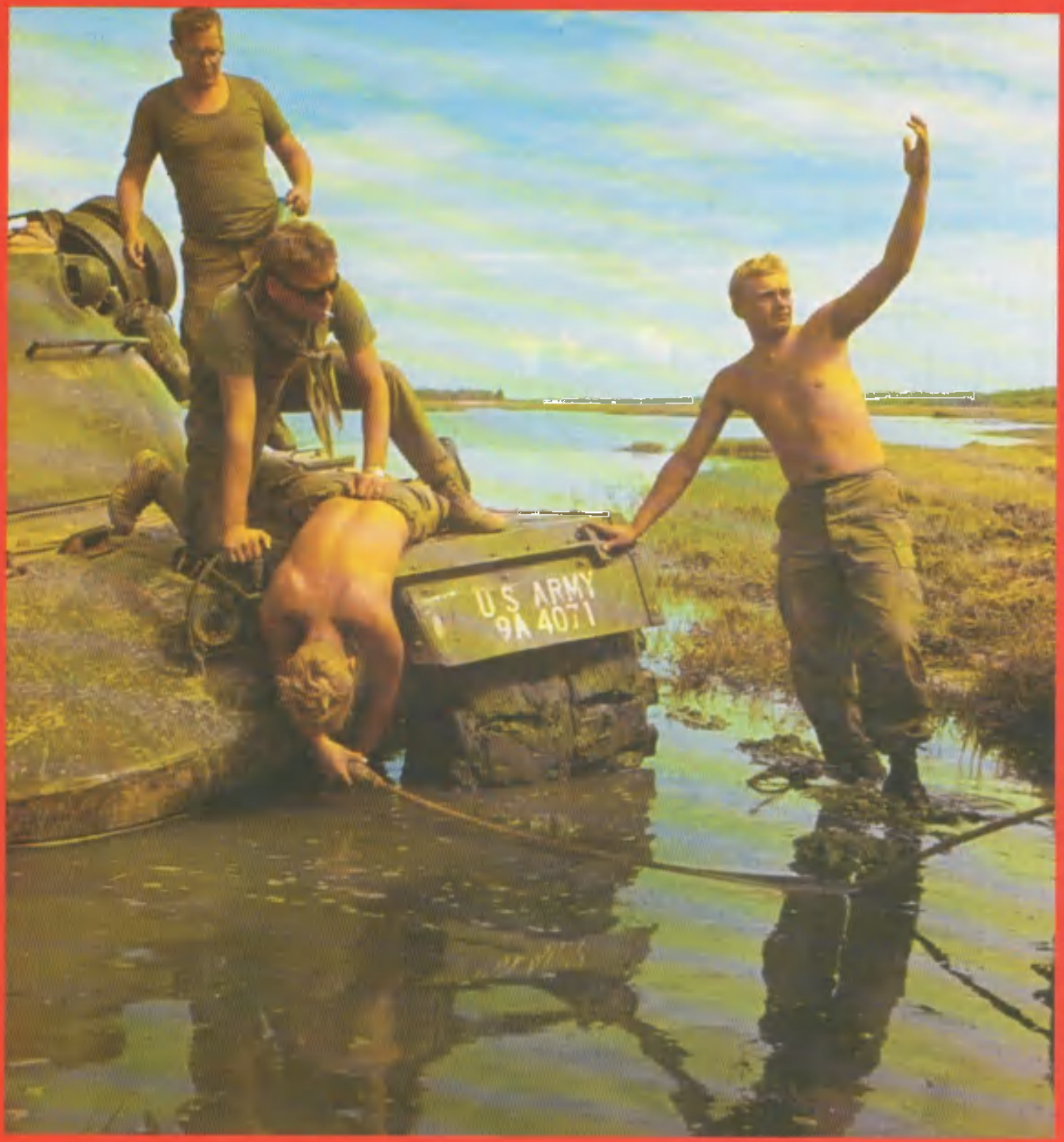
La llamada "Tercera Fuerza" de la que se hablaría tanto durante la intervención norteamericana en Vietnam, ya existía entonces. Uno de los principales defensores de una solución de compromiso en Saigón fue el "general" Xuan, miembro de la burguesía rica. Del modo que lo veía Xuan, lo más importante era preservar la unidad espiritual del pueblo vietnamita ante la inevitable división del país. Él sabía cómo eran realmente los vietminh. No eran tan bárbaros como se decía y eran, por encima de todo, nacionalistas. Ya habían dejado claro que querían separarse de sus antiguos enemigos, los chinos. Xuan, evidentemente, estaba en estrecho contacto con los principales políticos de la Cuarta República francesa. Los círculos influyentes del gobierno francés estaban acariciando abiertamente la idea de dejar que la República Democrática, comunista, de Vietnam siguiera formando parte de la Unión Francesa. Los últimos civiles franceses que quedaban en Hanoi habían recibido órdenes oficiales de quedarse hasta el final, por si el nuevo tratado de cooperación con Ho Chi Minh ofrecía nuevas esperanzas de que permaneciera en el Norte una pacífica presencia francesa.

> Llevaba una bandera tricolor sobre sus brazos estirados, como alguien que mantuviera en alto los Santos Sacramentos.

Entre los mandos militares de Saigón, los oficiales franceses alzaban los brazos desesperados ante aquella actitud increíblemente insensata e ingenua al mismo tiempo. Llegaban informes diarios de sus propias bases, que estaban siendo evacuadas sistemáticamente. La guerra en Indochina había sido cualquier cosa menos gloriosa, pero ahora que había terminado, los militares franceses querían asegurarse de que la retirada se llevase a cabo de forma digna y altanera. Sabían que, para ellos, había terminado el Lejano Oriente. Habían infravalorado la energía de Diem; lo habían creído incapaz de proclamarse jefe de Estado con tanta rapidez o de actuar tan implacablemente contra los confiados aliados de Francia, las sectas y los piratas fluviales. Mientras tanto, los franceses actuaban como amantes abandonados con los dinámicos norteamericanos, que se estaban instalando en todos los niveles y ministerios vietnamitas. En los meses siguientes se libraría una ridícula y sangrienta lucha de poder entre los servicios franceses y norteamericanos.

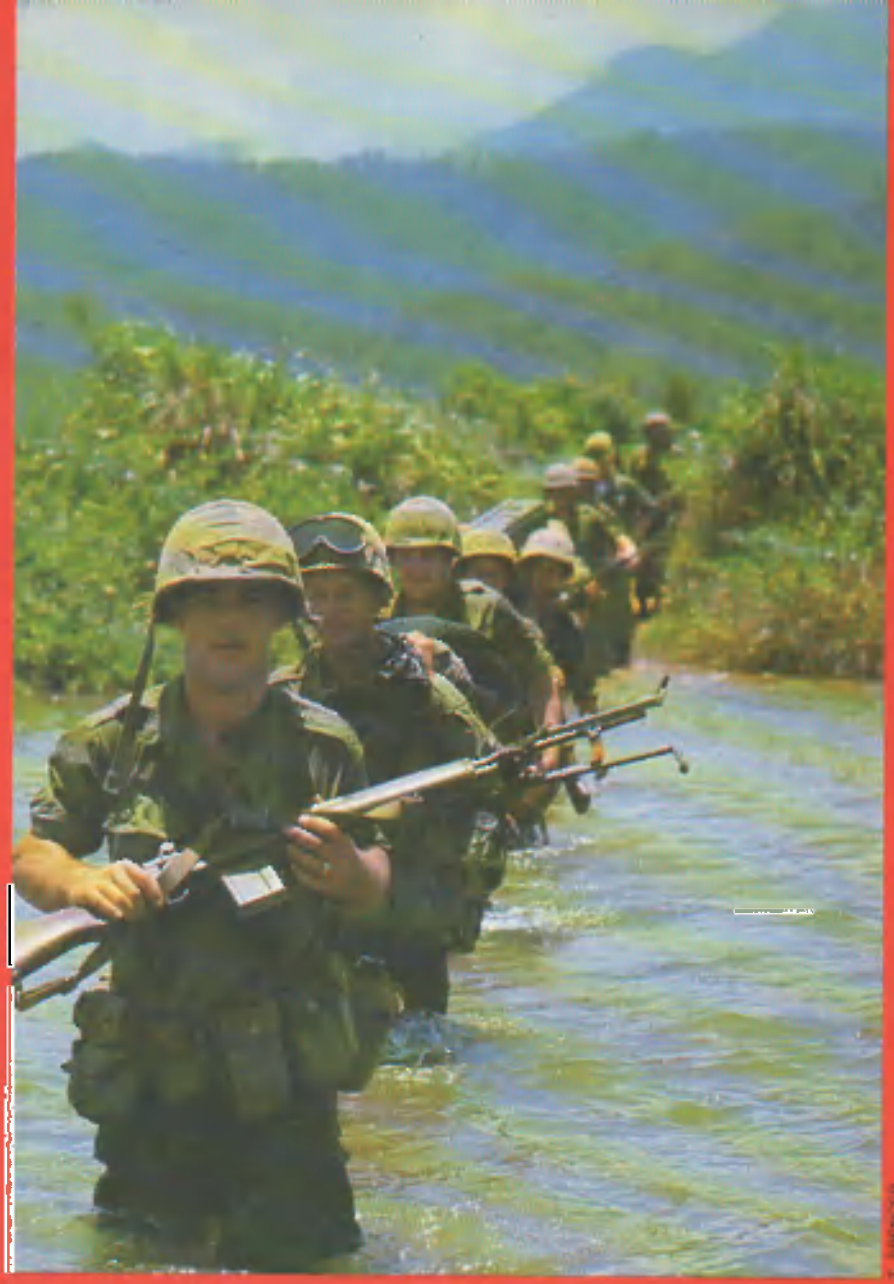
La evacuación de Hanoi terminó finalmente en la primavera de 1955. En la portada de los periódicos de París apareció una de las fotografías de guerra más memorables. Mostraba al último destacamento francés que salía de la ciudad, atravesando el puente Paul Doumer. Justo detrás suyo iba un regimiento de soldados vietminh, marchando en orden estricto. Los soldados llevaban los rifles al estilo ruso, con la bayoneta preparada, como si fueran a entrar en combate. Entre las dos unidades adversarias marchaba un solitario capitán francés. Llevaba una bandera tricolor sobre sus brazos estirados, como alguien que mantuviese en alto los Santos Sacramentos.

Entre tanto, concentrándose en las bandas, estaban los actores que iban a tomar parte en la nueva tragedia de Indochina, la que iba a desarrollarse en el norte y el sur de Vietnam.



US ARMY

ARRIBA: *Un carro de combate estadounidense, encallado en la marisma, como símbolo del destino de la aventura militar norteamericana en Vietnam del Sur. Los marines* (DERECHA) *se encontraron luchando contra un enemigo invisible en un terreno inhóspito.*



Capítulo 2

LOS NORTE-AMERICANOS

GUERRA AL ESTILO NORTEAMERICANO

Vietnam, primavera de 1965

La manera norteamericana de conducir la guerra era distinta de todas las demás. Para empezar, nadie parecía interesado en absoluto en construir fortificaciones ni trincheras, ya que la táctica se fundaba en el fuego de artillería. En caso de emergencia, se recurría a la fuerza aérea y, si las cosas se ponían realmente mal, siempre había helicópteros, preparados para transportar a los consejeros norteamericanos al lugar problemático. A mí me tocó tener mi primera experiencia de la segunda guerra de Indochina —es decir, la norteamericana— en Kontum, al norte de las tierras altas de Annam, no muy lejos del punto en que se encuentran Vietnam, Laos y Camboya. Justo a la salida de la pequeña ciudad se había acantonado un pelotón de soldados de las Fuerzas Especiales norteamericanas y me dirigí a visitar su campamento. Ya habían levantado barracones prefabricados y los habían rodeado de alambre de espino. Los Boinas Verdes, llamados así por su tocado, eran una tropa de élite y tenían el respaldo personal del propio presidente Kennedy.

> "Aquí estamos librando una guerra de guerrillas... Los marines intentarán hacer una repetición de Guadalcanal y Okinawa otra vez."

Cuando llegamos a Kontum nos recibió el oficial responsable, un comandante que tenía aspecto de tener antecesores libaneses. Tanto él como sus hombres parecían emanar un aire confiado, positivo. Eran profesionales hasta la médula. Sabían cómo debía lucharse tras las líneas enemigas y estaban especialmente adiestrados en la guerrilla de jungla, el sabotaje y la contrainsurgencia. Hasta les habían enseñado concienzudamente a jugar sucio. Los observadores franceses calculaban que tres hombres de las Fuerzas Especiales equivalían a una compañía regular entera norteamericana. En Kontum, las Fuerzas Especiales habían reunido a un grupo de soldados nativos locales como suplemento de su fuerzas. Estos hombres eran miembros de la tribu montañera local. Los norteamericanos los denominaban con el nombre francés de la tribu, "montagnards", pero los vietnamitas tenían otro nombre para ellos: "moi", hombres salvajes.

Durante el día, en Kontum hacía calor y todo era polvoriento. Los hombres de la unidad de Fuerzas Especiales se hicieron amigos nuestros rápidamente, al modo fácil y abierto de los norteamericanos. Eran mucho más duros que los soldados norteamericanos que habíamos conocido en Saigón y alrededores. En su mayoría, los hombres de las Fuerzas Especiales habían emigrado recientemente a Estados Unidos o bien no habían conseguido adaptarse en las categorías tradicionales de la sociedad norteamericana. El pequeño contingente de Kontum contaba con un mexicano, un finlandés, un indio de pura sangre, y un solo negro. A pesar del alboroto de la prensa norteamericana sobre ellos, los Boinas Verdes eran básicamente unos inadaptados. Ahora que había pasado la época de los campesinos solitarios y los pistoleros errantes, no quedaba ya lugar en la puritana sociedad norteamericana para *outsiders* como ellos.

F. SPOONER/ REUTERS

ARRIBA: *Helicópteros estadounidenses desembarcando tropas en una batida en territorio hostil de Vietnam del Sur.*

El comandante libanés nos dio un informe detallado y harto cínico sobre la creciente implicación de Norteamérica en el Sudeste de Asia. Había sido un mal año, éste de 1964, para el Ejército survietnamita. Los consejeros norteamericanos habían

calculado que el Ejército podía destruir cada mes un batallón entero de vietcong, pero el cálculo pecaba de optimista. En todo caso, los comunistas habían pasado a la ofensiva y últimamente estaban atacando con fuerzas equivalentes a regimientos. Los hombres de las Fuerzas Especiales no tenían en mucho a los oficiales norteamericanos que habían estado actuando como consejeros del Ejército de Saigón. Lo que habían hecho, en realidad, era entrenar a los survietnamitas para combatir en una réplica de la guerra de Corea. Los habían equipado con una cantidad enorme de artillería pesada y transportes blindados, para un objetivo táctico difícil de comprender. "Ya se ve, ¿no le parece?", dijo el teniente finlandés riendo; "¡los norvietnamitas avanzando por el paralelo 17 con tanques rusos!" Los hombres de Kontum también despreciaban a las primeras uni-

ARRIBA: *Los soldados norteamericanos que patrullaban en Vietnam del Sur tenían que ir con mucho cuidado, no sólo por los vietcong que se encontían bajo tierra, sino también por las trampas explosivas esparcidas por doquier.*

dades de combate norteamericanas que acababan de desembarcar en Da Nang. Los primeros en llegar a tierra fueron un regimiento de marines. Se habían abierto camino por la playa, donde los esperaban muchachas vietnamitas para ponerles guirnaldas de flores alrededor del cuello. "Aquí estamos librando una guerra de guerrillas", dijo uno de los hombres. "Los marines intentarán hacer una repetición de Guadalcanal y Okinawa otra vez."

A la mañana siguiente, el mayor nos invitó a asistir a un "informe visual de instrucción". Los exploradores locales acababan de localizar una base enemiga. Al principio habían pensado que era una base vietcong, pero resultó estar vigilada por regulares norvietnamitas. Una docena de helicópteros aguardaban en el aeropuerto de Kontum, que no era más grande que un campo de fútbol. Podíamos ver a los soldados vietnamitas que subían a los helicópteros que esperaban. Iban armados con fusiles de asalto M16 y llevaban los pesados cascos de combate norteamericanos, que les iban demasiado grandes. En su mayoría, llevaban chalecos antibalas debajo de la chaqueta. Los pilotos eran todos norteamericanos.

Partimos, volando a ras de la jungla. De pronto los helicópteros se agruparon en formación, como un enjambre de avispones. Luego se separaron y fueron directos a una colina, que nosotros casi no podíamos distinguir del resto de la jungla. Dispararon varios cohetes que explotaron en humo negro. Mientras ocurría esto, nuestro helicóptero quedó en vuelo estacionario a algunos metros del suelo. Los soldados vietnamitas saltaron de él y luego nosotros, corriendo para cubrirnos al borde del claro. El ruido y conmoción del fuego desapareció rápidamente. El ataque había cogido al enemigo por sorpresa. Algunos norvietnamitas habían echado a correr en el momento que empezó el tiroteo. Los cadáveres medio carbonizados del resto estaban esparcidos por el suelo, junto a una cabaña de bambú. Los franceses no hubieran creído nunca que pudiera librarse una guerra de este modo, ni siquiera en sus sueños más agitados. Pocos minutos después volvimos a subir al helicóptero y nos dirigimos a la base.

★ ★ ★

En Kontum conocí al vicario general de la diócesis, que me pareció un hombre sensato, un intelectual. Empezó hablando de la tragedia de Ngo Dinh Diem. Tal vez no resulta sorprendente que los intentos de Diem de promover una campaña para convertir a su pueblo al cristianismo llevasen finalmente a una resistencia armada por parte de los miembros más jóvenes de la comunidad budista. A partir de entonces, no había que dar más

de un paso para formar un movimiento de activistas políticos opuestos al régimen de Diem. Cuando Diem llegó al poder, los agentes del Vietcong empezaron una campaña deliberada de infiltración comunista en las pagodas.

El aumento de la implicación norteamericana en Vietnam había provocado la concentración de cientos de periodistas norteamericanos en Saigón. El veredicto unánime sobre la situación en la capital era que el dictador Diem tuvo que ir dejando de lado a los verdaderos representantes del pueblo vietnamita, los budistas, para intentar salvar la situación y señalar el camino hacia la paz y la democracia. Era su tarea, y sólo suya, manejar el timón por un camino intermedio entre el fascismo clerical de "el Incorruptible" y el comunismo maximalista del Frente de Liberación Nacional.

> Los norteamericanos le fallaron y su actitud política en Vietnam nunca pudo recobrarse del odio por aquel crimen. En adelante siempre estarían estigmatizados por la marca de Caín.

Pero, al llegar a esta conclusión, los reporteros norteamericanos pasaron por alto uno o dos hechos cruciales. Primero, los budistas no eran en absoluto representantes de todo el pueblo vietnamita, cuya visión básica religiosa había sido condicionada profundamente por el confucianismo. Segundo, el budismo sólo era una religión marginal, el último refugio de los pobres y oprimidos. Al final unos cuantos monjes decidieron que el martirio era la única solución que les quedaba. Se rociaron con petróleo y se prendieron fuego en la calle, donde ardieron como antorchas vivientes. Cuando ocurrió eso, los corresponsales norteamericanos ya no pudieron resistir su indignación por más tiempo. Salió todo ampliamente publicado en los periódicos. Madame Nhu, la bella e influente cuñada de Diem, añadió leña al fuego cuando afirmó frívolamente en una entrevista que ella no podía hacer nada para evitar que los monjes budistas hicieran una "barbacoa de ellos mismos".

Por ironía del destino, fue el presidente Kennedy, el primer presidente católico de Estados Unidos, el responsable de derrocar a Diem, el dictador católico de Vietnam del Sur. El fin llegó para Diem en otoño de 1963 y su caída iba a proporcionar uno de los capítulos más sórdidos de la historia de la diplomacia norteamericana. Por lo visto, para Kennedy, todo lo que leía en los reportajes periodísticos de David Halberstam, el corresponsal del *New York Times* en Saigón, era como el Evangelio. Halberstam era decididamente anti-Diem; también era un viejo amigo mío y yo conocía su fuerza y sus debilidades. Era un cronista agudo cuando hablaba de la gente elegante de la Costa Este, pero cuando se trataba de desvelar el misterio del Sudeste de Asia, no conseguía tan buen nivel. Diem, finalmente, cayó víctima de un complot dirigido por los norteamericanos y llevado a cabo por los generales del Ejército survietnamita. El complot llevó finalmente al asesinato del presidente, pero esto probablemente fue producto de un error en alguna parte de la cadena. Los oficiales de enlace estadounidenses le dieron a Diem la opción de huir del país, pero el presidente, hombre de cierto orgullo y dignidad, desechó la oferta y eligió la muerte en su lugar. Puede ser que Diem fuera inflexible e intransigente,

ARRIBA: *Una mirada perdida en el infinito. El soldado norteamericano se encontraba luchando en una guerra sin gloria y con inumerables peligros.*

pero era sin duda un patriota y un hombre íntegro. Los norteamericanos le fallaron y su actitud política en Vietnam nunca pudo recobrarse del odio por aquel crimen. En adelante, siempre estarían estigmatizados por la marca de Caín.

Según los informes que habían llegado al vicario general de Kontum, Diem había intentado, en las últimas semanas en el poder, entablar un diálogo con Ho Chi Minh. En ello contaba con el apoyo de los franceses. El objetivo era intentar prevenir que los poderes extranjeros intervinieran en el conflicto y alejar de este modo la inevitable escalada de la guerra. Pero las sondas lanzadas por Diem a los norvietnamitas no hicieron más que precipitar la fatal decisión de la Casa Blanca. Una vez alejado Diem de la escena, los norteamericanos se encontraron con un vacío de poder, aunque el gobierno estaba en manos de una junta militar que rebosaba galones de oro. A la cabeza del gobierno estaba el general Duong Van Minh, conocido como Big Minh. No pasó mucho tiempo antes de que los norteamericanos empezaran a dudar también de él. Minh era un individuo fle-

mático que había ganado los galones en el Ejército francés, lo cual le había dejado un fuerte, y en cierto modo sorprendente, sentido de lealtad hacia el viejo poder colonial y el general De Gaulle. Eso, a los ojos de Washington, hacía altamente sospechoso a Duong Van Minh y, tras un breve período en el poder, fue derribado por un nuevo golpe, también inspirado por los norteamericanos, y exiliado a Bangkok.

Tras la expulsión de Big Minh del Palacio Norodom, siguió un período en que desfilaron una sucesión de generales insignificantes y políticos marionetas por la antigua residencia del gobernador francés en Saigón (ahora rebautizada con el nombre de Palacio Doc Lap o Palacio de la Independencia). La embajada estadounidense finalmente eligió al general Nguyen Khanh para dirigir el nuevo gobierno. Khanh era un hombre fuerte con una perilla que le hacía objeto de un sinúmero de chistes. Era hijo de un actor y, por tanto, estaba muy abajo en términos de prestigio social a los ojos de sus compañeros vietnamitas. Los norteamericanos lo encontraban un aliado condescendiente, demasiado condescendiente, por desgracia. Khanh, simplemente, no tenía la altura necesaria para actuar de líder en este período tan crítico de la historia survietnamita.

En aquellos momentos, todo Vietnam estaba inmerso en una sangrienta guerra civil y nadie habría sido capaz de desmentir la seriedad del conflicto. Pero, a lo largo de la línea de demarcación que dividía los dos territorios hostiles, Giap, el comandante en jefe norvietnamita, había estado esperando su momento. Hasta entonces se había abstenido cuidadosamente de hacer actuar a sus regimientos; quería simular que los levantamientos de Annam y Cochinchina eran obra de luchadores locales por la libertad. Ahora, sin embargo, la intervención masiva de los norteamericanos en la contienda significaba que Giap podía dejar de preocuparse por la opinión pública mundial, y la guerra adquirió un rostro inequívocamente distinto.

LA CUMBRE DE MANILA

Manila, otoño de 1966

El presidente Lyndon B. Johnson había mandado una invitación a sus aliados, convocándolos a una conferencia en el Palacio Malacanang de Manila. Los primeros ministros de Australia y Nueva Zelanda, junto con el presidente coreano Park Chung Hee y un general tailandés de Bangkok, acudieron en respuesta a la convocatoria norteamericana. Vietnam del Sur envió a dos representantes: el jefe del gobierno Nguyen Cao Ky y su oponente político, el general Nguyen Van Thieu. El presidente de Filipinas, Ferdinand Marcos, jugó el rol de anfitrión oficial con su habitual tacto y talento.

La conferencia no duró mucho. El presidente Johnson informó a sus aliados, a puerta cerrada, de que Estados Unidos iban a incrementar su esfuerzo de guerra en Vietnam a fin de asegurar la victoria norteamericana. Eso implicaba aumentar el número de fuerzas de tierra estadounidenses a 500 000 hombres. Por lo visto, el general Westmoreland había decidido que no podía confiar ya más en las unidades del Ejército survietnamita: en el futuro, los soldados norteamericanos debían ejercer el control directo de todas las operaciones ofensivas, y a los survietnamitas se les asignaría un rol puramente defensivo en la guerra. Ky y Thieu tuvieron que aceptar esta decisión con toda la cortesía de que fueron capaces. El vicecomandante del Aire Ky, originario de Tonquín, sugirió que las operaciones en tierra contra el enemigo fuesen conducidas directamente en territorio norvietnamita, pero Johnson dejó de lado la idea. Los norteamericanos arguyeron que había demasiado riesgo de intervención de una fuerza china, parecido a lo que ocurrió en Corea.

ABAJO: *La conferencia de Manila en octubre de 1965, que iba a cambiar la faz de la guerra.*

ASSOCIATED PRESS

La determinación del presidente de Estados Unidos y el inmenso contingente de soldados norteamericanos eran realmente impresionantes. La prensa mundial, que había llegado a Manila en masa, tomó diligentemente sus notas y profetizó que los días del Vietcong estaban contados.

La cumbre de Manila teminó con un banquete informal. Los invitados oficiales se sentaron a una larga mesa, con Johnson y Marcos en el centro. El presidente norteamericano ya había consumido más alcohol del conveniente. Johnson se había lanzado de cabeza a la aventura de Vietnam. Había apostado por el prestigio de Estados Unidos como potencia mundial y había dejado su propia carrera política en el camino. Sin embargo, era Kennedy, no Johnson, quien había estado detrás de la firme intervención en Vietnam. Los periodistas norteamericanos que habían volado con Johnson en la Fuerza Aérea Uno admitían que el presidente era un buen conductor en el campo de la política interior, pero opinaban que no sabía maniobrar en la escena internacional. Por esta razón, Johnson siempre acudía a los antiguos consejeros de Kennedy para que le orientasen en la estrategia de Vietnam. Cada vez que se tomaba una decisión para aumentar la implicación de Estados Unidos o para realizar una escalada en la guerra, siempre aparecían los mismos nombres: Robert McNamara, McGeorge Bundy. Walt Rostow y Dean Rusk. Eran "los mejores y más brillantes", para citar la irónica descripción que de ellos hizo Halberstam. Al final, sus análisis y predicciones seudocientíficas... llevarían a Johnson al borde de la catástrofe.

Las tropas coreanas estaban en Annam. Y cuando los soldados de la Tierra de la Mañana Silenciosa ponían los pies en un lugar, nunca más volvía a crecer la hierba.

Los primeros ministros de Australia y Nueva Zelanda parecían casi altos funcionarios del personal de la Casa Blanca. El premier Harold Holt, de Australia, tenía la cara sonrojada por los efectos combinados del alcohol y el calor. La orquesta se puso a tocar un vals y Lyndon Johnson inauguró el baile con Imelda Marcos. La mantenía con fuerza contra él, como si tuviese dificultades para mantener el equilibrio. Entonces Nguyen Cao Ky le pidió un baile a "Lady Bird", la esposa del presidente norteamericano. Fue Henry Cabot Lodge, el embajador estadounidense en Vietnam, quien cometió el error fatal de ascender a Ky a la posición de primer ministro. Ahora, mientras se deslizaba por el parquet con la esposa del presidente norteamericano, Ky tenía el aspecto de un gigoló con su pelo liso, su barbita y su nariz aplastada. No era el tipo de persona que inspiraba respeto en la sociedad asiática. Su primer matrimonio con una francesa había terminado en divorcio e inmediatamente después se había casado con la azafata más atractiva de Air Vietnam, lo que confirmó su reputación de *playboy*. Sus partidarios norteamericanos prácticamente ya habían perdido toda esperanza de remodelarlo como político o de que mostrara alguna iniciativa real como jefe de gobierno.

Ky. aquella noche, estaba muy animado, disfrutando del gran momento. Su exaltación no era compartida por el otro representante vietnamita, el general Nguyen Van Thieu, que parecía

ARRIBA: *El presidente Johnson y su esposa "Lady Bird" disfrutantdo de un descanso en la conferencia de Manila, en la que Johnson anunció una masiva escalada del refuerzo de guerra de EE. UU*

estar incómodo y cohibido. Thieu era el principal rival político de Ky y presidía una especie de régimen paralelo en Saigón que tenía el respaldo total de los otros generales. Procedía de una familia humilde de pescadores del sur de Annam, pero, a pesar de sus antecedentes de pobreza, sus maneras y actitud denotaban la dignidad de un mandarín en uniforme No era difícil predecir quién saldría victorioso de la lucha por el poder que se fraguaba.

En una esquina de la mesa había un figura quieta, solitaria: el presidente de Corea del Sur, Park Chung Hee. A juzgar por las señales de vida que daba, bien hubiera podido ser un hombre de piedra. El ambiente rociado de alcohol y la ruidosa cordialidad de la reunión, unido a la fanfarronería que mostraban australianos y norteamericanos, había conseguido que el presidente Park se recluyera en su caparazón. Rechazó todas las invitaciones a bailar que se le hicieron y prácticamente no tocó la comida. En la cumbre de Manila le pusieron el mote de "Convidado de Piedra", pero él no estaba en condiciones de preocuparse de su imagen. En aquel mismo instante, dos divisiones especiales de soldados de Corea del Sur estaban luchando en el sector de Qui Nhon, en el centro de Annam Y cuando los soldados de la Tierra de la Mañana Silenciosa ponían los pies en un lugar, nunca más volvía a crecer la hierba.

Un miembro del alto personal de la Casa Blanca se inclinó hacia Johnson para comunicarle que un grupo de estudiantes y jóvenes estaba rodeando el hotel donde se alojaba la delegación norteamericana. Estaban coreando eslóganes y pidiendo el fin de la guerra de Vietnam y la evacuación de las bases estadounidenses de las Filipinas. Ya era medianoche pasada, por lo que Lyndon Johnson dio la señal de levantarse de la mesa. Era obvio que se sentía muy afable. Entró en su limousine blindada y se puso a emitir por el altavoz el tradicional saludo filipino. "Mahubai." Su voz temblorosa resonó en los silenciosos jardines del Palacio Malacanang, inmerso en la oscuridad.

DESTRUIDO PARA SER SALVADO

Vietnam, agosto de 1967

El portavoz del Ejército de EE. UU. en Saigón no cesaba de repetir que la guerra estaba prácticamente acabada. Día tras día, los oficiales de información notificaban la destrucción de cientos de "estructuras" o depósitos de aceite o municiones, en ambos lados del paralelo 17. Si se les preguntaba más directamente, uno se enteraba de que una "estructura" a menudo no era nada más que una cabaña de bambú en territorio enemigo. Los detalles del recuento de cuerpos eran cuidadosamente centralizados e introducidos en un elaborado sistema informático. Con eso se calculó que la "fuerza principal" del enemigo había sido prácticamente destruida y que los "irregulares" resistían de milagro. Pero en Con Thien, en el punto donde se encuentran Vietnam del Norte y del Sur, nadie hacía mucho caso de estos boletines de victoria.

La zona cercana a la línea de demarcación era entonces un caliente frente de batalla. Yo me había unido a una columna de marines camino del frente. Los marines iban armados hasta los dientes. Tenían el cuerpo, de la cabeza a los pies, cubierto de sudor y barro. Sus siluetas negras recortadas contra el cielo me recordado las viejas imágenes de Verdún en la Primera Guerra Mundial.

En las regiones septentrionales de Vietnam del Sur no se oía hablar mucho de las misiones de "búsqueda y destrucción", la nueva forma de ganar la guerra. Los B-52 de la Fuerza Aérea de EE. UU. habían cubierto de bombas el cuello de botella norvietnamita, la estrecha franja costera entre el río Ben Hai y la ciudad de Vinh. Había quedado con un aspecto de paisaje lunar. El general Curtis Le May había amenazado con "bombardear a los comunistas hasta devolverlos a la Edad de Piedra". Pero, a pesar de eso, el general Giap había conseguido extender su red de emplazamientos y refugios hasta llegar a las líneas norteamericanas. Recientemente había conseguido llevar artillería pesada hasta el frente, aunque sólo Dios sabe cómo pudo hacerlo. Ahora los vietcong habían empezado a bombardear las bases de fuego de EE. UU. a intervalos irregulares. Los marines profirieron maldiciones, se vieron forzados a cavar túneles y trincheras en el suelo. "El fuego del enemigo es un verdadero engorro", dijo el comandante que me acompañó por Con Thien. "Pero lo peor son las ratas. Tenemos que vivir con ellas en el barro. A veces incluso atacan a mis hombres." En la distancia pude oír el sonido del trueno de la artillería y la explosión de las bombas. El enemigo no se veía por ninguna parte, pero debía de estar escondido tras las crestas de tierra oscura. "Hemos colocado alambres de espino y campos de minas —dijo el mayor—, pero se siguen infiltrando en nuestras posiciones." Se sacó el agua de lluvia de la cara. ¡Demonios, estamos luchando contra un ejército de topos!"

★ ★ ★

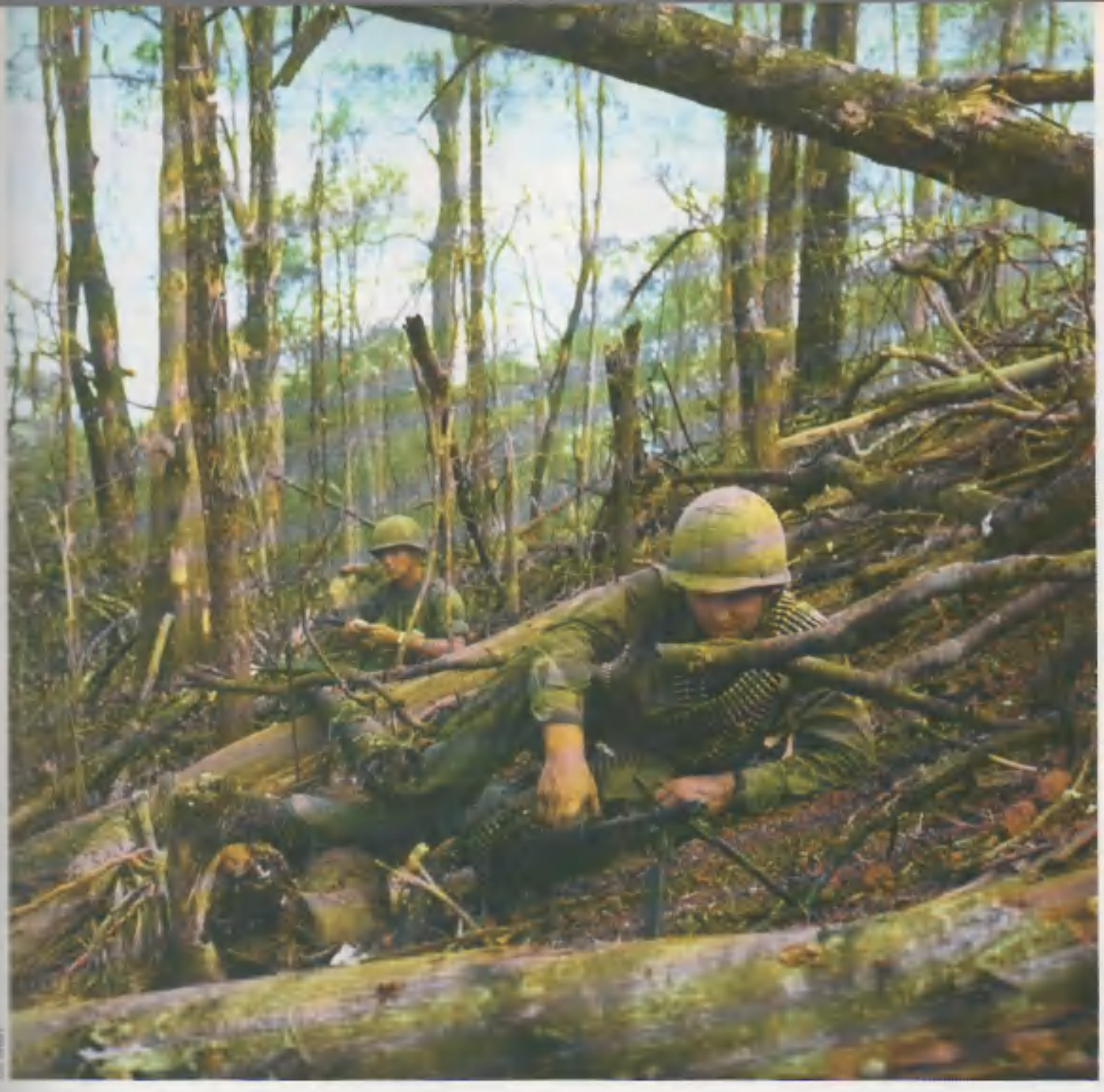
De Saigón llegaban noticias de la dura lucha que se libraba alrededor de la base norteamericana de Dak To, cerca del siniestro sector de Indochina donde se encontraban Vietnam, Camboya y Laos. En aquella zona, los norteamericanos estaban sometidos al duro ataque de las fuerzas regulares norvietnamitas.

Al día siguiente volé a Dak To en un transporte Hércules. El punto realmente problemático se hallaba en las montañas, en una densa jungla, a unos cuantos kilómetros del sudoeste de Dak To. Un batallón de la 172.ª Brigada Aerotransportada de EE. UU. tenía órdenes de localizar a las fuerzas del enemigo en las faldas de las montañas que había alrededor de la ruta Ho Chi Minh. Los soldados se habían dirigido directamente a una emboscada norvietnamita en las pendientes de la cota 875 y daba la impresión de que podrían ser aniquilados. Se habían mandado rápidamente refuerzos al área, pero también habían sufrido duras pérdidas. Decidimos intentar aproximarnos para ver más de cerca la lucha. Primero de todo, el helicóptero nos llevó a un sector de avanzada, donde se detuvo para subir municiones a bordo. Finalmente despegamos de la base de artillería y nos encaminamos hacia el fragor del combate.

> Había habido tan gran número de bajas que concentraron sus esfuerzos en evacuar a los heridos. Los ojos de los hombres que dejaban estaban desorbitados y vidriosos.

Los norteamericanos estaban en una situación desesperada. Desde el aire podíamos ver dónde los cazabombarderos F-100 habían conseguido abrir claros en la jungla para que los apurados paracaidistas tuvieran un perímetro temporal de defensa. Su bombardeo debía de haber sido terriblemente exacto. De repente notamos que nuestro helicóptero caía por los aires como un ascensor descendiendo a una mina. Bajamos bruscamente y nos quedamos parados justo sobre el claro de la jungla. Los soldados norteamericanos utilizaban troncos de árboles caídos como cobertura. Estaban cabando fosas como si sus vidas dependieran de ello. Nos rodeaba el crepitar ensordecedor del tiroteo. Un poco más allá chirriaban aviones que hacían maniobras para bombardear al enemigo invisible que tenían debajo. Los escondites norvietnamitas estaban a menos de 300 metros de los emplazamientos estadounidenses. Nuestro helicóptero estaba detenido sobre la rugosa tierra cuando yo di el salto. Los paracaidistas aún vivos estaban cubiertos de barro de pies a cabeza. Habían introducido los cuerpos de los muertos en bolsas de plástico verdes. Ahora metían a toda prisa aquellos horribles paquetes en el helicóptero tambaleante, como si fueran maletas. En el momento que llegaron al punto de carga máxima, el helicóptero despegó de nuevo. El siguiente helicóptero ya estaba sobrevolándonos, en espera de bajar a tierra. Había habido tan gran número de bajas que concentraron sus esfuerzos en evacuar a los heridos. Los ojos de los hombres que dejaban estaban desorbitados y vidriosos. Todo lo que podía leerse en ellos era un cansancio total y el temor agonizante de la muerte. Los uniformes que llevaban estaban hechos jirones; los chalecos antibalas eran lo único que había soportado los estragos de la maleza. Cayó la noche y nos chasqueaban los dientes de frío. Los F-100 estuvieron sobrevolando la cota 875 durante toda la noche con un ruido infernal, ensordecedor. El perímetro estaba iluminado como si fuera de día. El napalm había encendido montañas enteras y la jungla ardía y chisporroteaba a nuestro alrededor.

Bajo la gris luz del amanecer, parecía que la vegetación de la montaña había quedado totalmente arrasada por la virulenta batalla. Los paracaidistas volvieron al ataque, esta vez con la



ARRIBA: *Soldados de la 173.ª Brigada Aerotransportada de Estados Unidos inmovilizados en la cota 875. El alto costo humano de acciones como ésta provocó la creciente desilusión de la guerra en Estados Unidos.*

cobertura de la artillería pesada. Escondieron la cabeza y corrieron hacia la chamuscada y humeante colina. Tres veces recibieron proyectiles de morteros enemigos y uno o dos hombres cayeron a tierra. Al final consiguieron alcanzar el objetivo y se encontraron con unas entradas vacías a fosas y túneles bajo tierra que parecían haber sido cabados por enanos. Los soldados norteamericanos atacaron con lanzallamas los agujeros y arrojaron dentro cargas explosivas. Luego se juntaron y esperaron que una escuadrilla de helicópteros los llevara de regreso a Dak To.

El cielo sobre las tierras altas de Annam ha vuelto a su azul pálido original. Los aviones dejaban estelas de vapor tras ellos, hilos de plata que se deshilvanaban en un tono azul celeste. Los soldados norteamericanos contemplaban, sin ver nada, el verde interminable de la jungla, completa y totalmente vacío. Por fin le habían arrebatado la cota 875 al enemigo.. , pero ahora, ¿qué? Allí, ante sus ojos, había un centenar más de colinas como aquélla a la espera de ser conquistadas. "¿Tenemos que tomarlas todas?", preguntaba un sargento mientras nos ofrecía una lata de Coca-Cola

Dos meses después —yo me estaba en Europa— me llegaron noticias de la gran ofensiva del Tet. Era el momento de la festividad budista del año nuevo, que marcaba el comienzo del Año del Mono, y los vietcong habían aprovechado la ocasión para lanzar un gran ataque a las bases norteamericanas de Vietnam del Sur. Cogieron a los norteamericanos totalmente desprevenidos La nueva embajada estadounidense de Saigón, que se había reforzado recientemente y tenía más aspecto de fortaleza que de residencia oficial, sufrió el ataque de un comando suicida vietcong. Prácticamente toda ciudad y pueblo del Delta del Mekong cayó en manos rebeldes en algún momento y la

ARRIBA: *Una guerra sin frentes. Muy a menudo, las tropas norteamericanas se encontraron conquistando colinas aisladas que tenían que abandonar poco después: las fuerzas comunistas habían desaparecido.*

lucha fue muy dura. Ben Tre tuvo que ser "destruido para ser salvado": ésas fueron las palabras exactas que dijo el portavoz oficial. La vieja ciudad imperial de Huế estaba ocupada por unidades norvietnamitas que habían atravesado la frontera por Laos. Izaron la bandera vietcong sobre la ciudadela y resistieron casi 40 días a los furiosos contraataques de los marines estadounidenses.

> Las unidades de combate del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur... estaban ya totalmente liquidadas.

Al final, pese a todo, la ofensiva del Tet perdió impulso. Los comunistas habían confiado en que toda la población de Vietnam del Sur se alzaría contra los norteamericanos en una revuelta masiva. En lugar de eso, la inmensa mayoría se mantuvo totalmente pasiva. El Vietcong creía que habría deserciones masivas en las tropas de Vietnam del Sur, pero, en realidad, ni una sola unidad del Ejército Nacional se pasó a los comunistas. Desde un punto de vista puramente militar, la ofensiva del Tet de 1968 fue un auténtico fiasco y un fuerte mazazo a las esperanzas de Hanoi. Las unidades de combate del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, que habían tenido una gestación tan difícil, estaban ya totalmente aniquiladas. Todos los comisarios, agentes o activistas políticos que habían salido de su escondite durante la ofensiva fueron detenidos sistemáticamente a lo largo de los meses siguientes en una masiva operación policial. La mayoría de los comentaristas de la prensa occidental calificó la ofensiva del Tet de victoria de Estados Unidos.

En realidad, el significado de la ofensiva del Tet era bastante diferente. La consecuencia real de este trágico preludio del Año del Mono fue que el balance de la guerra se inclinase a favor de los norvietnamitas. En Estados Unidos, toda la indignación contenida por la "guerra sucia" de Vietnam había ido desembocando en una tormenta de protestas, con estudiantes e intelectuales a la cabeza. Grupos de veteranos y mujeres se manifestaban en protesta ante la Casa Blanca. El Ejército estadounidense había cosechado una rotunda victoria militar en su contraofensiva de Año Nuevo, pero la victoria política a largo plazo fue para Vo Nguyan Giap, el comandante en jefe norvietnamita. Las incansables tropas de Giap habían conseguido recientemente desmoralizar a su poderoso enemigo norteamericano. Aún de mayor importancia fue que los generales norteamericanos no fueran capaces de prever el efecto que tendría la derrota de los comunistas en el presidente Johnson. Fue la victoria del Tet, irónicamente, lo que convenció a Johnson de que había llegado el momento de abandonar la guerra y le llevó a anunciar que se suspenderían los ataques aéreos a Vietnam del Norte y que las fuerzas norteamericanas en Vietnam del Sur se irían reduciendo sistemáticamente. Washington se declaró dispuesto a abrir negociaciones para un alto el fuego con Hanoi. Y el presidente Johnson anunció que no se presentaría a las próximas elecciones presidenciales.

LISTOS PARA LA REVOLUCIÓN

Camboya, primavera de 1970

El cura francés estaba pálido de rabia y desesperación. "Fíjese en lo que ha hecho el nuevo gobierno camboyano", decía señalando a la multitud de vietnamitas que había ido a buscar refugio a su iglesia. En sus rostros se veían las señales de su reciente odisea. Los refugiados eran principalmente mujeres y niños. "Dispararon a todos los hombres en edad militar porque decían que eran comunistas", siguió el cura. "Lo terrible es que toda esa gente son católicos. No hay un solo simpatizante del Vietcong entre ellos. Si los que mandan en Phom Penh siguen con este régimen de terror, acabarán lanzado a todos los vietnamitas del campo en los brazos de los khmer rojos." A pesar de la multitud que había dentro de la iglesia, se respiraba una quietud terrible. Las mujeres sollozaban silenciosamente. Los heridos, algunos terriblemente mutilados, apenas emitían sonido alguno. Hasta los niños estaban callados, cogidos a sus madres sin una sola queja. Durante la noche precedente la mayoría de las mujeres habían sido violadas por los soldados.

La entrada a la iglesia estaba vigilada por soldados camboyanos muy bien armados. Llevaban el uniforme sucio y no mostraban demasiada disciplina. La expresión de sus rostros era hosca y hostil, en cierto modo antiasiática. Los soldados de Lon Nol, el nuevo jefe del Estado camboyano, perseguían a los miembros de la minoría católica vietnamita de Camboya. Fueron las primeras víctimas de una serie terrible de masacres.

ABAJO: *El empeño de los periodistas de trabajar en la línea del frente reportó nuevas historias y fotografías que alertaron al mundo sobre la verdadera naturaleza de la guerra.*

De no haberse producido la intervención de la CIA, jamás habría tenido lugar el golpe militar de Phom Penh

Todas las celebraciones y fiestas habían terminado para la población de Phom Penh. En marzo, el príncipe Sihanuk había partido hacia el extranjero para una larga gira, ignorando el consejo de sus asesores de que permaneciera en la capital. Sus temores no eran injustificados porque, durante su ausencia, Sihanuk fue depuesto por un golpe militar. Había ido al extranjero para intentar que Moscú y Pekín presionasen a Hanoi. En los últimos años, los norvietnamitas y el Vietcong habían ido construyendo gradualmente su red de "santuarios" en el área fronteriza entre Camboya y Vietnam del Sur hasta conseguir finalmente una cadena completa de bases inviolables desde la que dirigir sus operaciones militares dentro de Cochinchina. Sihanuk analizó la situación y llegó a la conclusión, bastante correcta, como se demostró, de que existía un riesgo evidente de que Estados Unidos reaccionasen violentamente a esta invasión de los norvietnamitas. De todos modos, lamentablemente, se equivocó totalmente al juzgar la situación política dentro de su país. Cometió el error fatal de confiar en la lealtad de su Ejército, una fuerza mal equipada de 35.000 hombres dirigidos por

su comandante en jefe, en general Lon Nol. Sihanuk, prolongando su estancia en el extranjero, desoyó las urgentes llamadas de Lon Nol para que volviera al país inmediatamente, con resultados fatales. Evidentemente, de no haberse producido la intervención de la CIA, jamás hubiera tenido lugar el golpe militar de Phnom Penh. Los agentes del Servicio de Inteligencia norteamericanos no cesaban de decir a los militares camboyanos que un nuevo gobierno pro-occidental daría a sus divisiones el empujón que necesitaban para expulsar a los vietcong de Camboya para siempre. Y los agentes pro-estadounidenses del movimiento clandestino conocido como Khmer Serei —los khmer libres— ofrecieron sobornos sustanciosos para acabar con cualquier vacilación que los oficiales camboyanos pudieran haber tenido.

El entusiasmo que marcó las primeras semanas de la revolución no duró mucho. Pronto la gran masa de la población, especialmente en las áreas rurales, empezó a suspirar por el príncipe derrocado. Se preguntaban cómo podría sobrevivir y prosperar el reino sin la bendición de su dios-rey. Entretanto Sihanuk se había instalado en Pekín, donde formó un gobierno en el exilio. Los norvietnamitas, actuando por orden de Sihanuk, se introdujeron más hacia dentro de Camboya y se hicieron con el control de las provincias al este del Mekong. Luego declararon su apoyo a una pequeña banda de guerrillas comunistas del país, que más tarde se conocerían con el nombre de khmer rojos. Era un nombre que un día sembraría el pánico y el terror en toda Camboya.

Los norteamericanos, por su parte, no perdieron tiempo. Avanzaron unos 20 kilómetros en territorio camboyano con divisiones completas cuyo objetivo era destruir los santuarios vietcong de la zona fronteriza. El principal objetivo era el cuartel general del Frente de Liberación. Pero, cuando el Ejército de los Estados Unidos llegó a Camboya, se encontró con que el pájaro había volado: todos los escondrijos de los vietcong en el área habían sido abandonados. Era obvio que el Servicio de Inteligencia estadounidense había fallado por completo.

> Nixon abandonó la tierra de los khmer a un dominio seguro e inexorable de los comunistas

Desde el punto de vista norteamericano, por tanto, la campaña de Camboya había resultado un auténtico fiasco. Podría argüirse que forzó a los comunistas vietnamitas a abandonar temporalmente sus posiciones en las plantaciones de caucho de Snoul, Krek y Mimot. También los forzó a salir del "Pico de Loro" y el "Anzuelo", los dientes gemelos de territorio camboyano que se adentran en Vietnam. Pero, a partir de ahora, los vietcong tenían todo el sector occidental de Camboya para operar en él. Las tropas de élite del Ejército survietnamita no

CAMERA PRESS

ABAJO: *El príncipe Sihanuk de Camboya. Tras ser depuesto por el mariscal Lon Nol, tuvo que reducirse a intentar gobernar su país desde Pekín*

podían hacer nada para detenerlos; estaban atrapados en su lado de la frontera. Dadas las circunstancias, no podía producir gran sorpresa que una flotilla de cañoneros zarpase de Saigón, Mekong arriba, y lanzase anclas en Phnom Penh. Lo que en realidad estaba sucediendo era que el presidente Nixon, actuando por consejo de Henry Kissinger, estaba destruyendo el último bastión de independencia nacional y neutralidad en Indochina, la Camboya de Sihanuk. Estaba empujando al país de cabeza a la guerra. Peor todavía, era una guerra de la que los propios norteamericanos estaban en proceso de salirse. Por parte de Estados Unidos fue un imperdonable error de evaluación. Nixon abandonó la tierra de los khmer a un dominio seguro e inexorable de los comunistas.

¿Qué podía hacerse con soldados que vendían la mitad de su arsenal al enemigo? Era como un suicidio...

La guerra de Camboya era más perversa y cruel que el conflicto de Vietnam. En las primeras semanas de lucha murieron una docena de periodistas occidentales. Probablemente tuvieron la mala suerte de encontrarse con una banda de khmer rojos en una curva de la carretera. Todo debía de haber ido muy rápido: no hubo preguntas, ninguna muestra de gracia. Los que no morían en el acto podían considerarse afortunados. Los comunistas camboyanos, con sus gorras, sus pañuelos rojos y sus fusiles AK-47, mataban como robots. Eran un grupo salvaje y sediento de sangre, hasta el punto de que sus aliados vietnamitas se sentían incómodos con ellos. La tierra de los khmer parecía barrida por una especie de locura. Camboya estaba a merced de un ejército de zombis asesinos.

Bastaron pocas semanas para que Phnom Penh se sumiera en un estado de espantosa desolación. Las basuras empezaron a amontonarse en las calles. Los edificios gubernamentales se vieron rodeados de barricadas de sacos de arena y alambradas de espino y se montaba guardia en todos los puentes. Pero, a pesar del sitio, se podía comprar más o menos de todo en el gran mercado cubierto de forma circular. No parecía haber ningún problema para conseguir suministros. Más tarde se supo que los khmer rojos permitían que entrasen todo tipo de provisiones en la ciudad sitiada, pensando que el ejército de Lon Nol les proporcionaría morteros y munición a cambio. Los consejeros militares norteamericanos de Phnom Penh estaban desesperados con sus aliados camboyanos. ¿Qué podía hacerse con soldados que vendían la mitad de su arsenal al enemigo? Era como un suicidio, pero a los camboyanos no parecía preocuparles. Y los oficiales registraban batallones enteros de soldados inexistentes en los libros de registro para poder pedir la paga correspondiente. Si no llega a ser por la intervención de la Fuerza Aérea de EE. UU., la guerra en Camboya se hubiera inclinado del lado de los comunistas mucho antes de lo que lo hizo. Apenas oscurecía, las calles del centro de la ciudad se vaciaban rápidamente. El toque de queda se imponía casualmente y las patrullas eran de gatillo rápido. Los últimos civiles que se retiraban a sus casas eran las prostitutas. Se solía oír sus risas estridentes resonando en las calles desiertas mucho después de oscurecer.

DESBANDADA Y FUGA

Hué, Pascua de 1972

El general Giap había vuelto a atacar y había cogido al enemigo totalmente por sorpresa. Había atacado justo donde nadie lo hubiera esperado jamás: la estrecha faja de demarcación a lo largo del paralelo 17. Desde que el presidente Johnson había reducido las fuerzas norteamericanas en Vietnam a 50.000 soldados, los survietnamitas se habían quedado sólos para luchar en su tierra. El paralelo 17 se consideraba generalmente como un sector olvidado por la guerra, por lo que los survietnamitas habían estacionado allí a su división más débil, la 3.ª, formada principalmente por delincuentes y desertores que habían sido detenidos. El jueves antes de Pascua, las tropas de Giap aparecieron súbitamente de la nada y empezaron a atacar a la 3.ª División con fuego de artillería. Empezaron cargando contra las posiciones survietnamitas con carros soviéticos T-52 y T-54. No se podía hacer nada más que retirarse. La Fuerza Aérea de los EE. UU. no pudo intervenir a causa de la niebla baja. Los consejeros militares norteamericanos fueron evacuados a toda prisa de las bases que rodeaban Don Ha y Cam Lo. Esto destruyó la moral de Ejército saigonés. Ya empezaban a llegar noticias de que la capital provincial, Quang Tri, había caído.

Últimamente, los periodistas habían empezado a ponerse camisas azules o amarillas. Era un blanco fácil, pero al menos te identificaban como no combatiente.

Entre tanto, otra columna de carros de combate norvietnamitas había salido hacia el sur desde la frontera camboyana por la Ruta 13 y había conquistado la capital del distrito de Loc Ninh, al norte de Saigón. Sin embargo, en An Loc, las cosas no iban tan bien para los norvietnamitas. Las tropas de Giap eran relativamente inexpertas en lo referente a la guerrilla móvil y habían cometido el error de enviar sus tanques al ataque sin el suficiente apoyo de infantería. Para empeorar las cosas, en su avance se habían encontrado con paracaidistas survietnamitas que opusieron feroz resistencia utilizando armas antiblindajes. Como resultado de sus esfuerzos, la ofensiva había llegado a un punto muerto 20 kilómetros al sur de An Loc.

★ ★ ★

Los norvietnamitas habían avanzado desde el oeste por la Ruta I, el lugar de enlace defensivo vital entre Hué y Quan Tri, la capital provincial. Ahora estaban a unos cuatro kilómetros de Quang Tri. El campo circundante estaba empapado de lluvia. El distante tronar de la artillería nos llegaba con el viento del oeste. Por allí, en la niebla, se encontraba una posición survietnamita llamada "Bastogne", donde se había luchado encarnizadamente. "Bastogne" era la última posición que bloqueaba la salida al Valle de A Shau, donde se sabía que la 324B División norvietnamita estaba esperando para atacar. Los marines survietnamitas se abrieron a ambos lados de la carretera, que corría paralela a la línea del ferrocarril Saigón-Hanoi. Estaban peinando pueblos y bosques de bambú en busca de soldados

ARRIBA: *Soldados norvietnamitas capturados durante la invasión de Semana Santa de 1972. Aunque en esta ocasión los planes norvietnamitas se frustraron, su victoria definitiva estaba a sólo tres años vista.*

enemigos que hubieran podido filtrarse entre sus líneas. Los marines eran una tropa de élite, la columna vertebral de la reserva estratégica de Saigón. Les habían mandado al norte con poco tiempo de preparación en el momento que se endureció la lucha. Esos hombres con uniforme de camuflaje veteados eran auténticos profesionales. No había señales de temor o excitación en sus rostros. Simplemente se aplicaban a la tarea de construir una posición defensiva desde donde observar la carretera pavimentada. De vez en cuando miraban al cielo para ver si se habían ido las nubes; cuando aclarase, llegarían los bombarderos norteamericanos.

En Quang Tri, todas las tiendas estaban cerradas y protegidas con barricadas. Las calles se veían repletas de refugiados con fardos de pertenencias o niños en la espalda. Estaban bajo la lluvia constante esperando que se les distribuyera comida, con una calma y compostura increíbles. Sobre la ciudadela de Quang Tri ondeaba una bandera norteamericana; eran las estrellas y franjas más septentrionales de Vietnam. Los consejeros estadounidenses de la 3.ª División vietnamita estaban estacionados allí, en un pequeño puesto de mando fortificado con cientos de sacos de arena. A diferencia del estado mayor militar de Saigón, que pintaba siempre un cuadro optimista de la situación, los consejeros militares norteamericanos de Quang Tri contemplaban el futuro con temor. Nos insistían para que nos pusiéramos los chalecos antibalas, antes de seguir hacia el norte. Anteriormente se tenía por norma que toda persona que entrase en la zona de combate debía llevar el uniforme reglamentario norteamericano; pero ningún corresponsal norteamericano llevaba ya uniforme. Últimamente los periodistas habían empezado a ponerse camisas azules o amarillas. Era un blanco fácil, pero al menos te identificaban como no combatiente.

El Ejército tenía que controlar a todas hora que no hubiese saboteadores enemigos intentando volar los puentes de la Ruta 7, una carretera de enlace vital. Dos horas antes de nuestra llegada, un escuadrón de zapadores norvietnamitas había conseguido llegar hasta los alrededores de Quang Tri, pero, afortunadamente, fueron avistados por una patrulla de reconocimiento survietnamita y aniquilados, a 100 metros escasos de la primera columna de uno de los puentes. Ahora había una veintena de cuerpos en el suelo como muñecos sanguinolentos.

Llegamos a Hué cuando empezaba a oscurecer. A la entrada de la ciudadela se había congregado una multitud. Estaban allí, empujándose unos a otros, empapados hasta los huesos. Había dos carros de combate capturados al enemigo en exposición fuera de la puerta. Los norvietnamitas los habían abandonado en

Dong Ha por falta de gasóleo y los habían arrastrado hasta Hué como trofeos de guerra. Uno era un T-54 fabricado en Rusia, el otro un vehículo chino. Uno de los consejeros norteamericanos se subió a la escotilla de la torreta para un examen más detenido. Como norma, los militares norteamericanos que quedaban en Hué intentaban pasar inadvertidos. Las relaciones con los vietnamitas, particularmente con las unidades del ARVN, habían empeorado, especialmente ahora que el Ejército de Saigón estaba empezando a sentirse abandonado por su poderoso aliado. Ya habían llegado a la ciudad miles de refugiados y los que seguían llegando acampaban fuera, en el barro, en condiciones terribles. Los únicos que podían permitirse comprar un billete de avión eran los ciudadanos realmente ricos de Hué. Cada uno de los puestos de todos los aviones que salían de la ciudad había sido revendido varias veces. Las sumas que se pagaban como sobornos eran impresionantes. Desde la ofensiva del Tet, cuando los soldados de Hanoi habían irrumpido en la ciudad matando a gran número de civiles, los habitantes de Hué tenían un gran terror por los comunistas.

En una calle lateral cercana, una multitud enloquecida se apiñaba como un enjambre de moscas alrededor de los cuerpos de tres miembros de la guerrilla vietcong. A primera hora de la mañana, la guerrilla había intentado atacar la cárcel. Ahora estaban muertos y sus cuerpos se habían dejado bajo la lluvia para servir de escarmiento. Los jóvenes milicianos survietnamitas contemplaban los cuerpos sin emoción aparente y, sin embargo, aquellos hombres hubieran podido ser sus hermanos.

ABAJO: *El cementerio de guerra de Bien Hoa, en la afueras de Saigón, proporcionaba una trágica prueba del terrible costo que estaban pagando los survietnamitas en la guerra.*

LA VIETNAMIZACIÓN DE LOS ATAÚDES

Saigón, primavera de 1972

El Ejército survietnamita, tras mostrar unos signos iniciales de colapso ante el duro ataque comunista, consiguió en cierto modo resistir. Con el fin de frustrar los planes de Hanoi, los norteamericanos esgrimieron la gran arma de su fuerza aérea y congregaron ocho portaaviones en el Mar de la China Meridional. Después de ser conquistada por los norvietnamitas, la ciudad de Quang Tri quedó reducida a una fantasmal pila de escombros: una especie de Hiroshima de la guerra convencional; luego los marines survietnamitas reconquistaron las ruinas. En aquellos momentos se calculaba que, en algunas provincias de Vietnam del Norte, había caído un promedio de tres bombas norteamericanas por cada metro cuadrado de terreno.

El alto el fuego en Vietnam que iba a proclamar Henry Kissinger... no era más que una cortina de humo.

Mientras Nixon intentaba engañar al enemigo para que firmase un acuerdo que garantizase la seguridad de los barcos en alta mar, daba orden de bombardear los puertos de Tonquín, una acción que, por cierto, Moscú no hizo nada por evitar. Henry Kissinger, a quien le hubiera gustado aparecer como un Metternich moderno, se encontró a cambio desempeñando el dudoso papel del doctor Strangelove, "que aprendió a amar la bomba".

Al aumentar su campaña de bombardeo, el tándem Nixon-Kissinger estaba creando, en realidad, las condiciones que se suponían necesarias antes de poder abrir las negociaciones con Hanoi para concluir el conflicto de Vietnam. De nuevo, otra gran operación de los norvietnamitas —la ofensiva de Pascua de 1972— empezó con algunos éxitos modestos y luego fracasó. Desde un punto de vista estrictamente militar, la ofensiva de Pascua fue un fracaso Sus efectos, sin embargo, iban a mostrar al mundo que la suerte de Vietnam del Sur dependía del apoyo aéreo norteamericano. Desde la renuncia de Johnson a la carrera presidencial, la retirada de soldados de Infantería norteamericanos había seguido de forma tan organizada que, en la primavera de 1972, sólo quedaban 50.000 soldados de los 550.000 que había al principio en Vietnam del Sur, y casi todos estaban destinados a servicios de suministros y administración. El ritmo de la retirada de tropas norteamericanas se estaba acelerando como resultado de la presión ejercida por la campaña contra la guerra en Estados Unidos.

Las víctimas propiciatorias de esta política fueron el general Thieu y su ejército. El alto el fuego en Vietnam que iba a proclamar Henry Kissinger durante los meses siguientes en negociaciones con Le Duc Tho, el repesentante de Hanoi, no era más que una cortina de humo. (Los principales negociadores del acuerdo final de enero de 1973 iban a ser galardonados con el Premio Nobel de la Paz por un jurado escandinavo mal aconsejado.) De este modo, los norteamericanos se procuraban una coartada mientras, al mismo tiempo, abandonaban a los survietnamitas a su trágico destino.

Entretanto, en el cementerio de guerrra de Bien Hoa, el acalorado debate que se estaba desarrollando en la cercana Saigón sobre el éxito o fracaso de la vietnamización de la guerra parecía un asunto puramente académico. Aquí se había puesto en práctica el programa de vietnamización; lo que los cínicos llamaban la "vietnamización de los ataúdes" se había implantado con éxito. Los soldados survietnamitas caídos durante la semana anterior llegaban de todas partes en una procesión fúnebre interminable. Allí parecía haber más entusiasmo para cavar tumbas que para construir trincheras y fortificaciones en el frente.

Algunos soldados intentaron impresionar a los fotógrafos de prensa descorchando una última botella de champán y haciendo la V de la victoria... Era grotesco.

Tanto si eran católicos como budistas, ricos o pobres, si estaban solo o rodeados de parientes lamentándose con sus cintas blancas en la cabeza en señal de duelo, los muertos tenían en común la piel amarilla y la bandera amarilla de Vietnam del Sur, con las tres rayas rojas de sangre, que cubría sus ataúdes. La costumbre habitual de la prensa anglosajona era minimizar las empresas militares del Sur, pero esas tumbas daban testimonio de la valentía y resistencia mostradas en el bando survietnamita.

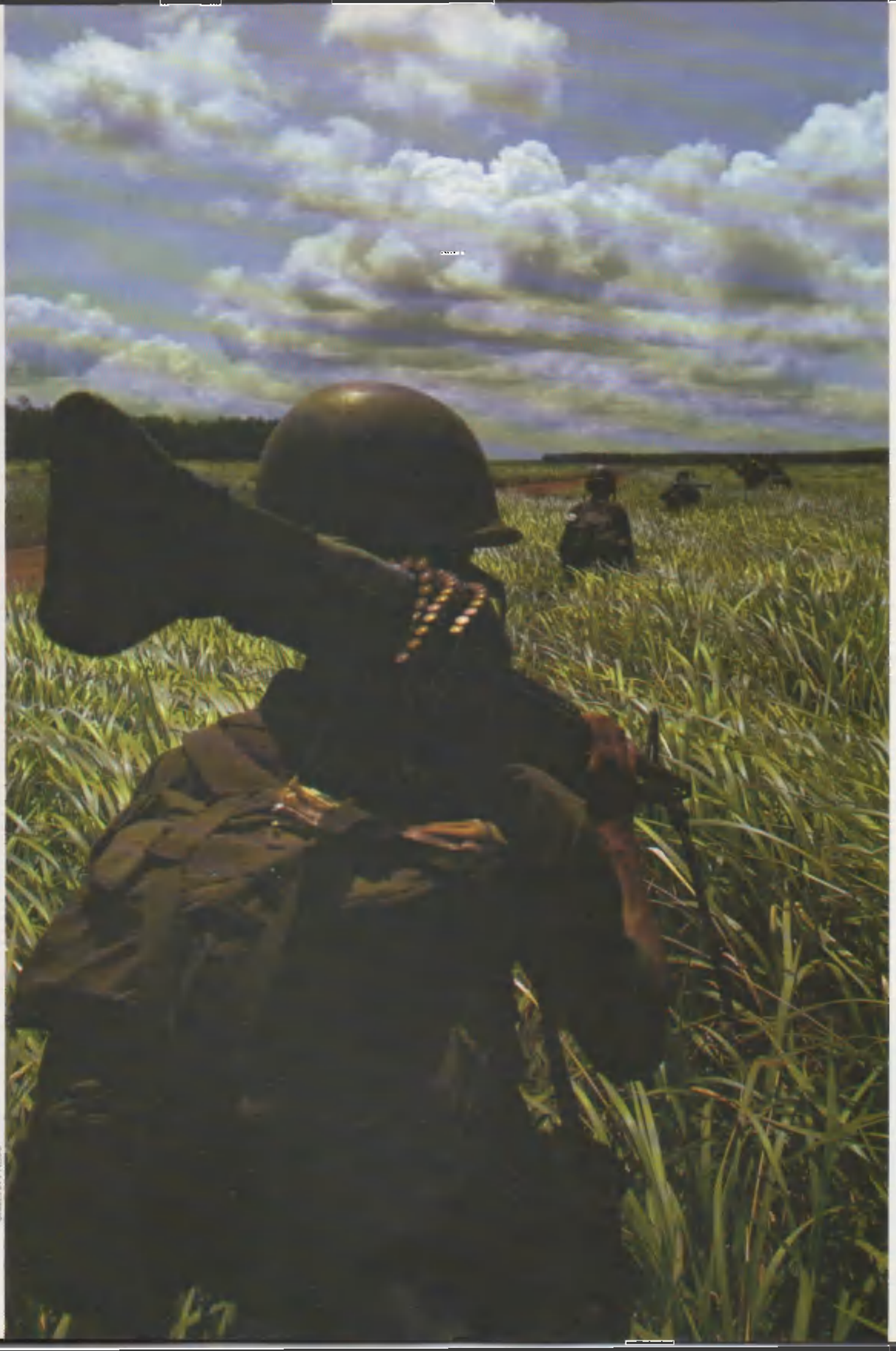
En la gigantesca base estadounidense de Bien Hoa, justo al lado de este Gólgota survietnamita, la evacuación de los últimos soldados norteamericanos continuaba inexorablemente (las promesas electorales del presidente norteamericano debían mantenerse). Cuando llegaron del Nuevo Mundo por primera vez, los soldados norteamericanos se encontraron con las muchachas vietnamitas que les colgaban guirnaldas de flores en el cuello. Ahora se iban en un ambiente casi de vergüenza. El Ejército, desmoralizado, se iba de Vietnam. Unos cuantos soldados intentaron impresionar a los fotógrafos de prensa descorchando una última botella de champán y haciendo la V de la victoria antes de subir a bordo del avión que los llevaría a Guam. Era grotesco.

El Soldado Azul de las guerras indias había sido reemplazado por el Soldado Verde de Vietnam.

Algunos soldados norteamericanos llevaban distintivos en las camisetas que decían: "Ya no me da miedo el infierno... lo he vivido en Vietnam." En la mayoría de los casos, era un falso alarde. Por promedio, uno de cada 20 soldados norteamericanos, como máximo, tuvieron contacto real con el enemigo. Todo soldado herido en acción era transportado en helicóptero, sin demora, a las salas de operaciones equipadas con el instrumental más moderno. En comparación, las condiciones en que habían tenido que luchar los franceses durante su guerra en Indochina eran espantosas. En su época, quedar ligeramente herido en los arrozales significaba a menudo la muerte por gangrena y falta de movilidad.

Cerca del Triángulo de Hierro, donde el Vietcong, reforzado por tropas regulares norvietnamitas, había reconquistado la iniciativa, se mantenía un destacamento de la famosa 1.ª División de Caballería en la base de fuego de Melanie. Siete años antes, cuando la implicación norteamericana en el Vietnam hizo un prometedor comienzo, los soldados estadounidenses se habían atrincherado en fortalezas en forma de estrella como Melanie, como si Vietnam no fuera más que otra guerra contra los indios y una representación de un western del siglo XX. A parte de los últimos soldados de la flota de helicópteros que quedaban en la base de fuego Melanie, cuyos antepasados, a lomo de caballo, habían peleado con los indios en la sangrienta batalla de Little Big Horn, todo lo que quedaba de aquellas grandes expectativas de victoria era un sabor amargo en la boca. El Soldado Azul de las guerras indias había sido reemplazado por el Soldado Verde de Vietnam. Los productores cinematográficos de Hollywood descubrieron rápidamente que se podía trazar un espantoso paralelo entre el exterminio de las tribus indias por los chaquetas azules en el siglo XIX y la masacre perpetrada en My Lai por los enloquecidos chaquetas verdes del gordinflón teniente Calley. Los puestos de avanzadilla de la 1.ª División de Caballería se habían convertido en guardianes del cementerio de las bases gigantes abandonadas en los alrededores de Saigón. Cobijaban los restos de un vasto ejército que se había disuelto en el aire. Montañas de trozos de metal —los excrementos de la guerra— se amontonaban en depósitos de basura que se repetían kilómetro tras kilómetro en la distancia. En los restos de un carro de combate, pude leer una inscripción escrita con trazos vacilantes: "¡Dad una oportunidad a la Paz!"

DERECHA: *Tras los pasos de los norteamericanos, los soldados survietnamitas patrullan el llano terreno de su país. Iban a descubrir un día que la táctica adoptada por los norteamericanos no podría salvar a Vietnam del Sur de la derrota.*



CAMERA PRESS

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE SAIGÓN

Saigón, abril de 1975

Saigón nunca había tenido un aspecto tan asiático como aquellos días previos a la caída de la ciudad Sólo salir de la calle Tu Do y del mercado de flores, te encontrabas que eras el único blanco entre un mar de rostros amarillos. La gente de Saigón reaccionaba a la crisis escondiéndose tras una máscara de indiferencia. No querían que los extranjeros vieran cómo sufrían, y sólo cuando creían que no los veías, se permitían muestras de temor y preocupación La encargada de la oficina de telégrafos, una annamita seria con el pelo recogido en un moño severo, me llevó a un lado y me preguntó: "¿Es cierto que los norvietnamitas matarán a todos los funcionarios del gobierno de Saigón?" Me dijo que corrían rumores de que cuando los norvietnamitas conquistaron Da Nang sacaron a 100 personas a la calle y las fusilaron, evidentemente para intimidar al resto de la población. Es lo que le habían explicado, en todo caso. A veces tenías la sensación de que el enemigo esparcía rumores deliberadamente para sembrar el pánico y la confusión.

> "Permaneceré aquí, acatando las órdenes de mi presidente. Me envolveré en los pliegues de la tricolor y esperaré lo inevitable sin pestañear."

La población de Saigón sólo quería que la dejasen en paz para digerir su pena y angustia en privado. Para los vietnamitas, todo un capítulo de su historia, 200 años de colaboración con Occidente, estaba cerrándose con un deje de amargura Estaban agriamente decepcionados de su reciente asociación con Estados Unidos. La veleidosa y frívola ciudad de Saigón, Perla del Lejano Oriente, sabía que tendría que prescindir de muchas cosas: su lujo, su corrupción, su bullicio febril, su sorprendente entusiasmo por la vida. Pronto, la vida de la capital sería tan monótona, comedida y respetable como lo era en Hanoi.

Los fotógrafos que salían de Saigón en aquellos días, con fotos de gente mirando a la cámara con los ojos llenos de horror y miedo, sólo contaban la mitad de la historia. La verdad es que los survietnamitas aceptaron su destino con una dignidad que no he visto nunca jamás, ni antes ni después. Se evidenciaba en las caras de los refugiados, cuya resignación aparente escondía una energía torrencial y una feroz voluntad de vivir. Se evidenciaba en la conducta de los soldados gubernamentales, que sabían con tanta seguridad como los corresponsales extranjeros que se había perdido la guerra, que pronto llegaría el día en que tendrían que responder ante los tribunales populares norvietnamitas. Y sin embargo, conscientes de todo esto, los soldados permanecían en orden y en calma, incluso en el fragor de la lucha en el frente. Mantuvieron su dignidad hasta el final, a la manera clásica oriental. Durante aquellos últimos días, este país mostró su grandeza en la derrota, mientras se preparaba para unirse a la proletaria Esparta del Norte, la tierra de la disciplina de hierro y la sangre fría ¿Cómo demonios podían esperar los norteamericanos sacar algo de una gente y un país como éste? ¿Cómo podían haber concebido esperanzas de entender Vietnam cuando lo dividían en "buenos chicos" y "malos chicos" en sus informes militares?

La cola de solicitantes fuera de la embajada americana crecía día a día. Con suerte, podrían salir de la ciudad con los últimos aviones. Eran los peces pequeños, que el colaboracionismo siempre atrapa en su red: ciudadanos respetables de Saigón, aterrorizados; novias de soldados norteamericanos; empleados de las incontables agencias norteamericanas. Los auténticos beneficiados y peces gordos, los que habían hecho fortuna en los diez años de implicación norteamericana, ya hacía tiempo que habían planeado su salida segura. Ellos eran los verdaderos manipuladores, los hombres que tiraban de los hilos en el escenario, los grandes operadores que dirigían el mercado negro, el tráfico de heroína, el comercio de prostitutas. Incluso consiguieron pactar con socios norteamericanos que tranfirieron cadenas enteras de burdeles vietnamitas a Manila y Bangkok y, como se supo después, también a Florida y Nuevo México Se evacuaba a las prostitutas sin pasaporte ni papeles legales, lo que, evidentemente, significaba que en adelante serían vulnerables a todo tipo de chantaje y extorsiones. En cuanto al resto, a los oficiales del Ejército y funcionarios decentes y honestos empleados por el gobierno de Saigón (y había muchos más de los que quería admitir la prensa occidental), tuvieron que quedarse simplemente porque no eran capaces de vender su respeto por sí mismos a cambio de un billete de avión.

La embajada francesa de Saigón estaba justo al lado de la americana. El personal diplomático francés había recibido órdenes del Palacio del Elíseo de permanecer allí y se había enviado personal de seguridad extra. En el área de Saigón había unos 10.000 ciudadanos franceses, de los cuales al menos el 80 % eran de origen vietnamita. La embajada había organizado puntos de encuentro para ellos en caso de evacuación precipitada. En el despacho del embajador Mérillon se respiraba un ambiente desafiante que recordaba la época de Fort Chabrol. Parecía que los franceses estuviesen decididos a dar un ejemplo a los norteamericanos, a demostrarles cómo se comporta una nación con tradición histórica en momentos de crisis. Los norteamericanos, a diferencia de los franceses, no habían experimentado la sensación de perder una guerra. Tal vez ahora lo descubrirían. Un corresponsal norteamericano lo resumió claramente: "Los franceses perdieron la guerra de Vietnam en 1954, en Dien Bien Phu. Fueron derrotados, pero fue una derrota honorable. Ahora nosotros nos vamos de Vietnam, sólo que esta vez se llama Watergate." Cuando fui a ver a Mérillon, el enjuto francés adaptó una postura claramente desafiante, me miró y declaró con el mejor estilo de retórica francés: "Permaneceré aquí, acatando las órdenes de mi presidente. Me envolveré en los pliegues de la tricolor y esperaré lo inevitable sin pestañear." En la embajada alemana, el humor no reflejaba exactamente el mismo grado de resolución. El único miembro del personal dispuesto a resistir era Arno Kochel, el portero. Arno había servido en la Legión Extranjera y tenía a varias personas a su cargo en Vietnam Cuando el personal diplomático ya había sido evacuado, Arno Kochel alzó un banderín negro, rojo y dorado sobre la entrada del edificio. Literalmente, mostraba la bandera.

★ ★ ★

Los soldados extranjeros ya habían abandonado Saigón. Incluso los consejeros militares de EE. UU. habían hecho sus maletas y partido. Los habían llevado al aeropuerto de Tan-Son-Nhut y

los habían sacado del país como si fueran deportados. La única fuerza mercenaria que quedaba en la ciudad era el cuerpo de prensa. Los periodistas reaccionaron de modo predecible a las señales del desastre inminente, siendo una de sus mayores preocupaciones la amenaza de una ola de puritanismo militante a punto de caer sobre Saigón para purgarla de sus malos modos. Su principal blanco había sido el gran almacenamiento de alcohol que había dejado la delegación alemana. El toque de queda empezaba a las ocho de la noche, lo que significaba que tenías que precipitarte de la oficina de telégrafos o el estudio a uno de los restaurantes franceses que había cerca del mercado de las flores. Una vez sano y salvo en el interior, pedías un *steak ou poivre*, que debía ser siempre *bleu* o *saignant* porque tenías mucha prisa. Maldecías porque en el menú no había fresas de Dalat, sabiendo perfectamente que Dalat había sido tomado por los comunistas hacía unas semanas. Pero todo era parte del juego. Uno de los últimos actos del régimen de Thieu había sido prohibir el alcohol, en consecuencia, ahora el vino se servía en tazas, como el café.

A las ocho todo el mundo se encontraba en el Continental. Allí el ambiente seguía siendo ligeramente anticuado. No parecía haber cambiado demasiado desde los viejos tiempos coloniales. en su mayoría, los camareros y "chicos" llevaban al menos 30 años trabajando allí. Todo el mundo bebía hasta altas horas de la noche, explicando una y otra vez las mismas historias: episodios de la ofensiva del Tet de 1968 y de la ofensiva de primavera de 1972, anécdotas sobre el presidente Diem y el presidente Thieu, historias de monos y generales y timadores de ocasión. De todos modos, la conversación al final siempre volvía a las mujeres y a los chistes verdes. Rilke, en *Cornet*, lo llama "Canciones de Amor y Muerte". En nuestra devastadora guerra colonial, cantábamos canciones de sangre y sexo.

En el bar había algunas jovencitas vietnamitas, sentadas junto a los reporteros y con aspecto de flores exóticas. Cuantos más vasos de alcohol bebían los europeos, más guapas se volvían las chicas. Ellas no probaban ni una gota. En la pared había un cartel publicitario de la época en que Saigón todavía intentaba atraer turistas. Mostraba a una atractiva asiática con el vestido nacional, el *ao dai*. Estaba seductoramente rodeada de flores, una imagen ligeramente velada realizada en tonos pastel. Debajo ponía: "¡Sígueme a Saigón!"

Así, los periodistas acabaron siendo los últimos clientes de los bares de chicas de Saigón, actuando de padres confesores antes del día del juicio. En las últimas horas previas a la caída de la ciudad, las chicas nos abrieron sus corazones. Una de ellas se resignaba y se lo tomaba con filosofía: "Cuando los vietcong tomen el poder, iré a plantar arroz para ellos... ¿qué tiene de malo? Vengo de familia campesina, además." Otra aseguraba que nunca sería capaz de dejar de vestir bien y divertirse. No podía soportar pensar en la humillación que tendría que soportar; la única opción que le quedaba era lanzarse al río Saigón. La tercera era desafiante: "Cuando la gente de Saigón era próspera y podía comprar más o menos cualquier cosa que quisiese, yo quería participar de ello. Por tanto, ahora que la gente va a tener que trabajar duro y prescindir de ello, me parece razonable que yo también prescinda." La mayoría de chicas eran de familias muy numerosas y mantenían estrecho contacto con ellas. Algunas habían sacrificado su juventud y su belleza para mantener a sus familias y las deprimía pensar qué iban a hacer en el futuro, sin el dinero extra.

Se ha escrito mucho sobre la satisfacción que debían de haber sentido los franceses ante el desconcierto norteamericano en Vietnam. Sin duda, los franceses estaban algo mejor informados que los norteamericanos; tenían vínculos más estrechos con el

ABAJO: *Soldados survietnamitas huyendo hacia el sur, perseguidos por las fuerzas comunistas, que avanzaban irresistiblemente.*

país y se dieron cuenta enseguida de que Estados Unidos no podía ganar la guerra. Además, había una tensión rayana en los celos entre el viejo amante, experimentado y desechado, y el joven y rico rival del Nuevo Mundo: inocente, brutal y sin embargo en cierto modo impotente. El Ejército francés nunca volvió a ser el mismo desde su derrota en Dien Bien Phu. Nunca llegó a superar el síndrome de Indochina. Sufriría para siempre de lo que el novelista Jean Larteguy, antiguo oficial paracaidista, denominó "la enfermedad amarilla".

★ ★ ★

Nguyen Van Thieu, el insignificante hombrecillo con cara de jugador de póquer que había sido injustamene denigrado por la prensa occidental, mostró su auténtica talla durante las últimas horas de su gobierno. "Los Estados Unidos no han sido fieles", dijo casi sin poder controlar su rabia. "Han actuado mal. Son inhumanos. No se puede confiar en ellos. Son unos irresponsables. Nunca hubiera creído que un hombre como Henry Kissinger fuera capaz de abandonar a nuestra gente al terrible destino que nos espera."

Así habló Nguyen Van Thieu, finalmente, contra su traidor aliado norteamericano y, al hacerlo, demostró que era más que un simple muñeco. En el momento final de su amarga derrota, Thieu ocupó su lugar entre los trágicos sucesores de Ngo Dinh Diem.

A medianoche, rompimos el toque de queda y recorrimos las desiertas calles en un coche con matrícula especial del Cuerpo Diplomático. Las patrullas de policía estaban ocupadas acordonando los cruces con barricadas de alambre espinoso. En el aeropuerto de Tan-Son-Nhut, la evacuación de civiles tenía lugar durante las veinticuatro horas del día bajo la supervisión norteamericana y en un ambiente de penosa tensión. A la policía local que patrullaba las calles se habían unido unas figuras con pijamas negros de aspecto sospechoso. Eran la milicia voluntaria, las últimas fuerzas de reserva que el gobierno tenía a su disposición. Eran tropas indisciplinadas y de poco fiar; ya habían empezado a saquear y fomentaban el desorden en la ciudad. Cuanto antes tomaran el control de Saigón los norvietnamitas, mejor sería para la población. Aquella noche terminamos en el bar Viking del Palace Hotel. Éramos los únicos del lugar, aparte de algunos norteamericanos rezagados. Los otros corresponsales habían estado todo el día esperando noticias de la dimisión de Thieu, como buitres abalanzándose sobre un animal moribundo. Ahora reían a carcajadas y tonteaban con las camareras. Era demasiado para soportarlo.

La victoria norvietnamita les había sido ofrecida en bandeja y se anticipaba a los cálculos del politburó de Hanoi. El objetivo original de la ofensiva a las tierras altas no había sido la toma de Saigón: el general Dung no habría tenido inconveniente en descansar en sus laureles después de sus espectaculares éxitos en el área de Hué. Pero el dramático e inesperado colapso del Sur puso rápidamente los motores en marcha. Mientras los norvietnamitas reunían a toda prisa sus reservas estratégicas en formaciones en forma de estrella para encabezar un ataque a Saigón, también trasladaban el grueso de su defensa antiaérea de Tonquín hacia el sur. Hanoi todavía esperaba que la Fuerza Aérea de EE. UU. hiciera una intervención de última hora para dar un respiro a sus aliados survietnamitas. Pero el presidente Gerald Ford, que había sustituido a Nixon tras el Watergate, tenía otras cosas en la cabeza.

El rápido avance del Ejército norvietnamita desbarató los planes para soluciones de compromiso y arreglos provisionales esbozados por los franceses. Mérillon, rápido como siempre para aprovechar la oportunidad, había pedido al Quai d'Orsay que actuara de mediador entre ambas partes. Lo más importante y urgente era encontrar un sucesor de Thieu con quien los dirigentes de Hanoi se quisieran sentar a la mesa de negociaciones. El acuerdo de alto el fuego de 1973 había previsto un Consejo de Reconciliación Nacional como solución eventual a la crisis. Era una idea lógica, brillante y aparentemente factible, como tantas otras propuestas presentadas por el cuerpo diplomático francés. Lamentablemente, no concordaba con la dura realidad de la situación o con la inflexible determinación de los comunistas.

Los diez días anteriores a la caída de Saigón se iban sucediendo en un ambiente de excitación frenética.

Todos los ojos se fijaron durante dos días en el general Duaong Van Minh. Pero "Big Minh" ya no creía en su papel de salvador de Vietnam. Estaba convencido de que su intento de última hora de una intervención neutral estaba destinado a fracasar, como había fracasado doce años antes, cuando había contribuido a deponer a Ngo Dinh Kiem. Sus ambiciones políticas se habían colapsado ya entonces.

El bienintencionado y paciente general invitó a la prensa a su chalet, situado junto a la catedral, en una avenida flanqueada por árboles. "Sé que en breve me llamarán para que dirija el gobierno de mi país... o, mejor dicho, de lo que queda", dijo. "La simple idea me provoca pesadillas, créanme." Contemplando a aquel hombre desgarbado, casi patoso, uno podía darse cuenta del pesar que le provocaba que le alejasen de su vida tranquila por los caprichos de la política. Le hubiera gustado mucho más que lo dejasen en paz cultivando sus orquídeas. Quién sabe, por un instante quizá había acariciado la idea de convertirse en el mariscal Pétain vietnamita. Pero no sería así. El único papel que le había quedado era la humillante función de un almirante Dönitz vietnamita. Dada la eficacia del Ejército norvietnamita, todo lo que podía hacer era rendirse incondicionalmente. Y, sin embargo, nadie en aquella conferencia de prensa sabía que unos días después, el 30 de abril, los carros de combate T-54 de los norvietnamitas pasarían retumbando ante la desierta embajada norteamericana, traspasarían las verjas de hierro del Palacio Doc Lap y completarían la destrucción de la República de Vietnam del Sur. Antes de que los comisarios políticos norvietnamitas lo destituyeran, Duong Van Minh, el presidente por 24 horas, le dijo en voz baja a un corresponsal extranjero: "Ganó el mejor."

Los diez días anteriores a la caída de Saigón se iban sucediendo en un ambiente de excitación frenética. Los norteamericanos ya habían repartido los detalles de su plan de evacuación a todos los ciudadanos occidentales que todavía quedaban en Saigón. El Día-D, la estación de radio estadounidense en Saigón emitiría el siguiente mensaje: "La temperatura ha alcanzado los 105° Farenheit." Luego oiríamos a Bing Crosby cantando "Navidades blancas". Ésta sería la señal para que nos precipitáramos todos a los helicópteros para volar a la 7.ª Flota estadounidense.

INDOCHINA, MON AMOUR

Camino del hogar, 26 de abril de 1975

El Jumbo de Air France se elevó con una pronunciada curva en espiral. Bajo nosotros podíamos ver a los guardias de avanzada norvietnamitas situados en las afueras de los suburbios de Saigón. El piloto debía tenerlos en cuenta y estar atento a los proyectiles soviéticos SAM que se habían posicionado a lo largo de la Ruta 13. Me enteré más tarde de que mi avión era el último vuelo comercial que salía de Saigón. Nadia sabía a bordo que la caída de la capital estaba a sólo tres días vista, pero todos nos dábamos cuenta de que nos íbamos para siempre. Incluso en el caso de que volviéramos, todo habría cambiado: la ciudad a orillas del río Saigón, el campo de Vietnam del Sur, toda Indochina en general. Sería ajeno y poco familiar. Los cámaras, a quienes jamás habría creído capaces de tal emoción, estaban claramente afectados mientras contemplaban el familiar paisaje bajo sus pies. Los inundados arrozales y las principales arterias del Delta del Mekong brillaban dorados y rojos con los últimos rayos del sol, como los colores, ciertamente, de la República Survietnamita que estaba sumiéndose para siempre en el olvido de la historia. El sobrecargo sirvió champán. Habíamos conseguido escapar de la tragedia, pero no teníamos ninguna sensación de alivio. El sentimiento prevaleciente era de pena y dolor... como el fin de una relación amorosa.

> Era como si estuviesen intentando imitar a los nobles del Antiguo Régimen, que bailaban minués antes de ir al patíbulo.

La carrera hasta el aeropuerto de Tan-Son-Nhut no había sido tan mala como esperábamos. Fue sólo al llegar a los últimos puestos de control de seguridad cuando no encontramos con largas colas de gente y vehículos. No había pánico y la policía intentaba ser lo más útil posible. La inmensa masa de refugiados que intentaba desesperadamente abrirse camino hacia el vestíbulo de salidas no era ruidosa ni violenta. En muchas caras se veía una expresión de profunda resignación que decía más sobre el probable futuro de Saigón que la histeria o la rabia. Nadie se preocupaba en mirar el inmenso monumento inacabado del aeropuerto, cuya primera piedra había sido puesta hacía dos años por el presidente Thieu en honor de los "victoriosos" aliados norteamericanos. Cuando pasamos la aduana y el control de pasaportes, tampoco encontramos pánico ni empujones. Irónicamente, nuestro avión no iba lleno del todo, por lo que pudimos pasar los 250 kilos de exceso de equipaje sin ningún problema.

La mayoría de pasajeros eran vietnamitas que tenían la nacionalidad francesa. Todo el mundo estaba calmado y compuesto. Algunos de los vietnamitas pertenecían claramente a la flor y nata de la sociedad de Saigón. Hablaban unos con otros, aparentemente relajados, cómodos. Era como si hubiesen cogido una página de sus libros de historia franceses e intentasen imitar a los nobles del Antiguo Régimen, que bailaban minués antes de ir al patíbulo. "¿Cómo pueden estar ahí sentados, tan poco afectados por lo que está pasando en su país?", preguntaba un asistente social alemán. No había entendido nada

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Soldados norvietnamitas victoriosos y alegres llevan a Saigón la bandera de la revolución.*

Todos nosotros confiábamos en que los vietnamitas que se quedaron en Saigón sobrevivirían a esta prueba como habían sobrevivido a tantas otras en el pasado. Si estaban un tiempo suficiente viviendo y trabajando con los norvietnamitas, tal vez pudieran transmitir algunos de sus modos más amables y suaves a los norteños. En épocas de crisis como ésta, los asiáticos poseían un grado de adaptabilidad que los occidentales encontraban totalmente inverosímil. Y no era sólo oportunismo: tenía más relación con la fuerza interior, con una tenaz voluntad de vivir. Al final los survietnamitas seguirían adelante con todo el asunto del socialismo revolucionario, exactamente como sabían los comisarios políticos que harían. Poco a poco —empezando con los niños y los adolescentes— quedarían atrapados por su propia ficción, prisioneros del papel que estaban representando, hasta ser al fin absorbidos imperceptiblemente por el nuevo orden revolucionario.

El alcohol que no habíamos cesado de ingerir desde el principio del vuelo fue haciendo efecto gradualmente y empezamos a ponernos sensibleros. El plantador de té francés que se sentaba a mi lado no paraba de hablar de Vietnam como si fuese una novia que lo había dejado con reticencia para hacerse monja y acatar los estrictos votos. Él estaba seguro de que si volvía, podría verla sólo a través de las verjas de hierro del convento; e incluso así, probablemente no reconocería el rostro detrás del velo. Como él, yo tenía la sensación de estar girando la espalda a los recuerdos de mi juventud, de estar dejando atrás toda una parte de mi vida adulta: una manera de vivir, en realidad. Quizá me estaba poniendo demasiado sentimental sobre mis 30 años en Vietnam. Después de todo, ¿cuánto de ellos era recuerdo y cuánto imaginación? Pero mi pensamiento estaba totalmente en Indochina, *mon amour*.

El acto simbólico del cambio de banderas en Vietnam del Sur (DERECHA) *Pero, aunque la población del Norte y del Sur se pueda encontrar tranquilamente en el mercado de las flores* (ARRIBA), *la lucha no ha terminado todavía.*

Capítulo 3

LOS VIETNAMITAS

REEDUCACIÓN Y REALINEAMIENTO

Ciudad Ho Chi Minh, agosto de 1976

No ha dejado de ser un misterio para mí la razón por la que el Servicio de Inteligencia de Hanoi me invitó de pronto a volver a Vietnam para filmar un reportaje, 15 meses después de la toma de Saigón. Supongo que los ministerios y servicios de seguridad de los países comunistas están tan convencidos de su propia propaganda e ideología, que no pueden darse cuenta de lo chocantes y cínicos que parecen sus métodos a cualquier observador occidental. Simplemente, no estamos acostumbrados a observar la manipulación tan ruda de los hechos políticos, adaptados al patrón de la línea política del partido. Ésta es, en cualquier caso, la única explicación que se me ocurre ante el hecho de que en nuestro primer día en Saigón nos pidieron que filmásemos, precisamente, los "despojos humanos" abandonados por el imperialismo en las playas del nuevo Vietnam socialista reunificado.

> Una vez curados, los mandarían a trabajar a las nuevas zonas pioneras, como las prostitutas. La mayoría probablemente moriría allí.

La primera parada de nuestra gira guiada fue una casa de putas. Nos llevaron al suburbio de Tu Duc, donde las autoridades se habían apoderado de una vieja escuela de monjas católicas. La escuela estaba rodeada de alambre espinoso y, en la entrada, había guardias armados. Las autoridades habían reunido allí a 600 chicas con el ánimo de derrotar su inmoralidad a fuerza de trabajo duro y útil.

Una supervisora vietnamita de rostro afable nos facilitó las estadísticas. La ocupación norteamericana y el régimen de Thieu habían dejado a sus espaldas 500.000 prostitutas, 200.000 en la propia Saigón. Después de un curso de seis meses en la escuela, quedaban rehabilitadas y las enviaban a vivir y trabajar a las Nuevas Zonas Económicas. La mayoría de prostitutas de Tu Duc eran criaturas de aspecto miserable, simples y poco atractivas, víctimas de un mundo brutal poblado sobre todo por soldados. Las profesionales de alto nivel, las *poules de luxe*, como las llamaban, estaban ausentes de estos hostales de disciplina estricta del Buen Pastor Rojo. Quizá porque habían conseguido huir a tiempo de Saigón o bien porque se habían entendido con los nuevos comisarios norvietnamitas, célebres ya por la discrepancia entre sus pronunciamientos públicos y su moralidad privada. Contemplando aquellos pájaros enjaulados de Tu Duc, era difícil no sentir pena por ellas. Al final del día se tenían que reunir en un vestíbulo de azulejos y acompañar con palmas una canción revolucionaria con un estribillo de lo más familiar. "¡Vietnam, Ho Chi Minh!... ¡Vietnam, Ho Chi Minh!"

El siguiente lugar de nuestra lista era un centro de drogadictos. Era una antigua escuela católica, transformada en una especie de cárcel fortificada. Nos dijeron que el corrupto régimen del presidente Thieu había producido 100.000 drogadictos, 20.000 de los cuales estaban en Saigón. La mayoría de pacientes parecían de clase media, pero también había algunos heridos en la guerra que habían tomado heroína en un principio para aliviar el dolor o la desesperación. El ambiente era tenso y desgarrador. Los internos de la institución (probablemente sólo nos dejaron ver los casos más leves) se quedaban con la mirada fija e inexpresiva al frente cada vez que había un descanso entre los ejercicios. Una vez curados, los mandarían a trabajar a las nuevas zonas pioneras, como las prostitutas. La mayoría probablemente moriría allí. Al final de nuestra visita, los pacientes se sentaron en círculo, cantando y aplaudiendo al tiempo que entonaban el inevitable estribillo de "¡Vietnam, Ho Chi Minh!... ¡Vietnam, Ho Chi Minh!"

Nuestra tercera parada en este camino a la rehabilitación fue el orfanato de Diuc Quang, justo al sur de Cholón. Esta vez estábamos en una institución budista de la época de la intervención norteamericana. En el patio había todavía una inmensa estatua de Buda, pero estaba cubierta por banderas rojas con inscripciones revolucionarias. Allí vivían unos 300 huérfanos entre 6 y 17 años. Los monjes budistas habían sido expulsados y reemplazados por profesores de probada rectitud del viejo movimiento clandestino comunista. Entre los niños había unos cuantos vendedores de cigarrillos, limpiabotas y ladronzuelos, del tipo de los que había visto anteriormente en la terraza del Continental de Saigón. Los educaban según la estricta disciplina del Estado Socialista,-no había casi nada que objetar a ello. El local funcionaba exactamente como un campamento del Ejército. Al final de nuestra visita, los niños se alinearon a los pies de la estatua de Buda y nos aplaudieron. Mientras salíamos, se oyó tronar en el patio al familiar estribillo con un coro estridente: "¡Vietnam, Ho Chi Minh! ¡Vietnam, Ho Chi Minh!"

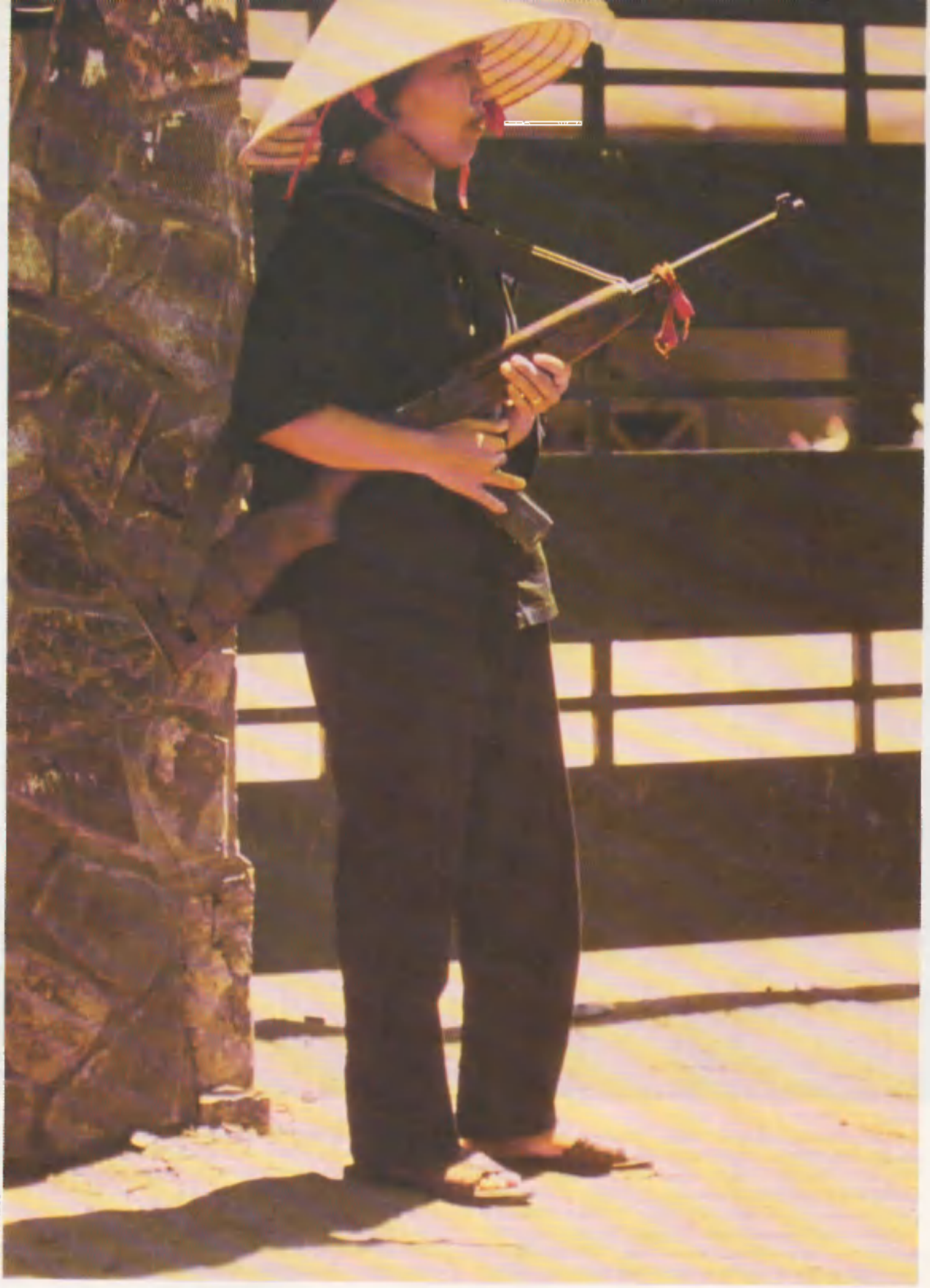
★ ★ ★

Volvíamos a estar en la Ruta 13, el viejo Camino de la Paz. La superficie pavimentada había sido reparada: una clara señal de que la Ruta 13, que llevaba a la frontera camboyana en el norte, había adquirido de nuevo una importancia estratégica.

En nuestro Volkswagen todos estábamos en tensión, principalmente por culpa de los nuevos escoltas y supervisores que nos habían asignado en Saigón. Había un norvietnamita en particular, un joven llamado Map, que no disimulaba en absoluto su hostilidad. Sus hinchados ojos de rana no nos perdían de vista ni un instante. Más tarde llegamos a saber que había informado a Hanoi de que éramos agentes secretos de Occidente que preparábamos planes subversivos. También la periodista militante del comité revolucionario de Ciudad Ho Chi Minh nos ponía muy nerviosos, siempre arengándonos con propaganda. Afortunadamente, nuestros guías de Hanoi, la señora Tu y el señor Hong, eran totalmente diferentes. Eran amables y les encantaba ayudarnos, pero, cuando llegamos al Sur, tuvieron que separarse de nosotros. La vigilancia revolucionaria estaba al orden del día en Vietnam del Sur, lo que significaba que fuéramos donde fuéramos nos seguían unos ojos sospechosos y furtivos. El hecho de que la policía estatal vietnamita hubiera sido adiestrada en Alemania Oriental no nos facilitaba las cosas.

El lugar al que nos dirigíamos era la capital provincial de An Loc, en un tiempo posición estratégica vital y ahora reducida a un montón de basura. Map insistía en decirnos que era "un Sta-

DERECHA: *Un vietcong monta guardia en las calles del "liberado" Saigón.*



CAMERA PRESS

lingrado vietnamita", aunque no llegó a decir que los heroicos defensores de An Loc habían sido paracaidistas survietnamitas Todo lo que quedaba de la principal calle comercial eran algunas paredes chamuscadas y ennegrecidas. La poca gente que quedaba vivía en barracones provisionales o en chozas de paja.

Mirases donde mirases, veías soldados y policías con las armas a punto. De pronto oímos unos tiros. Unos hombres armados corrían por el camino de tierra roja hacia una barrera disparando sus rifles y gritando a toda voz Los civiles de alrededor se abalanzaron hacia sus escondites. El incidene duró apenas un par de minutos, pero los oficiales de nuestro grupo estaban muy molestos. Map Ojos de Rana, que inventaba cualquier mentira, por absurda que fuese, para ocultar la amarga realidad, nos explicó que los soldados habían estado cazando facóceros. Pero el capitán que nos había recibido en An Loc consideró que aquello era demasiado inverosímil. "Se acaba de

F. SPOONER PICTURES

IZQUIERDA: *Civiles survietnamitas asisten a una clase de reeducación política en Da Nang, destinada a extirpar sus costumbres corrumptas y erróneas.*

escapar un prisionero de la cárcel y se ha ido hacia el bosque", dijo concisamente. "Lo han vuelto a coger."

Cuando regresamos a Ho Chi Minh nos detuvimos en el poblado de Tan Khai, un enclave pionero de una Nueva Zona Económica. El presidente del comité revolucionario local (siempre tenían que poner el "revolucionario" en alguna parte) explicaba los principios en que se basaban los nuevos pueblos. Unas 5 800 personas, o 1.100 familias, habían sido trasplantadas de Saigón a aquella región desolada, estéril y minada. Ninguno de los habitantes había llegado allí por voluntad propia; simplemente, los habían metido en un camión —bajo la amenaza de perder su ración de comida— y los habían arrojado a una hilera de chozas que, literalmente, consistían en cuatro palos y un techo de paja. Aquella gente de ciudad, que no había trabajado jamás la tierra, tuvo que encargarse de la tarea de regar la fina capa de tierra rojiza, arrancar las hierbas y construirse sus acomodos tan bien como pudiesen

Los nuevos colonos parecían sufrir una desesperante escasez de casi todo, un conocimiento básico de técnicas agrícolas, herramientas, fertilizantes, semillas, todo. En teoría, durante los seis primeros meses de su deportación obligatoria deberían haber recibido 16 kilos de arroz por persona al mes, junto con medio kilo de sal. Pero eso ocurrió raramente. Poco tiempo después de instalarse hubo una epidemia de malaria y disponían de muy pocas medicinas. Sin embargo, nuestra visita a Tan Khai y la filmación sirvieron, como mínimo, a buen fin: los colonos, entre los que se encontraban 600 chinos y seis camboyanos, recibieron aquel día una generosa ración de arroz.

Durante la estación lluviosa, aquella extensión de tierras pantanosas se convertía en un gran lago. En la estación seca, se volvía un barrizal verde oscuro con la vegetación en putrefacción.

Nuestro siguiente viaje iba a permitirnos echar una mirada al "Archipiélago Gulag" de Vietnam. Las autoridades de Ciudad Ho Chi Minh nos preguntaron amablemente si no nos gustaría filmar la bonificación de tierras que se estaba llevando a cabo en las asoladas tierras yermas de la Llanura de los Juncos. El llano lindaba a un lado con los fértiles arrozales del Delta del Mekong y, al otro, con el cinturón de plantaciones camboyanas. La llanura siempre había sido un sitio de difícil vigilancia y, en el pasado, había sido un refugio tradicional para guerrillas de todo tipo. Durante la estación lluviosa, aquella extensión de tierras pantanosas se convertía en un gran lago. En la estación seca, se volvía un barrizal verde oscuro con la vegetación en putrefacción.

Debíamos pasar la noche en la capital provincial, My Tho, que estaba en la orilla norte del Delta del Mekong. Cuando ya había oscurecido, fuimos a dar una vuelta por las calles de la ciudad. Nos acompañaba una escolta de soldados armados hasta los dientes, ya que toda la zona parecía estar bajo amenaza constante de asesinatos y resistencia armada. Las autoridades revolucionarias de My Tho nos habían adjudicado dos antiguos oficiales del Ejército de Saigón para que pudiésemos hablar con ellos, pero la entrevista no funcionó. Ambos hombres tenían una expresión cobarde, asustadiza, en los ojos. Evidentemente, tenían miedo de hablar más de la cuenta. Ni siquiera conseguimos que nos dieran una cifra aproximada de los sospechosos y opositores al régimen que estaban detenidos. Por tanto, nunca

pudimos refutar nuestra teoría de que había cientos de miles de prisioneros políticos languideciendo en los campos de reeducación. Sabíamos que era imposible que cualquier persona que hubiera apoyado o trabajado para el antiguo régimen respaldado por los norteamericanos pudiese huir de las garras de los comisarios políticos. Se decía que, cuando los norteamericanos se fueron de Saigón, se acordaron de llevarse los resultados de las prospecciones de petróleo realizadas en la costa, pero se dejaron sobre la mesa listas enteras de sus aliados y colaboradores vietnamitas para que las encontraran los comunistas.

Seguimos hacia My Tho, dejando atrás el verde esplendoro de los arrozales, la vida activa y palpitante de los canales, los encantadores pueblos con sus plantaciones de bambú. Llegamos a orillas de la Llanura de los Juncos y el aire se llenó de nubes de mosquitos y del hedor de vegetación podrida.

> Nos detuvimos a contemplar a los "soldados de los pantanos" del nuevo Vietnam socialista, que trabajaban duramente como esclavos y sufrían ante nuestros propios ojos.

Queríamos rodar alguna escena del paisaje de los alrededores y luego hacer las maletas y volver a casa. Desde nuestra posición aventajada en el techo de la camioneta, localizamos una especie de enjambre humano a la distancia, avanzando entre el barro. Mirando con la cámara, nos pareció ver a una masa de hombres cavando una especie de trinchera o canal. Llevaban pantalones de faena del Ejército e iban tan llenos de barro que más parecían parte del paisaje que seres humanos. Se movían por el limo como cangrejos, vigilados atentamente por guardias armados. Nuestros guías, confusos, se dispusieron inmediatamente a darnos una prolija explicación, diciéndonos que aquellos hombres eran campesinos locales que se habían presentado voluntarios para el trabajo colectivo. Nos dieron permiso para observar más de cerca a aquellos extraños campesinos. Los hombres (no había mujeres por allí) hundían en el fango sus burdas palas y luego las estiraban. Había una o dos carretillas viejas, pero la mayoría tenía que contentarse con meter la tierra en dos cestas que luego transportaban sobre sus hombros, colgadas de un largo y balanceante palo de bambú. Los hombres, todos entre 20 y 40 años, tenían un aspecto agotado y famélico. Prácticamente ni nos miraron, seguían con su trabajo; presumiblemente, la cuota de trabajo diario era muy elevada. No tenían aspecto de campesinos y se nos dejó entrever que eran antiguos soldados survietnamitas. Nos dimos cuenta de que habíamos llegado a un campo de concentración. La mayoría de los internos debían de ser antiguos oficiales. Nos detuvimos a contemplar a los "soldados de los pantanos" del nuevo Vietnam socialista, que trabajaban duramente como esclavos y sufrían ante nuestros propios ojos. Nos quedamos sin habla.

En el camino de regreso a Phuoc Tay, tuvimos una clara panorámica del campo cuando atravesábamos el puente de madera. Tenía las características clásicas de un campo de concentración: alambradas de espinos, focos, torres de guardia con puestos de ametralladora. Dentro había unas miserables chozas de cañizo. Una o dos figuras harapientas se arrastraban de un lado a otro, otras yacían en el suelo sin moverse, probablemente medio muertas de malaria.

UNA ESPARTA A ORILLAS DEL RÍO ROJO

Hanoi, agosto de 1979

¿Cómo podía haberse producido una victoria como aquélla? ¿Cómo podía sobrevivir aquel país dividido, despojado de sus provincias más ricas, a 30 años de guerra, y no sólo sobrevivir sino además ganar? ¿Cómo pudo Vietnam del Norte, este enano empobrecido y mal alimentado, tutearse con el formidable poderío del Ejército norteamericano y derrotarlo? En Hanoi, cuando mirabas a tu alrededor, lo veías todo dilapidado, gastado y en ruinas. Desde que la abandonaron los fraceses en 1954, el centro de la ciudad no había cambiado en absoluto. Los tranvías, transportados por mar al Lejano Oriente desde una ciudad de provincias francesa durante la Tercera República, daban todavía la vuelta al Pequeño Lago sobre raíles desvencijados. El carácter de la ciudad estaba marcado aún por su arquitectura colonial y había pocas señales de innovación moderna. El barrio chino estaba atestado de la misma masa desbordante de humanidad. Las sombrías avenidas alrededor de la ciudadela eran todavía un monumento al último resurgimieto de la planificación urbana colonial. Pero los edificios estaban descuidados y mal conservados, desmoronándose lentamente bajo las lluvias monzónicas. En los últimos años no se habían prodigado muchos cuidados a Hanoi. Las tiendas francesas, los bazares indios, las callejuelas chinas con su aire de camaradería secreta, habían sido reemplazados todos por monótonos emporios de comercios estatales. La oferta de objetos era mínima y los artículos que había eran caros y de baja calidad. La gente de la calle se veía delgada y con aspecto de sufrimiento; su piel amarilla parecía pergamino viejo. Los niños eran los únicos que tenían las mejillas rosadas y reían.

> Los vietnamitas habían optado por el modelo socialista soviético y habían adoptado sus métodos en la industria y la agricultura. Ahora estaban pagando el precio.

Había largas colas de bicicletas entre las que se cruzaban constantemente camionetas construidas en China que hacían sonar sus bocinas. De vez en cuando pasaba un alto miembro del partido en un Volga negro. Como en la Unión Soviética, los coches de los dignatarios comunistas tenían cortinas blancas para ocultar a los ocupantes de la mirada del público. El único sector en el que se habían restaurado los edificios a un nivel similar al antiguo esplendor era en la vieja administración pública, que correspondía a los viejos tiempos de los franceses. La República Socialista de Vietnam tenía allí sus ministerios oficiales y también estaba el lugar del mausoleo de Ho Chi Minh. Los rusos también se habían instalado en este distrito exclusivo.

Un recién llegado a Hanoi buscaría en vano las huellas de los bombardeos norteamericanos. La Fuerza Aérea norteamericana no bombardeó la ciudad, excepto una calle, la Rue Thu Kien. Ésta quedó totalmente destruida cuando, en diciembre de 1972, un B-52, probablemente tocado por el fuego antiaéreo, dejó caer sus bombas sobre la ciudad dejando un reguero de

ARRIBA: *La cola de un B-52 derribado, usada como adorno en un pequeño lago de Ngoc Ha, en las afueras de Hanoi.*

destrucción. La embajada francesa había recibido hacía un tiempo un golpe directo. La precisión del bombardeo se consideró francamente sospechosa en aquel momento y, hasta el día de hoy, los diplomáticos de Quai d'Orsay no están seguros de que fuera totalmente accidental. A parte de esto, el visitante que buscase señales de ruinas o devastación, tenía que dejar la ciudad y cruzar el viejo puente Paul Doumer sobre el río Rojo, donde el tráfico era aún más caótico que en tiempos de los franceses. Probablemente existía un acuerdo tácito entre soviéticos y norteamericanos en el sentido de que la campaña de bombardeo estadounidense, que afectó a casi todas las provincias de Vietnam del Norte, debían quedarse a las puertas de la capital.

Considerando el ánimo de la gente de Hanoi, la inicial reacción de euforia a la victoria del Norte había dejado paso a un sentimiento de anticlímax y resignación. Pero, al menos, tenían el consuelo de saber que ya no morían más jóvenes en el Sur. La vida diaria, sin embargo, no era fácil y el problema de los suministros de alimentación era en cualquier caso más agudo que antes. Había largas colas en todas partes. El petróleo, que se usaba para iluminar y cocinar, era particularmente escaso. Las grandiosas reivindicaciones de los carteles de propaganda, algunos de los cuales ocupaban toda la anchura de una casa, eran la única evidencia de la nueva riqueza, del progreso dinámico que el socialismo tenía que traer. Pero, aunque los norvietnamitas no habían conseguido la utopía que prometían los carteles, sin embargo habían luchado por ello y conseguido la reunificación de su país, y habían vencido. El patriotismo de este pueblo hambriento y en el límite de sus fuerzas, puede haber sido enloquecedor en ocasiones, pero era siempre impresionante.

En las afueras de la capital, iba tomando forma el Hanoi del mañana. Se iban a demoler los distritos construidos por los franceses y el centro de la ciudad se trasladaría a orillas del río Rojo. El barrio chino tampoco tardaría mucho en caer víctima del estruendo demoledor. Pero los modernos bloques de cemento de los que el régimen estaba tan orgulloso, los barracones rectangulares en los que tenían que educarse los nuevos ciudadanos socialistas del mañana, se iban construyendo muy lentamente. La nueva arquitectura vietnamita era deplorable: la comparación más amable que podía hacerse era con Novosibirsk. Y, lo que era peor, los niveles de construcción en los nuevos proyectos eran lamentables. Los bloques que se elevaban en Hanoi era como los "barrios instantáneos" con que se familiarizaba enseguida el visitante de la Europa del Este. Lo que estaban construyendo las autoridades eran colonias de termitas tristes y deprimentes y no proyectos de casas para seres humanos. No había espacio para disfrutar de la vida ni lugar para desarrollarse como individuos.

En todo Hanoi era lo mismo, siempre eran las mujeres las

que uno veía haciendo el trabajo. Eran las mujeres quienes transportaban las cargas más pesadas, las mujeres quienes se negaban a caer aplastadas por el duro trabajo. En esta parte del país, que llevaba 20 años bajo un régimen comunista, la igualdad para las mujeres vietnamitas significaba que eran ellas las que tenían que hacer los trabajos más duros y sucios. Evidentemente, en los altos niveles del partido, el Ejército y el Estado, había a menudo mujeres cuya opinión era muy importante. Y además, invariablemente, se ganaban el respeto por su lealtad inquebrantable a la línea del partido. De todos modos, en algunos casos, las mujeres estaban peor bajo el marxismo. La verdad es que la doble normativa que caracterizaba la postura oficial del régimen se extendió a todas las esferas de la vida.

En términos generales, sin embargo, el ambiente de Hanoi era menos deprimente que el de Saigón. Los años de lucha ininterrumpida habían proporcionado a la gente un fuerte sentido de unidad. Los tonquineses eran de una raza dura, nunca habían tenido facilidades y tendían a despreciar el hedonismo de sus compatriotas vietnamitas del Sur. Pero la fuerza motivadora real de esta gente era el orgullo nacional. A orillas del río Rojo se había alzado una especie de Esparta del Sudeste de Asia. La ideología marxista que se les había estado machacado durante 20 años había encendido su celo revolucionario como una promesa de salvación. Los norvietnamitas soportaban si rechistar

ABAJO: *Una patrulla militar vietnamita pone orden en una embarcación que conduce a la gente hacia la libertad. Sin embargo, para esos refugiados, escapar era un sueño distante*

todas las incomodidades de la guerra, siempre que su pequeño y triste país siguiera cosechando victorias en nombre de la revolución.

Los norvietnamitas habían cosechado una gran victoria a fuerza de esfuerzo sobrehumano, pero ahora empezaban a escasearles las energías. Simplemente, no les quedaba fuerza para emprender la enorme tarea de la reconstrucción. Como resultado, la agricultura estaba estancada y los proyectos industriales quedaban bloqueados por la burocracia. En todas partes, el trabajo consistía en hacer chapuzas y cualquier esfuerzo o iniciativa se consideraba como medio de llamar orgullosamente la atención. Las nuevas ideas se fundían en interminables controles de seguridad y una manía contumaz por planificar. Expertos extranjeros del Este y del Oeste se desesperaban ante la ignorancia técnica y económica de una gente cuya habilidad en la guerra había despertado la admiración del mundo entero. Los vietnamitas habían optado por el modelo socialista soviético y habían adoptado sus métodos en la industria y la agricultura. Ahora estaban pagando el precio.

El Ejército norvietnamita se destacaba como un faro en medio de la penumbra. Era un estado dentro del Estado, notable por su eficacia y su disciplina ejemplar. El general Vo Nguyen Giap, comandante en jefe, había sido uno de los hombres más poderosos del politburó desde los primeros días de la revolución. Después de la victoria del Ejército, se había convertido en una figura clave del gobierno. Ahora que la organización del partido y la administración civil empezaban a derrumbarse, Vietnam se encontró dirigiéndose inexorablemente hacia un tipo de régimen militar. Durante la guerra, Hanoi había conseguido evitar siempre que el servicio militar fuera obligatorio. Irónicamente, sólo un año y medio después de la derrota del Sur, las autoridades tuvieron que introducir un período de tres años de servicio militar obligatorio para todos los jóvenes vietnamitas. Lo que querían los dirigentes era una fuente de trabajo barata, enérgica e inagotable para contribuir a la reconstrucción de la agricultura. El principal objetivo, sin embargo, era llamar al orden a los jóvenes díscolos del Sur que todavía anhelaban las maravillas de la sociedad occidental y sujetarlos a la disciplina de hierro del Estado marxista. Esta movilización permanente permitía a la República Socialista una adecuada protección contra China, el viejo enemigo del Norte. Las flores de la amistad chino-vietnamita se habían marchitado muy pronto.

> La juventud de Vietnam había sido llevada a la guerra, y a la victoria, por una gerontocracia.

Era difícil ir muy lejos en Hanoi sin ver algo que te afectase o te conmoviese. Una noche, por ejemplo, nos invitaron a un concierto que ofrecían los soldados heridos en guerra en la vieja Ópera francesa. Abrieron la función dos soldados ciegos con un dueto de violines, con los ojos ocultos tras unas gafas negras y sus marcadas caras inexpresivas.

Siguieron a los violinistas ciegos varios coros, uno de ellos compuesto por tres mujeres con las piernas amputadas. Aparecieron con sus uniformes verdes, saludaron brevemente a la audiencia y luego presentaron las canciones que habían escrito ellas mismas. Una de ellas empezaba con esta frase: "Nuestras fuerzas no están exhaustas." Hubo una balada en particular que mereció aplausos entusiastas. Se llamaba "Cuatro hermanos en un tanque". Después de esta canción, intervino un solista, pero antes de empezar su melancólica pieza de guitarra, el presentador anunció que su instrumento había sido donado por "luchadores por la paz" norteamericanos. Al final, todos los actuantes heridos y mutilados subieron al escenario para el acto final y un poderoso coro de voces emitió el inevitable eslogan que resonó por la sala: "¡Vietnam, Ho Chi Minh...!"

El día anterior, el partido y el Estado habían organizado una ceremonia para conmemorar a los caídos en la guerra. Todos los nombres famosos de la revolución vietnamita se reunieron para la ceremonia, junto al monumento en memoria de la guerra. Andando con una lentitud agonizante, subieron los escalones hacia la urna donde se consumía refulgente la llama del

F. SPOONER/REUTERS

PÁGINAS ANTERIORES: *Un arma de guerra descartada, utilizada ahora como juguete por los niños vietnamitas*
ARRIBA: *Soldados vietnamitas y tailandeses en el control de Arranyapradet, en la frontera entre Kampuchea y Tailandia.*

recuerdo Marcaba el paso el presidente de 90 años Ton Duc Thang, flanqueado por colegas a cada lado que le sostenían. La troika de Hanoi se alineó en primera fila: el primer ministro Pham Van Dong, austero y meditabundo, el general Vo Nguyen Giap, todavía lleno de energía a pesar de los rumores que corrían sobre su salud; y, finalmente, el secretario general del partido, Le Duan, con su cara suave de hombre de comité. El presidente de la Asamblea Nacional, Truong Chinh, los seguía en segunda fila. Más atrás estaban los antiguos negociadores de París, Le Duc Tho y Xuan Thuy. En su mayoría, eran hombres de edad avanzada. Estaban acostumbrados al gusto del poder y decididos a seguirlo disfrutando Al verlos allí alineados, me vino a la mente un hecho asombroso: la juventud de Vietnam había sido llevada a la guerra, y a la victoria, por una gerontocracia

Los uniformes y el estilo de la ceremonia tenían un aire inequívocamente ruso. Eran detalles como éstos los que convencían a los observadores de que el Vietnam Socialista había decidido adoptar una línea prosoviética y, por tanto, entraba en conflicto inevitable con Pekín. Hasta hacía muy poco, los líderes del partido Lao Dong, en particular el primer ministro Pham Van Dong, habían mantenido cuidadosas relaciones amistosas con las dos superpotencias comunistas, decididos a asegurarse de que ambas recibían el mismo trato. Tan decidido estaba Vietnam a permanecer imparcial que cuando el periódico del partido, *Nhan Dan*, publicó un artículo de 1475 palabras sobre la Revolución Rusa, al día siguiente apareció otra colaboración dedicada a la Larga Marcha, también de 1475 palabras. Además, cuando asistían a funciones oficiales invitados soviéticos y chinos, siempre tenía que estar presente el mismo número de cada uno de ellos, y debían ser de rango equivalente. Y en recepciones especiales, la norma era que se sirviera siempre la misma cantidad de vodka y mao tai Ahora, sin embargo, la gente había empezado a darse cuenta de que esta escrupulosa imparcialidad había caído por la borda.

CONFLICTO EN CAMBOYA

La frontera de Tailandia y Camboya, febrero de 1979

Desde el principio de la guerra, el cuadro estratégico del Sudeste asiático había cambiado dramáticamente. Después de la segunda guerra de Indochina, las entrenadas divisiones norvietnamitas tuvieron repetidas escaramuzas fronterizas con las guerrillas de khmer rojos e hicieron incursiones regulares a Camboya. Luego, Hanoi dejó de jugar; con un sólo golpe destruyó la ficción de que las naciones comunistas de Indochina estaban unidas en armonía fraternal. Se sacaron la máscara y revelaron su auténtico rostro: el rostro de la desnuda agresión. Lo que ahora realmente querían los vietnamitas era el poder sobre todo el territorio de la Indochina francesa. Con una ligereza asombrosa, los vietnamitas —hasta hacía poco un pueblo colonial oprimido— habían arrancado una página del libro de sus viejos mandatarios coloniales y reivindicaban que las fronteras dispuestas arbitrariamente por los odiados opresores extranjeros les correspondían naturalmente. El 9 de enero de 1979, la primera columna de carros blindados avanzó hacia la desierta ciudad fantasma de Phnom Penh. Ahora, las tropas de élite de la 5.ª División vietnamita, tras superar la resistencia esporádica alrededor de la capital, se dirigían hacia la frontera de Tailandia.

> Los chinos se arriesgaban a perder influencia en Camboya. Para Pekín era esencial que la resistencia khmer roja se mantuviera viva mediante el envío regular de armas.

Los vietnamitas conquistaron Camboya con 10 o 15 divisiones especiales y unos 15.000 hombres. Pero, cuando llegaron allí, ¿qué encontraron? Ciudades desiertas, pueblos vacíos, puentes volados, caminos impracticables: un país sin agricultura, sin industria y sin moneda. Los khmer rojos habían huido hacia la jungla, escapando a la fuerza irresistible de los vietnamitas. La población de Camboya, muy reducida en número, perseguida y enloquecida por el régimen de terror del Pol Pot, contemplaba sin duda al ejército de ocupación vietnamita como un mal menor. Era imposible que fuera peor que los monstruosos sufrimientos que les habían infligido sus propios compatriotas, al aplicar su tipo particular de comunismo de la Edad de Piedra. Y sin embargo, los camboyanos no podían sentir ninguna simpatía hacia sus enemigos ancestrales, los conquistadores del este. Además, en el caso de que quisiesen confraternizar, todavía existía la amenaza de las terribles represalias de las guerrillas vestidas de negro de Pol Pot contra todos los colaboradores. Estas represalias, como todas las demás atrocidades, se ejercían en nombre de la "lucha de liberación nacional". Irónicamente, los vietnamitas realizaron en Camboya una campaña al estilo norteamericano; era como si siguieran los pasos del viejo enemigo Iban a una localidad y la ocupaban; luego tomaban el control de los caminos principales; abortaban cualquier resistencia organizada mediante el napalm, las bombas y la artillería. Contaban con apoyo de helicópteros para reforzar sus

puestos de avanzada solitarios y las maniobras de los carros de combate Combatían contra una ruda banda de luchadores de jungla de gran movilidad y autosuficiente, que utilizaban tácticas del Vietcong para desafiar a las divisiones mecanizadas del general Dung.

Pol Pot, el tirano rojo, se vio forzado a retirarse a las Montañas Cardamon con un pequeño grupo de seguidores. Las junglas en las que se ocultaba se extendían hacia el oeste, hasta la frontera con Tailandia y al sur del golfo de Tailandia Sus consejeros y expertos técnicos sólo a duras penas habían conseguido escapar de la invasión vietnamita. La guerra de Camboya era un acto descarado de provocación que Pekín no podía ignorar. Había visto cómo se reducía a su aliado en el Sudeste asiático por el deseo de hegemonía vietnamita. Los chinos se arriesgaban a perder influencia en Camboya. Para Pekín era esencial que la resistencia khmer roja se mantuviera viva mediante el envío regular de armas y equipo. China sabía que los vietnamitas no estaban en condiciones de combatir en el mismo tipo de guerra prolongada que hundió a los norteamericanos.

En los primeros días del conflicto, la mayoría de los periódicos europeos y norteamericanos subrayaban la superioridad masiva de los norvietnamitas en hombres y armas, una superioridad debida en parte a la increíble cantidad de material que había caído en sus manos cuando los norteamericanos se fueron en 1975. Muy pocos mencionaban las deficiencias de mantenimiento de los vietnamitas, la escasez de repuestos, los desperfectos causados en los caminos de tierra por las lluvias monzónicas. Las armas y carros capturados a los norteamericanos que todavía servían al principio de la campaña quedaron rápidamente reducidos a un montón de chatarra en las carreteras entre Svay Rieng, Kratie y Battambang

★ ★ ★

Yo me preguntaba si los militares tailandeses tenían idea de la tormenta que se cernía en sus fronteras orientales. Su negligencia parecía rozar la locura. Se estaba demostrando que era imposible para las autoridades establecer qué refugiados eran simpatizantes y cuáles eran víctimas de los khmer rojos. Cuando llegaban al campo de refugiados de Ta Phraya, los oficiales de inmigración tailandeses los seleccionaban de un modo u otro e intentaban mantener a ambos grupos separados, pero era un procedimiento azaroso. Cada vez que aparecían grupos armados de guerrillas uniformadas de negro entre los matorrales de la frontera, los soldados iban a buscar rápidamente a una escolta de la policía fronteriza. La policía fronteriza llevaba a los intrusos unos 30 kilómetros hacia el norte o hacia el sur y luego los devolvía a Camboya en puntos de cruce todavía no conquistados por los vietnamitas. La situación se iba poniendo aún más difícil a medida que los vietnamitas avanzaban con su operación escoba en las provincias de Battamberg y Siem Reap. ¿Cuánto tiempo podría aguantar el alto comando vietnamita sin hacer nada. mientras las guerrillas de Pol Pot aisladas en Tailandia buscaban refugio y asilo dentro del país? Los norvietnamitas se encontraron en la misma posición de los norteamericanos, mientras el Vietcong se adueñaba de los inviolables santuarios de la frontera oriental de Camboya.

La sala fría y la música suave del Hotel Oriental, después de un día caluroso y cansado, me pusieron un poco eufórico. Me dormí enseguida y no me desperté hasta que sonó el teléfono al alba. Era Rolf Schreiner. "¿Has oído las noticias?", me preguntó. "Los chinos han lanzado un ataque fronterizo contra Vietnam esta mañana. Parece ser un ataque a gran escala "

COGIENDO AL TIGRE VIETNAMITA POR LA COLA

Bangkok, febrero de 1979

Desde la debacle norteamericana en Vietnam, Bangkok se había convertido en el punto central de la política del Sudeste asiático, el centro de la especulación y la intriga, el nuevo campo de juego de los servicios secretos mundiales. La noticia de la ofensiva china contra Vietnam provocó entre los observadores de Indochina la misma reacción que siente uno cuando pisa un hormiguero. La nueva zona de combate entre Tonquín. Yunnan y Kwangsi, según los informes, estaba cubierta de una espesa capa de nubes, por lo que las fotografías que mandaban los satélites eran de poca calidad. Los rumores se hacían cada vez más contradictorios y confusos.

Al alto comando del Ejército de Liberación Popular chino había publicado un anuncio oficial· no pretendía conquistar terrenos permanentes en su ofensiva contra los vietnamitas. La campaña se realizaba como una acción de castigo a pequeña escala y a corto plazo contra los "revisionistas" y "buscapleitos" vietnamitas Los soldados de Pekín administrarían una breve, pero dura, lección a los vietnamitas; luego se retirarían a sus bases del otro lado de la frontera. La declaración terminaba diciendo que el Ejército chino no tenía intenciones de avanzar hacia Tonquín, el Delta del río Rojo o Hanoi ¿Pero dónde habían atacado en realidad los chinos? ¿Hasta dónde habían llegado? ¿Qué éxitos había cosechado la defensa vietnamita? Nadie tenía respuestas para estas preguntas. Hasta los norteamericanos estaban en ascuas en todo el asunto. Sin embargo, con una necesidad instintiva de justificarse, asumieron que si el Ejército vietnamita había desafiado con éxito el poder de la máquina de guerra norteamericana, sin duda sería una tarea difícil para las tropas chinas.

ABAJO: *Los carros de combate chinos se precipitaron hacia el sur rumbo a Vietnam, una invasión parcialmente provocada por incidentes fronterizos y el hostigamiento vietnamita a los residentes chinos.*

F. BROGNET PICTURES

REX FEATURES

ARRIBA: *Como ocurrió en las guerras contra franceses y norteamericanos, las mujeres también juegan un papel prominente en las fuerzas armadas del Vietnam comunista.*

Cuando estábamos en Bangkok, solíamos ir a menudo a dar una vuelta por las calles y callejuelas de Sempang, el distrito chino Los Hijos del Cielo permanecían exteriormente calmados. pero, tras la fachada, los preocupaba en gran manera lo que les depararía el futuro. La nacionalización general del comercio al detall en marzo de 1978 había llevado a una represión sistemática de todos los residentes chinos en Vietnam del Sur. También en Vietnam del Norte el gobierno estaba trabajando activamente por la expulsión de todos los chinos residentes dentro de sus territorios mediante la adopción de una política de hostigamiento y, en algunos casos, de auténticos "progroms". Incluso aquellos chinos que habían servido con lealtad al Ejército y a la Administración durante muchos años, cayeron víctimas de los excesos de un sistema político que tendía a utilizar el argumento de la lucha de clases como excusa para ser indulgente con su nacionalismo xenofóbico del tipo más virulento.

En la República Popular Democrática de Laos, los acontecimientos habían tomado un rumbo menos dramático. La mayoría de chinos que vivían allí habían huido a través del Mekong sin demasiadas dificultades y, una vez en Tailandia, encontraron refugio entre sus parientes y compatriotas. Pero las informaciones de Camboya eran realmente pesimistas. La alianza entre el régimen de Pol Pot y Pekín no había evitado que la comunidad china fuera el primer blanco del odio frenético de los khmer rojos hacia los extranjeros. Ahora la cuestión era si esta ola de sentimientos antichinos se extendería al resto de Asia. A ninguno de los chinos que había en Bangkok le sorprendió que la poderosa República Popular no levantara ni un dedo para salvar a la oprimida población china de Indochina Sólo una pequeña minoría de los chinos expulsados deseaba establecerse en su antigua patria. La gran mayoría quería irse a Estados Unidos, a Canadá, Australia y, si era posible, a Europa. No todos estaban dispuestos a vivir bajo el comunismo.

★ ★ ★

Después de la invasión china de Vietnam aparecieron algunas caras familiares en Bangkok. Pekín y Hanoi habían cerrado sus fronteras y, por tanto, Bangkok, cerca de Laos y Camboya, era ahora el mejor lugar para ir a informar de un conflicto que amenazaba con abarcar a toda Asia. Agregados militares y agentes de servicios secretos se encontraban regularmente para intercambiar informales puntos de vista. Los más solicitados en estas reuniones eran los sonrientes diplomáticos chinos. Ahora que la línea pragmática de Deng Xiaoping se había convertido en la orden del día, esos enviados de Pekín, a quienes se veía raramente con túnicas Mao, habían adoptado una línea totalmente nueva. Se basaban en el principio de que no importa de qué color sea el gato mientras se coma al ratón Incluso cuando presentaban evidentes mentiras oficiales, ahora lo hacían con una franqueza desconcertante. La embajada china en Bangkok tenía claramente recomendada la tarea de enviar ayuda secreta a los

khmer rojos para apoyarlos en su lucha contra el Ejército vietnamita de ocupación. Los enviados de Pekín dijeron que el objetivo real de su intervención militar era forzar a los vietnamitas a retirarse de Camboya. Desde su punto de vista, el pacto soviético-vietnamita de noviembre de 1978 había incitado a Hanoi a mandar sus divisiones a Camboya. Los sucesores de Mao Tse-tung debían de haber interpretado la alianza entre Hanoi y Moscú como un acto de provocación y un intento de fomentar la política de la Unión Soviética de aislar a China.

"Tuvimos que entrar en acción. No podíamos quedarnos sentados, ignorando las provocaciones de los vietnamitas ni un momento más."

Los representantes chinos buscaban activamente la compañía de sus colegas occidentales, pero unos cuantos diplomáticos opinaban que hacían publicidad de su solidaridad con la Alianza Atlántica de modo demasiado ostentoso. Sólo uno días antes, Deng Xiaoping había regresado de un viaje a Estados Unidos. Mientras estaba allí, había posado para los fotógrafos con el inevitable sombrero de *cowboy* y se había sometido en general a todas las exhibiciones públicas que se les ocurría a sus anfitriones norteamericanos. Pero, aunque el objetivo principal —y la consecución— de su visita había sido reforzar los lazos entre Washington y Pekín, había declarado en varias ocasiones que China ya no podría evitar dar una dura lección a los vietnamitas. En aquel momento Washington no tomó demasiado en serio sus palabras, pero los expertos del Departamento de Estado estaban ahora descubriendo con retraso el significado de sus observaciones. Las repetidas amenazas veladas que el chino había dirigido a Hanoi cuando estaba en Estados Unidos, de hecho, habían sido calculadas para persuadir a Moscú de que la incursión a Vietnam había sido pensada, o al menos acordada, entre China y Estados Unidos.

No me costó mucho establecer contacto con un informador chino de alto rango. Nuestros encuentros solían tener lugar en un restaurante. El señor Q, como le llamaré, tenía 53 años, pero parecía mucho más joven. Lo que dijo fue claro, directo y rotundo.

El señor Q admitía que la acción militar en la frontera norte de Vietnam no había ido exactamente según lo planificado. Pekín tenía esperanzas de que la primera reacción del alto comando vietnamita fuera enviar a la zona de combate a las cuatro divisiones que tenía en Tonquín. El Ejército de Liberación Popular hubiera podido destruir entonces sistemáticamente las reservas estratégicas de Giap, mientras el grueso de las tropas vietnamitas estaban retenidas en el sur por la campaña de Camboya. Pero el general Giap era muy astuto para caer en una trampa como ésta. Lo que hizo fue intentar contener el ataque chino utilizando sus tropas y milicias regionales. Su tarea se vio facilitada por el anuncio público emitido por los chinos en el sentido de que tenían intención de limitar su ofensiva al cinturón de tierras altas al norte del delta de Tonquín. "Tuvimos que entrar en acción", me explicó el señor Q. "No podíamos quedarnos sentados, ignorando las provocaciones de los vietnamitas ni un momento más. En estos momentos la lucha sigue enconada y, desde luego, no subestimamos la fuerza de nuestros oponentes. Pero si quisiéramos de verdad, podríamos estar en Hanoi en una semana. Lo único que nos detiene es el anuncio público que hicimos de nuestros objetivos estratégicos de corto plazo. Es bueno para nuestro Ejército adquirir un poco de experiencia práctica de la guerra. No hemos estado en el campo de batalla desde Corea, y eso fue hace 30 años. O sea que usted puede ver que la campaña de Vietnam del Norte es un ejercicio muy útil para nosotros. Estamos aprendiendo de ella y estamos consiguiendo coger al tigre vietnamita por la cola, ahora que tiene los dientes hincados en Camboya. Hanoi —me dijo— está hundida en una guerra de desgaste inútil y va a ser cuestión de ver quién aguanta más tiempo."

Huelga decir que los franceses y los norteamericanos tenían diferentes opiniones sobre el resultado de la ofensiva china. El segundo día de combate, los diplomáticos norteamericanos ya hablaban de un "completo fracaso de planificación estratégica" y un "gran revés" para los chinos. Todavía estaban ofendidos por el hecho de no haber sido capaces de prevenir esta nueva confrontación en el Sudeste de Asia. Insistían en comparar al Ejército de Liberación Popular chino con su propia superdesarrollada máquina de guerra y no habían aprendido nada de su experiencia en Vietnam. A los expertos militares no se les ocurrió nunca que estaban presenciando un conflicto asiático cuyas normas no concordaban con el habitual paradigma obvio de la guerra occidental, con su énfasis en la rapidez y la eficacia. En cuanto a los observadores franceses, eran principalmente coroneles que habían ganado sus medallas treinta años atrás en Tonquín, o expertos del Servicio de Inteligencia cuyas caras recordaba del tiempo que pasé en Saigón durante la segunda guerra de Indochina. En los sectores franceses, nadie daba posibilidades a los vietnamitas contra los chinos.

"Ésta es la primera vez que Giap se encuentra con un oponente que se enfrenta a él con sus propios métodos", me dijo un consejero militar. "Todo el mundo sabe que el Ejército de Liberación Popular está desesperadamente escaso de armas y el

ABAJO: *Mientras se produce la invación china, los refugiados conversan en las carreteras vietnamitas junto con los soldados, una escena siempre presente en los largos años de guerra en aquel país.*

REX FEATURES

equipo que tienen es muy antiguo. Pero los norvietnamitas tenían exactamente el mismo problema hasta 1975. Y no lo dude: los soldados chinos son tan resistentes, decididos y temerarios como los hombres de Giap. Un número grande de pérdidas no significa nada para los chinos. No tienen ningún Congreso o Asamblea Nacional colgada alrededor del cuello de los militares de Pekín que quiera saber por qué se están perdiendo tantos jóvenes en la guerra. Y Pekín tiene la ventaja de estar cerca de su campo base. Es un problema de 900 millones de chinos contra 50 millones de vietnamitas. Luego, debe tenerse en cuenta el hecho de que Vietnam del Sur está resistiendo pasivamente el régimen de Hanoi. Algo que no debemos hacer es infravalorar el coraje y paciencia de los chinos. Trabajan con una escala de tiempo completamente diferente a la nuestra en Occidente, simplemente, las cosas tardan más en ocurrir. No, esta vez los vietnamitas se han encontrado definitivamente con la horma de su zapato. Ya se están viendo obligados a usar aviones soviéticos Antonov para sacar a sus unidades de élite de Camboya y llevarlas a tiempo al norte. Los vietnamitas han lanzado el resto en esa campaña y ahora los chinos están esperando que se les acaben los soldados y el equipo. Por cierto, ¿ha oído que ahora mismo decían en la radio que, según fuentes japonesas, ha caído Lang Son? Si se confirma, quiere decir que los chinos han capturado la posición clave en el norte en un tiempo increíblemente corto. Una vez en Lang Son, pueden ir directos al delta de Tonquín y Hanoi, aunque eso significaría muchas pérdidas en el camino. No estoy diciendo que los chinos no hayan cometido grandes errores hasta ahora. En realidad, no han podido sujetar a ninguna de las fuerzas vietnamitas, al menos ninguna digna de ser mencionada. ¡Pero imagínese lo que sería en Francia que el enemigo capturara Lille, Metz y Estrasburgo en un pequeño incidente fronterizo!"

Los asiáticos del Sudeste preveían por intuición que el dragón chino se impondría al tigre vietnamita.

La cuestión ahora era saber si realmente era o no importante lo que pensasen franceses y norteamericnos del Sudeste asiático. Francia ya no era una potencia en el Lejano Oriente y, desde el fiasco de Vietnam, Estados Unidos había perdido toda opinión activa en los asuntos de Indochina. Lo crucial era lo que pensaban los propios asiáticos de la intervención de Pekín. Los tailandeses habían celebrado la "acción punitiva" de China con un suspiro de alivio. Lo siameses habían tenido serios temores de que los revolucionarios de Hanoi invadieran Tailandia. Al fin y al cabo, había células comunistas activas en casi todas las provincias exteriores de Tailandia. Los asiáticos del Sudeste preveían por intuición que el dragón chino se impondría al tigre vietnamita. Durante dos siglos, la superioridad tecnológica de Occidente había relegado a China al *status* de una nación atrasada y sometida. Ahora, esta etapa particular en las relaciones de China con Occidente estaba llegando a su fin. Los puestos de avanzada del capitalismo chino, lugares como Taiwan, Singapur y Hong Kong, ya habían mostrado al mundo lo que podía conseguir la eficacia e inteligencia del pueblo de los Han. Los siameses no necesitaban a Napoleón para que les dijese que, el día que el dragón chino despertara, toda la tierra temblaría.

COMPAÑEROS DURANTE TREINTA AÑOS

Pan Qi, marzo de 1979

Viajábamos por un paisaje accidentado, desolado, de color del manto de un león. Habíamos dejado la carretera de asfalto y nuestro convoy de coches levantaba nubes de polvo a su paso. En el valle que teníamos debajo, los campos de arroz se habían convertido en pequeños puntos verdes. La región era silvestre y solitaria. La encantadora Asia de las fotografías de los libros había quedado a nuestras espaldas. Ahora viajábamos por una tierra áspera y remota, el distrito autónomo de los Qi, donde el hombre blanco no había puesto el pie, al menos en el transcurso de la última generación.

Sentí una fuerte sensación de afinidad con estos soldados vietnamitas capturados... Esos hombres habían sido compañeros míos durante los últimos treinta años.

A lo largo del camino de grava había un oleoducto que originalmente había suministrado petróleo al Ejército norvietnamita. Ahora, el combustible se enviaba para las unidades avanzadas de carros de combate y las columnas del Ejército chino a lo largo del frente de Tonquín. Vimos muy pocos vehículos militares, todos camuflados con redes.

Finalmente llegamos a la comuna de Pan Qi, en el distrito de Huaning, y nos llevaron inmediatamente a los barracones donde se habían estacionado antes de la guerra los guardias fronterizos chinos. Nos sorprendió el escaso número de centinelas alrededor del campo; además, no todos llevaban sus AK-47, cosa poco habitual. Los barracones contenía una hilera de barracas de ladrillo largas y bien contruidas. Todo el lugar era espacioso e inmaculado. El camino de grava estaba franqueado por árboles y había un huerto de hortalizas y lechugas. No había torreones ni alambradas de espino para proteger el perímetro del campo. En medio del terreno nos encontramos un gran campo de juego que también se utilizaba para entrenamiento. Nos ofrecieron enseguida una invitación para quedarnos a comer, siendo una de las convenciones más sagradas de la China revolucionaria la de comer a la hora. Luego, el comandante del primer campo de prisioneros de los guardias fronterizos del Ejército de Liberación Popular de la provincia de Yunnan nos invitó a una sesión informativa.

El comisario político Wang Yu Qing empezó dándonos algunos detalles sobre el campo. Había unos 220 prisioneros vietnamitas en Pan Qi, de los cuales 109 habían servido como regulares vietnamitas, principalmente en las divisiones 316A y 345. Once de los hombres eran de la guardia fronteriza y 37 pertenecían a la milicia armada. También había 66 heridos, que estaban alojados en dos cabañas especiales bajo supervisión médica. Todos los prisioneros había sido capturados alrededor de las provincias de Lao Kay y Hoang Lien Son. Los chinos habían hecho prisioneros a 1.500 vietnamitas en total. "Nosotros seguimos el principio maoísta de mostrar indulgencia y clemencia hacia nuestros adversarios capturados", continuó el comisario Wang Yu Qing. "Nuestra primera norma debe ser siempre prac-

M. HELLER

ARRIBA: *Los soldados vietnamitas volvían a casa desgarrándose teatralmente las ropas que les habían proporcionada sus guardias chinos*

ticar la humanidad revolucionaria. Nosotros respetamos la dignidad humana de nuestros adversarios."

Los vietnamitas recibían nuevos uniformes en el momento que llegaban al campo. La comida que les adjudicaban —30 kilos de arroz al mes— era muy generosa, los soldados y trabajadores chinos tenían que conformarse con 20. Casi todos los prisioneros —jóvenes entre 17 y 36 años— habían aumentado dos o tres kilos de peso desde que habían llegado a Pan Qi. Se les permitía escribir cartas a sus familias. Según el comisario, al principio los prisioneros tenían mucho miedo de sus captores chinos y se negaban a tener nada que ver con ellos. Esto se debía a que eran víctimas del engaño de las historias de horror que contaba su maquinaria propagandística, dijo. Pero, gradualmente, los vietnamitas habían ido viendo cómo eran realmente las cosas y habían descubierto los verdaderos objetivos y motivos de la República Popular de China. Avivaba nuestro interés el hecho de que los chinos nos manifestasen que el secretario general Le Duan era el principal culpable de la postura anti-Pekín de Hanoi. El primer ministro Phan Van Dong tendía a salir mejor parado. Algunos informes japoneses confirmaban que Pham Van Dong se había opuesto a la postura agresiva que las autoridades estaban tomando hacia Pekín y la había criticado por ser demasiado dependiente de Moscú. Por primera vez en 30 años de guerra, aparecían grietas en el cuarteto de Hanoi.

El principal objetivo del campo parecía ser el sometimiento de los prisioneros a una corriente continua de propaganda. Cuando se lo manifestamos al comisario Wang, eludió la cuestión: "Nosotros no obligamos a nadie a tomar parte en nuestras clases de instrucción política o en las sesiones de la verdad. Podría ocurrir que, cuando los prisioneros vuelvan a su patria, las autoridades tomasen represalias contra ellos y no queremos causarles dificultades. Pero escuchan con regularidad nuestros programas de radio en vietnamita y, si quieren, pueden leer nuestra literatura revolucionaria." Antes de invitarnos a visitar a los prisioneros, mencionó las duras medidas que habían adoptado las autoridades vietnamitas contra los sospechosos de colaboracionismo —especialmente aquellos pertenecientes a minorías étnicas—, cuando el Ejército chino se fue. "De hecho, varios de ellos buscaron refugio entre nosotros", añadió.

Así que fuimos a dar una vuelta por el campo. Se nos permitía libertad completa para ir a donde quisiéramos y hablar con la gente. Cerca del gran campo de juego nos encontramos con algunos prisioneros vietnamitas con uniformes azules jugando a fútbol y a balonvolea. Por tercera vez en mi vida estaba viendo prisioneros de guerra vietnamitas, aunque en circunstancias muy diferentes. Yo llevaba ya 30 años fascinado por la tragedia de este país. Los Bo Doi era casi seguro que estaban mejor bajo sus captores chinos de lo que habían estado en las dos guerras precedentes. Los prisioneros de guerra de los franceses no tuvieron una vida fácil. La raciones de comida tras las alambradas de espino eran muy escasas y los métodos interrogatorios brutales. Los norteamericanos habían cogido a unos cuantos prisioneros en sus operaciones militares contra el Vietcong. Todo aquel que tuvo la suerte de sobrevivir fue entregado a las autoridades militares survietnamitas, lo que significaba, inevitablemente, malos tratos sistemáticos y tortura. Con los chinos todo era claramente más humano. El Ejército de Liberación Popular estaba versado en el arte de la guerra revolucionaria. Sólo

ARRIBA: *El moderno ejército de la República Socialista de Vietnam desfila para conmemorar el décimo aniversario de la caída de Saigón.*

estaban realmente interesados en una cosa: trabajar a sus prisioneros ideológicamente en lugar de físicamente. Los franceses y norteamericanos se habían dado cuenta rápidamente de la futilidad de su lucha en la península asiática y habían caído en una resignación amarga. Los chinos, en contraste, estaban profundamente convencidos tanto de la justicia de su causa como de la certeza de un victoria definitiva sobre Hanoi. El tiempo estaba de su parte y su línea revolucionaria era, así lo creían, la única verdadera No había peligro de que les asaltaran dudas y menos todavía de que sucumbieran al mórbido derrotismo que en Occidente pasa por pacifismo. Su objetivo era devolver a los prisioneros a sus familias lo antes posible para que hablaran del pensamiento maoísta y la generosidad china.

Por lo que pudimos ver, la vida en Pan Qi parecía casi idílica. Indudablemente, el talento asiático para la adaptación a nuevas y difíciles situaciones era un factor importante en esta armonía aparente. Pese a todo, esos campesinos vietnamitas bien alimentados tenían un aspecto muy alejado de la infelicidad. Se sentaban en sus barracas inmaculadas, donde cada hombre tenía su propia cama, y jugaban al ajedrez chino. Incluso se les permitía cocinar sus propias comidas, nos dijeron. Cuando les preguntamos si les trataban bien, nos dijeron que sí. Pero cuando abordamos temas políticos, inmediatamente se hicieron reservados y empezaron a respondernos con clichés. Nos dijeron que la amistad entre los vietnamitas y los chinos debería ser constante. Se sentían más felices hablando de la profunda amistad que había existido entre Hanoi y Pekín en la época de Mao y Ho Chi Minh. Nuestras preguntas sobre la fuerza relativa de los dos campos enemigos fue contestada por un suboficial con el conciso comentario. "Nosotros somos 50 millones, ellos 900." En un momento dado, sorprendimos a un prisionero leyendo los escritos de Mao y, al vernos, escondió el libro rápidamente bajo la cama. Retratos de Mao y Hua Guofeng contemplaban la sala desde las paredes. Fuéramos donde fuéramos, siempre había soldados chinos con uniforme verde presentes —durante los deportes, actividades de recreo, clases de instrucción política—, pero siempre iban desarmados.

Oímos quejas y protestas por parte de algunos prisioneros y los intérpretes chinos nos traducían fielmente lo que decían. "Los prisioneros que ven aquí no tienen nada que ver con los soldados de nuestro Ejército Popular", dijo un airado joven vietnamita. "Nosotros éramos simples campesinos, que nos ocupábamos tranquilamente de nuestros asuntos, antes de que nos cogieran en el ataque chino." Admitió que había sido entrenado como miliciano. Un suboficial vietnamita se quejaba de que utilizaban a los prisioneros vietnamitas como conejillos de indias para experimentar las técnicas de propaganda china. El intérprete nos transmitió esas afirmaciones sin pestañear. De vez en cuando los guardias nos dejaban solos con los prisioneros. Sentí una fuerte sensación de afinidad con estos soldados vietnamitas capturados. Aunque siempre había estado al otro lado de la valla con respecto a ellos, esos hombres, en realidad, habían sido compañeros míos durante los últimos 30 años.

Sentado tranquilamente en Pan Qi, pude imaginarme perfectamente cómo sería el intercambio de prisioneros chino-vietnamitas en la frontera. Tal como fueron las cosas, pude presenciar estas escenas dos semanas después, cuando la TV me invitó a rodar un documental. En el momento que los prisioneros vietnamitas vieron los ceñudos rostros de sus propios oficiales políticos, se les heló la expresión. Hacía pocas horas que se habían despedido de sus guardias chinos, envueltos en sonrisas. Ahora, sin embargo, se lanzaron a citar una retahíla de invectivas contra los reaccionarios de Pekín, arrancándose los

uniformes azules de prisioneros de sus cuerpos y tirando a la zanja los regalos de despedida que les habían dado los guardias chinos con grandes muestras de disgusto. Otros tiraban sus muletas, como si estuvieran contaminadas. Por un instante hasta pareció que los heridos se iban a quitar las vendas. Las autoridades militares vietnamitas se mantenían con expresión acerada mientras la escolta oficial y el personal médico chinos contemplaban la comedia con sonrisas sardónicas. Luego le tocó a la guardia fronteriza vietnamita escoltar a los prisioneros chinos hasta el punto de control. Los Hijos del Cielo demostraron tener tanto talento como los vietnamitas, al menos en lo referente a actuar. Con exagerados gemidos y muestras de agonía, atravesaron la frontera cojeando y se pusieron inmediatamente a quejarse al equipo de rodaje francés del terrible tratamiento que habían recibido. Decían que los habían matado de hambre y que la única comida que les daban era mijo. Los habían sometido a brutales lavados de cerebro y a repetidas palizas. En resumen, eran los chinos los que parecían tener mayores dotes dramáticas en la pieza clásica de la representación asiática. Seguramente la Ópera de Pekín era responsable de ello. Cuando contemplaba, ya de vuelta en París, la escena en la televisión, me acordé de la época en que había presenciado el intercambio de prisioneros franceses y vietnamitas en la costa de Tahnh Hoa, en verano de 1954. Recordé principalmente el aspecto patético y miserable de los supervivientes franceses de Dien Bien Phu, comparado con la bien estudiada comedia de sus adversarios

El estribillo desbordaba intensidad y se convertía en un apasionado pronunciamiento patriótico, una desafiante declaración de fe en la revolución y la nación vietnamita.

Los prisioneros vietnamitas fueron dispuestos en dos círculos azules en el campo de ejercicios. A una señal dada, se sentaron sobre sus talones en la típica postura de descanso de los asiáticos. Se dedicaban cuatro horas al día a la instrucción política. Se había reunido a todo el mundo para escuchar una larga emisión china en vietnamita: evidentemente, era parte del programa de reeducación. Sin embargo, antes de que la aguda voz de la anunciadora sonase por los altavoces, un prisionero joven se puso en pie de un salto y levantó la mano. Entonces los vietnamitas entonaron una canción que yo tenía grabada indeleblemente en mi memoria. La recordaba de los días que estuve prisionero de los vietcong en la jungla, de mi visita a los campos "hoc lap" de Ciudad Ho Chi Minh, del concierto de los veteranos mutilados en la Ópera francesa de Hanoi. El familiar estribillo de "¡Vietnam, Ho Chi Minh!" se esparció por el terreno de juego de Pan Qi. "¡Vietnam, Ho Chi Minh!" El estribillo desbordaba intensidad y se convertía en un apasionado pronunciamiento patriótico, una desafiante declaración de fe en la revolución y la nación vietnamita.

EPÍLOGO EN EUROPA

París-Bonn, agosto de 1979

Los turistas que esperaban el vuelo charter casi no repararon en el grupo de asiáticos sentados todos juntos. Todo lo que llevaban consigo era unas cuantas pertenencias, pequeños fardos miserables que guardaban en sus regazos. Su humor desanimado y silencioso contrastaba claramente con el alegre alboroto a su alrededor. Eran camboyanos y temblaban ligeramente en la aireada extensión de la sala de espera acristalada, envolviéndose en las mantas y chales que les habían dado. Esos refugiados khmer, que habían volado allí desde Bangkok, eran algunos de los privilegiados que habían conseguido escapar a una muerte espantosa en la jungla o a la degradación de un campo de internamiento.

Aquella misma mañana, un poco antes, había aterrizado un vuelo programado procedente de Ciudad Ho Chi Minh en el aeropuerto Charles de Gaulle. Este grupo particular de oficiales emigrantes tenía la suerte de tener conexiones y vínculos familiares en Francia; cuando salieron por la puerta de la aduana, se encontraron muchos parientes que los abrazaron llorando. Esos últimos llegados de Vietnam tendrían muy pocos problemas en ajustarse a una vida nueva en Francia, pronto empezarían de nuevo, incluso en el caso de que ello significase hacer trabajos humildes en un principio. Los clientes de las áreas de clase media de París ya se habían acostumbrado a ver jóvenes asiáticos despachando en los supermercados locales. Los nuevos reclutas compensaban su desconocimiento del francés por el interés y rapidez con que aprendían. En otras partes, en los fieles distritos comunistas de París, la situación era un poco distinta. Allí, los supervivientes de los campos de trabajo vietnamitas eran una fuente constante de molestias para los funcionarios locales del Partido Comunista francés. La mayoría de estos refugiados seguramente procedían de los distritos chinos de Saigón y Cholón y, por tanto, pertenecían probablemente a la clase de los *compradores*, los despreciados explotadores capitalistas. A parte de los chinos de Vietnam del Norte, que fueron evacuados en botes y obligados a hacerse a la mar por los comisarios rojos, había al menos dos o tres millones de nativos sur-vietnamitas desesperados por encontrar la oportunidad de salir del país, incluso en el caso de que eso significase arriesgar sus vidas y dejar atrás todo lo que poseían.

¿Quién hubiera pensado, hace tantos años, cuando el *Andus* transportó el primer refuerzo para la fuerza expedicionaria a Indochina..., quién hubiera podido imaginar que las olas del conflicto vietnamita se extenderían un día sobre toda Europa occidental? Sólo hace tres años, justo cuando la segunda guerra de Indochina estaba llegando a su ignominioso final, los comentaristas de prensa deploraban la corta vida de los intereses del público lector, que su apetito tuviera que ser alimentado constantemente por noticias sensacionalistas. En aquellos momentos habían creído que podían hacer desaparecer de los titulares de la prensa el tema de Vietnam para siempre, pero ahora aquel remoto país en el límite del Sudeste de Asia volvía a ser noticia: Vietnam se había vuelto a abrir camino al primer plano de los acontecimientos mundiales.

Con perspicacia, era posible ver la cuestión indochina tal como era, no un simple foco candente en los asuntos del Lejano Oriente, sino una especie de prueba del ácido. La política de

ARRIBA: *¿Un presagio del futuro? En un país forjado por treinta años de lucha, un niño juega a la guerra.*

las grandes potencias y la batalla ideológica se habían librado en un trozo de jungla y arrozales entre Hanoi y Saigón. Todo había empezado con los franceses. Su derrota en Indochina en 1954 había marcado el principio del fin, había preparado el camino hacia la pérdida de todo su imperio. En los campos de prisioneros vietminh, en el contacto con la gran revolución asiática, se encendió la chispa que explotaría en Argelia en mayo de 1958. Las semillas que llevaron a la caída de la Cuarta República y a la segunda era de gaullismo se habían sembrado a orillas del río Rojo.

El conflicto entre el gigante norteamericano y los pequeños hombres amarillos de Hanoi demostró los límites de la potencia de Estados Unidos. América nunca recuperó la confianza en sí misma después de aquel shock. La renuncia de Johnson, el escándalo del Watergate de Nixon, la parálisis progresiva que se apoderó de Washington con Gerald Ford e, incluso a mayor nivel, con Jimmy Carter..., todos estos acontecimientos podrían derivarse de la humillante derrota que los vietcong infligieron al poderoso Tío Sam. El poder, credibilidad y fiabilidad de Estados Unidos habían sido puestos en duda por la retirada del Sudeste asiático. En Estados Unidos, la segunda guerra de Indochina desencadenó una nueva ola de conciencia política. También desencadenó una sensación de impotencia e inseguridad moral, un sentimiento de rabia y disgusto.

Tampoco los vencedores putativos tenían mucho de qué alegrarse. El tercer conflicto de Indochina entre vietnamitas y camboyanos, y entre chinos y vietnamitas, destrozó el mito del "comunismo mundial" para siempre. En adelante, ningún propagandista podría referirse al "internacionalismo proletario" o a la "misión" del marxismo-leninismo de unir y pacificar a todos los pueblos del mundo sin exponerse a hacer el ridículo. La primera guerra religiosa comunista que tuvo lugar en el suelo de Indochina fue tan cruel e innoble como las confrotaciones armadas de los menospreciados imperialistas que habían tenido lugar antes. Pol Pot instauró en Camboya un régimen de terror que sólo había sido superado en los tiempos modernos por los campos de exterminio de Hitler.

Incluso los rusos tenían motivos para sentirse ansiosos ante la idea de las alianzas del Sudeste asiático en las que se habían involucrado. El valor propagandístico para Moscú de las victorias militares de Hanoi contra Francia y Estados unidos tenía como contrapartida la revelación de que la República Socialista de Vietnam era una máquina de guerra rapaz, un "monstruo frío", un instrumento de represión estalinista Desde el conflicto fronterizo chino-vietnamita de febrero de 1979 y, posiblemente incluso antes, Moscú se había visto inmerso en la dudosa aventura de la guerra por poderes, comprometido a enviar pródigas sumas de ayuda a Hanoi durante un período de tiempo indeterminado. El imperio soviético —una sexta parte de la superficie del globo— constituye una provocación directa para las masas de Asia en esta época poscolonial. A pesar de su compromiso de respaldar a chiflados y charlatanes ideológicos del Tercer Mundo, Moscú acabará inevitablemente dirigiendo a la vanguardia blanca de Europa en Asia Central, Siberia y el Lejano Oriente. Como había profetizado De Gaulle en una ocasión: "Los rusos descubrirán un día que ellos también son blancos."

En cuanto a la República Popular de China, desde febrero de 1979 y la captura de Lang Son, los chinos han mostrado al mundo que, en su estrategia. pacifismo es igual a debilidad. El dragón chino perdió gran parte de prestigio y buena prensa internacionales cuando mostró sus garras en Vietnam.

Aquel día, en el aeropuerto, me habían asaltado mis recuerdos de Indochina. pero, por la noche, me esperaba otro encuentro en Bonn. Puse la televisión y me encontré un programa que presentaba un coro local de niños vietnamitas. Aparecían con aspecto limpio. inteligentes, bien educados y entusiastas. Una pareja respondía a las preguntas de rutina en lo que era ya un alemán casi perfecto. Yo me sentí conmovido, pero era evidente que se estaba quitando importancia al tema deliberadamente. Se estaba tranquilizando a la audiencia, les recordaban la amabilidad y humanidad de que habían dado muestras con los inmigrantes. La aparición de esos supervivientes de un cruel golpe de destino, esos niños rescatados de los barcos que se hundían y la degradación de los campos de tránsito de Tailandia y Malasia, fue organizada con el fin de animar a la gente a ofrecer mayor ayuda práctica. Sin embargo, lamentablemente, la encomiable intención estaba en peligro de ser trivializada.

Finalmente, un joven director alemán se puso al frente del coro y levantó la mano, y los niños vietnamitas entonaron una canción (alemana) muy conocida. Las voces asiáticas eran un poco agudas, pero la canción fue cantada sin errores. Las chicas, con sus *ao dai*, sonreían con la sonrisa confuciana de los jóvenes bien educados. Pero, mientras las cámaras de televisión se movían sobre ellos, me pareció detectar en sus ojos de almendra una mirada de temor y tristeza, como si esos niños de Saigón y Cholón estuvieran recordando los cálidos anocheceres, las calles bulliciosas. las majestuosas plantaciones de arroz, la ordenada vida de familia de su patria. El coro volvió a empezar y el público se sumó a él. Pero en Hanoi y Ciudad Ho Chi Minh se estaba cantando una canción muy diferente.